

JOSÉ CONSUEGRA HIGGINS

Desde mi
Columna 4

 **UNIVERSIDAD
SIMÓN BOLÍVAR**

JOSÉ CONSUEGRA HIGGINS

Desde mi *Columna* 4

Desde mi Columna, tomo 4
José Consuegra Higgins

Portada
Acuarela
arquitecto Ignacio Consuegra Bolívar

Ediciones
Universidad Simón Bolívar
Carrera 54 No. 59-102
www.unisimonbolivar.edu.co
Barranquilla

Noviembre, 2007

Impresores
Artes Gráficas Industriales Ltda.
Calle 58 70-30
editorial_mejoras@yahoo.com
Barranquilla

Printed and made in Colombia

Desde mi
Columna 4

Prólogo

Consuegra: un intelectual de altos quilates

Por Óscar Flórez Támara

Con la vigorosa y abundante producción de José Consuegra Higgins, llega a mí, la honrosa y delicada tarea de prologar el cuarto tomo de sus columnas publicadas en el diario El Heraldo de Barranquilla. En ellas se siente el palpitar fervoroso de un hombre que ha sabido poner el sello de su carácter a una época que marcha con

desmedro de sociedad cansada y abandonada a su propia suerte y destino. No es un instinto en contravía la que realiza el maestro para marcar la diferencia con la mayoría de sus contemporáneos, sino, una posición ética de un intelectual que ha entendido el compromiso social que le corresponde a los hombres de ideas claras con relación a la dignidad que debe resplandecer en la esencia del ser humano.

En todas las líneas de sus columnas se siente la savia de la vida que reclama como posibilidad cierta y valerosa la hora presente. En ellas se vislumbra el científico social, el creador ético, el luchador empedernido de causas nobles, el amigo cercano, el niño juguetón, y el humanista íntegro, capaz de guiñar el ojo con elegancia y

ternura a sus semejantes: "Ignacio es cuidadoso en el relato. Se vale de las fuentes más autorizadas para contar la historia. Pero en algunos capítulos la nostalgia lo domina. Entonces se duele de la dirigencia local al abandonar el majestuoso muelle. Y puede decirse que lo acompaña la razón..."

La versatilidad con que asume los temas nos muestra a un hombre trajinado en el conocimiento atesorado y en el campo de la vida, propio de una fina reflexión estructurada, y de una sensibilidad orientada que lo hace entender felizmente la sustancia con que está formado el humano. Su proyecto es comparable al sueño de los grandes, y el resorte propulsor es la imaginación empedernida que mantiene constante y

puro a los niños: "Yo no entiendo a papabuelo. Cuando tiene que mencionar lo que aconteció hace pocos días, solicita la ayuda de mamabuela. Sin embargo, en los temas de la infancia se desborda en detalles e informaciones". Allí está reflejado Consuegra en todo su esplendor, en toda la dimensión imaginaria y real, así como escribe vive, y como sueña suele llevar la vida.

Fecundo como todo gran maestro, la inmensidad de la obra así lo confirma. De una existencia intelectual activa como ninguna otra en la región y el país. Quizás de lo que se le puede reprochar, es el exceso de sabiduría y actividad, las cuales se convierten en un estado mental de quien no conoce el descanso ni dormido. La audacia de pensamiento y la laboriosidad lo mantienen en

vigilia hasta cuajarnos el fruto que hoy paladeamos con deleite.

Ahí está el libro, lleno de río y de murmullo, con un olor a Barranquilla que nadie puede confundir. En él se siente el recorrido de las calles que hace el maestro casi a diario. Los sitios frecuentados en compañía de sus amigos y su inseparable Doña Anita. Sus anhelos y querencias emergen en estas líneas. El bullerengue y el carnaval, como alegría genuina de un corazón limpio y sincero, moviéndose en el tiempo y estacionándose en los recuerdos. ¡Qué más!

Contenido

Prólogo.....	VII
RECUERDOS	
Recuerdos de un ayer inolvidable	3
Más sobre las Bocas de Ceniza	8
Pedro Martín Leyes.....	12
Usiacurí, aguas e iraca	15
Mayo: Madres, profesores y enfermeras	23
La Barranquilla monumental	26
El Día de las Madres	30
La ingratitud y la envidia	34
Medellín y Gardel	38
El año nuevo, ayer y hoy.....	42
Los angelitos	46
Sobre política y elecciones	50
Volver a San Roque	54
LIBROS	
Escritores, libros y luces	61

<i>El Derecho de Reír</i>	65
La ciudad ayer y hoy	70
<i>Plegaria al Mar</i>	74
Carbón y contaminación	78
Más sobre Julio Flórez	82
Sobre historia y costumbrismo.....	86
La Fiesta del Libro.....	90
La Estación Montoya	94
Y ahora Barranquilla en el umbral de la arquitectura colombiana	98
<i>Viaje a la Ternura</i>	102
Los abogados y el humor	106
Recuerdos de Juan de Acosta	111
Libros y poesía.....	115
Festejos de los libros	119
La realidad y el futuro de Nariño.....	124
Lluvias y libros	129
Sobre internet y bibliotecas.....	134
Más sobre la poesía fúnebre	139
Feria del Libro y triunfo en el arte	143

ECONOMÍA

La nacionalización del Banco de la República	151
El Banco de la República y la Junta Monetaria	157
Más sobre el Banco de la República	162
Sobre el Banco de la República	166
Ahora son las patentes	170

Las ideas económicas de Bolívar.....	174
Los estudios económicos.....	178

UNIVERSIDADES

Revistas y libros.....	185
El Museo Bibliográfico Bolivariano.....	189

AMÉRICA LATINA

Sobre Pinochet y Allende.....	195
¿Cómo nos irá en el próximo siglo?.....	200
Maestro de la libertad argentina.....	205

ACADEMIA

Volver a Venezuela.....	217
Sobre los usos del Idioma.....	221
Universidades, libros y revistas.....	226
Es mejor hablar bien.....	230
Gratitud y olvidos.....	234
Un homenaje para todos.....	238

COSTUMBRES Y TRADICIONES

La Navidad en el sur.....	245
Navidad y luces.....	248
Sobre los usos del Idioma.....	252

Las fiestas de San Roque	257
Barranquilla y Puerto Colombia	260
Por la urbanidad y el civismo.....	264
La niñez y la poesía.....	268
Retratos y libros.....	272
Aruba y el paraíso.....	276
Más luces, más brisas y más libros	280
Urbanidad, costumbres y Navidad	285
Flores y brisas	289
Cartagena embellecida	293
La muerte en la poesía.....	297

CULTURA

La actividad cultural en la Costa	305
Una fiesta inolvidable.....	309
Gracias, Barranquilla	313
Carnaval y cultura.....	316
El patrimonio arquitectónico.....	320
El mensaje de la gratitud.....	324
Volver a Cartagena.....	328
Volver a Santa Marta	332
Volver a Cali y Medellín.....	336

SIMÓN BOLÍVAR Y LOS LIBERTADORES

Ideas políticas de Bolívar	343
San Martín y Bolívar	348

Recuerdos

Recuerdos de un ayer inolvidable

La muerte del profesor Jesús Bejarano de manos de sicarios en la Facultad de Economía de la Universidad Nacional, me obliga al recuerdo de los años universitarios, vividos en plenitud en el compromiso con el estudio y la actividad política. Con Aniano Iglesias, José Francisco de la Hoz, Marceliano Polo Restrepo, Luis Felipe Palencia Caratt, Joel Rivera, Juan Padilla Valdiri, y muchos otros, participaba de la insurgencia repleto de ilusiones.

En mi libro *Del Recuerdo a la Semblanza* hago mención de aquellos tiempos iniciales de los estudios de Economía en el país. Entonces la ciudad universitaria era orgullo de Bogotá, con sus paredes blancas sin letreros, sus jardines bien cuidados y libres de rostros cubiertos.

Yo estudié Economía por indicación de Gaitán. Como

pichón de político llegué a la capital con el propósito de hacerme abogado. Pero el jefe me mandó para donde Gerardo Molina, el Rector, con tarjeta que solicitaba mi ingreso al Instituto de Ciencias Económicas que dirigía Antonio García y funcionaba en el edificio de la Facultad de Derecho.

Desde el primer día me aprisionó la belleza de los jardines y arboledas de la ciudad universitaria. En Barranquilla no había universidades, y aquello era sencillamente deslumbrante. Como el ilustre educador Gerardo Molina solía comentar, esas instalaciones fueron programadas con un encanto que indujera a la alegría de vivir. El ambiente era plácido, de invitación al estudio. Todo prodigaba confianza: el verdor de la grama y los caminitos bordeados de rosales.

En el Instituto de Ciencias Económicas encontré estudiantes de Venezuela, Ecuador, Santo Domingo, Cuba, etc. Eran jóvenes exiliados por la intolerancia de los dictadores de turno en sus patrias. También estaban allí Jorge Child, Nicasio Perdomo, Alberto Silva, Tito Livio Caldas, Raúl Alameda, que fueron pioneros de la novedosa disciplina. Yo, por ejemplo, si acaso, había oído hablar de finanzas públicas. Pero allí estaba, con disposición y ánimo, siguiendo la voluntad de Gaitán.

Al mes de estar escuchando en la cátedra de

Economía Política a Antonio García entré a formar parte del Partido Socialista Colombiano en mi condición de gaitanista. En realidad el Partido Socialista no iba más allá de un centenar de estudiantes y artesanos que en las noches se reunían para escuchar a García, Molina y otros intelectuales en sus juiciosos análisis repletos de supuestos teóricos. Recuerdo que los amigos hacían de nuestras pretensiones partidistas y revolucionarias motivo de chanzas. Cuando García conversaba en los pasillos con dos o tres de sus pupilos, Juan B. Fernández y Mario Alcalá, estudiantes de Derecho y Filosofía, solicitaban silencio porque el Partido Socialista estaba reunido en sesión plenaria.

Otros personajes socialistas eran Diego Luis Córdoba, el vocero de los negros chocoanos en el Senado; Guillermo Hernández Rodríguez, Consejero de Estado, y Luis Rafael Robles, Magistrado de la Corte Suprema de Justicia. Hernández Rodríguez nos llevaba a su casa campestre de Usaquén a enseñarnos las virtudes de la organización colectivista y tributaria de los chibchas.

Por el doctor Robles sentía una admiración especial. Era hijo del legendario congresista y conductor liberal Luis A. Robles, mulato costeño de cuyas dotes de orador se hablaba siempre en Isabel López, mi corregimiento. Tal vez por eso, por su notoriedad, a Nicasio Robles,

un negrito parlanchín y liberal hasta la cache, como él mismo gritaba a todo pulmón en las noches de parranda, le pusieron el alias de general Robles.

El general Robles era todo un personaje pintoresco, dicharachero y servicial, siempre dispuesto a recibir las ofertas de la vida con una carcajada. Un día se fue para la Zona Bananera en busca de trabajo y dejó a Úrsula, su mujer, con sus catorce hijos. Un año después, al regreso, las relaciones matrimoniales habían cambiado. Sin embargo, el general Robles no varió en nada su ánimo y se limitó a comentarle a los amigos en medio de risotadas: Cómo será de bruto este hermano mío que no solo cargó con Úrsula sino también con todos mis hijos.

Lo interesante y digno de memorar de mis profesores era su constancia y entrega al compromiso académico. La formación ideológica y la labor proselitista se llevaba a cabo fuera del recinto universitario. Lejos de las aulas la actividad era constante. Nunca había tiempo para entrar a un cine para el descanso o la diversión. La lectura en los cafés se extendía hasta la media noche. Claro está que el espíritu juvenil nos permitía compartir retozos. Un compañero de clases, a quien llamábamos Don Fulgencio, por el parecido con el personaje que jamás abandonó la infancia, se pasaba parte del tiempo haciendo pilatunas: una tarde rodó hasta un matorral

el carro del profesor Halbersteter, un alemán que jamás entendió la broma de su alumno y se negó a volver a la cátedra de finanzas privadas.

Bueno; esa era la Ciudad Universitaria y la sede de los estudios de la ciencia económica que compartí en la juventud de finales de los años cuarenta, hace un poco más de medio siglo. Tal vez por eso no comprendo lo que ahora sucede en sus predios, por los cuales mantengo gratitud eterna.

Más sobre las Bocas de Ceniza

He recibido de Marco García Hernández una carta y un recorte de prensa de un artículo escrito por Alejandro Vallejo y publicado hace sesenta y dos años.

Don Marco García comenta dos artículos míos de columnas pasadas donde trato temas relacionados con Bocas de Ceniza y el traslado del puerto terminal a los predios de Barranquilla.

Por considerar dicho material de sumo interés en la polémica de aquel absurdo, me permito transcribirlo:

“Apreciado doctor Consuegra Higgins:

En relación al muelle de Puerto Colombia cuyo abandono lo lamenta usted en dos columnas periodísticas: “La Estación Montoya” y “Barranquilla y Puerto Colombia”, muy cordialmente me permito acompañarle con

estas líneas el artículo profético escrito por el periodista Alejandro Vallejo en el mes de abril de 1938, de paso por Puerto Colombia donde debía esperar la llegada del barco "Santa Paula", de la Grace Line, que lo transportaría a los Estados Unidos.

Lo que el insigne periodista escribió con generoso buen gusto hace sesenta y dos años sobre la suerte del mencionado muelle, coincide asombrosamente con el pensamiento del arquitecto restaurador Ignacio Salomón Consuegra Bolívar, y con lo que usted manifiesta en sus observaciones.

Es fácil comprender que en otras partes del mundo por simple lógica se le rinde culto al genio y al arte. Eso es realmente indiscutible. Pero aquí no. En Colombia la cuestión es muy distinta. Si la nación colombiana realizó la portentosa obra del muelle, lo correcto hubiera sido conservarlo, tal como han hecho otros países con sus monumentos.

El caso lamentable del destino que corrió el muelle de Puerto Colombia, el segundo más largo del mundo.

El artículo "Partida de Puerto Colombia", del periodista Vallejo, decía así:

"Estoy en Puerto Colombia. Llevo aquí varios días

esperando un barco que me lleve a mi destino. El mar está ante mí abierto con sus diez mil caminos azules. Atrás quedó Barranquilla, congestionada, sofocante y trepidante, llena de gritos, de carros, de mujeres morenas y de mercaderes. Templada como un tambor bárbaro, decía Jaime Barrera. Esta mañana el mar estaba limpio, azul, claro, y el pequeño puerto silencioso. Pero ahora se ha llenado de humo, y el muelle de un afán de cargamentos con la llegada de un barco alemán y uno americano.

"Barranquilla podría estar ya aquí. Podría estar ya en Puerto Colombia, me dice un ingeniero, tomando cerveza en el bar del barco alemán de carga que está prendido a la punta del largo muelle.

"Pero, ¿y las Bocas de Ceniza? pregunto yo.

"Ese es un truco político, me dice el ingeniero. A esa bahía se le han metido varios millones, y todavía habrá que gastarle una barbaridad. Con la cuarta parte se habría traído a Barranquilla hasta aquí. Tendríamos de aquí a la ciudad diez avenidas iluminadas. Veinte hoteles suntuosos, muelles, jardines, hospitales, palacios, maravillosas islas artificiales.

"A un lado del muelle está la taberna "La Viña del

Mar”, un rincón como no hay otro igual en la Costa del Caribe. Carlos Posada, el médico del puerto, es el dueño y el creador de este lugar maravilloso. En todos los barcos le llegan cargamentos de libros de todas partes. El médico ha pasado veinte años devorando literaturas y viendo pasar la humanidad viajera. Aquí posó sus verdes ojos Greta Garbo. Aquí estuvo Teresa de la Parra, cuando todavía ostentaba las tentadoras piernas que París le conoció. Esta tarde llegó el “Santa Paula”, el barco que me llevará a La Habana y Nueva York. Son muchos los turistas, entre ellos Paul Muni, el actor que acaba de terminar su película sobre la vida de Emilio Zolá. En el mañana, cuando este muelle se abandone, ya los trasatlánticos apenas serán un recuerdo...”.

Pedro Martín-Leyes

El honor de la amistad fue primero con el padre, después con el hijo. A don Carlos lo conocí en la insurgen-
cia de la juventud. En un comienzo, en la otra orilla
de la corriente agitada de la política. Yo dirigía el se-
manario *Frente Nacional*, órgano oficial de las Juventudes
Gaitanistas del Atlántico. Desde sus columnas fustigaba
a los jefes oficialistas del Partido Liberal que respaldaban
la candidatura del doctor Gabriel Turbay, los doctores
Carlos Martín-Leyes y Alberto Pumarejo.

Después del 9 de abril, con la unificación de las dis-
tintas corrientes, estuve cerca del veterano dirigente. Y
ya a su lado aprendí a admirar su conducta intachable de
soldado de la democracia y de las causas populares.

Al morir don Carlos el doctor Pedro Martín-Leyes
se encargó de la dirección del Movimiento de Mayorías
Liberales. Entonces iniciamos una amistad más allá de
la actividad política y del compromiso en los idearios
compartidos.

Pedro Martín-Leyes fue la entrega en el quehacer parlamentario y la administración pública. Como congresista, gobernador y ministro dejó huella de pulcritud y de laborar sin tregua. Su departamento del Atlántico y Barranquilla integraban el binomio de sus desvelos. Aunque, como patriota ejemplar, la región costeña y toda Colombia, estaban presentes en su agenda de realizaciones.

Yo fui su compañero de lista elegido al Senado. Él entonces estaba al frente del Ministerio de Comunicaciones. Lo recuerdo como un trabajador incansable. Siempre en disposición y ánimo de responder a la confianza de sus seguidores y del pueblo en general. En el seno familiar también Pedro Martín-Leyes llenaba exigencias. Correcto esposo y padre desvelado deja un hogar sencillamente ejemplar.

San Agustín decía que las lágrimas son la sangre del alma. No las he podido contener al enterarme de la infausta noticia. Escribo bajo el peso de la confusión y la tristeza. Sobre todo, porque el gran Pedro Martín-Leyes, en estos días, derrochaba dinamismo. Hasta sus amigos pensábamos en su retorno al Senado de la República.

Y aunque el consuelo se muestra esquivo, habrá que tener presente el razonar de los antiguos cuando

opinaban que lo importante en el hombre no es cómo muere sino cómo vivió.

Cicerón decía que la vida de los muertos consiste en hallarse presente en el espíritu de los vivos. Es cierto que estos tiempos son de escasa memoria. Pero ahí estará desafiando ingratitudes el legado de sus ejecutorias.

Ante la muerte del amigo y del patriota miro el horizonte invernal, todo gris, como el sentir que nos inunda. Y el sentimiento triste obliga a regresar a los poetas del ayer. Y ahí están Calderón de la Barca y Jorge Manrique con sus mensajes:

“¿Qué es la vida? Una ilusión,/una sombra, una ficción,/ y el mayor bien es pequeño:/ que toda la vida es sueño y/ los sueños sueños son”.

“Recuerda el alma dormida,/ avive el seso y despierte/ contemplando/ cómo se pasa la vida,/ cómo se viene la muerte,/ tan callando”.

Ahora, compartiendo congojas, nuestras expresiones de pesar para doña Magali Barvo de Martín-Leyes, dignísima esposa; para sus hijas, las doctoras Natalia, Irene y Mariana, y para sus hermanos, doctores Carlos, Ruby y Nora Martín-Leyes.

Usiacurí, aguas e iraca

Tengo en mis manos dos estudios de Usiacurí. Uno trata sobre la palma de iraca, la materia prima de la singular artesanía de ese municipio. Lo escribió Luis Eduardo Iglesias Conrado, pulcramente editado por Editorial Mejoras, la prestigiosa casa impresora de Rafael Salcedo y familia. El otro todavía anda en camino de impresión: Son las pruebas del libro *Reflexiones sobre la Costa Caribe*, del médico y ex Ministro de Salud Pública, doctor César Esmeral Barros, cuya edición está a cargo de Jorge Pérez, gerente en Colombia de la mundialmente reconocida Editorial Grijalbo.

Como ya he dicho, son dos investigaciones sobre el patrimonio artesanal y natural del pintoresco e histórico poblado, tierra que fue de autóctonos y de su cacique Curí.

Mientras saboreo el contenido del esfuerzo creador

de Iglesias y Esmeral, me dejó arrastrar por los hilos invisibles del recuerdo. Entonces me voy a la infancia y me paseo por el patio de la casa del tío Guzmán Ventura, unas veces en procura de ciruelas o guayabas, y otras del viento, para mitigar la sofocación de las fiebres.

Allá llegaba toda la familia residente en Isabel López. Y las visitas eran frecuentes. Porque siempre algún pariente, víctima de dolencias, paludismo o dolores sin causas conocidas, viajaba a Usiacurí en busca de las aguas milagrosas de El Higuerón o de El Chorrito.

Usiacurí, como Tubará y Piojó, municipios con ascendencia indígena, gozan del privilegio del frescor de las brisas por estar situados en vértices de nuestras modestas serranías. Sus calles ofrecen el atractivo de la disparidad y de las curvas que rompen monotonías. Parecen en el simpático concepto de Rafael Rivera Fernández, pesebres naturales.

En mi niñez, Usiacurí era reconocida en toda Colombia por la confianza que se tenía en sus aguas medicinales. Y en el departamento del Atlántico gozaba del privilegio de contar con la única carretera pavimentada que existía. Y también de un buen hotel de la familia de la famosa cantante Sarita Herrera.

Muchos de los peregrinos del interior del país que

sanaron con los baños termales se quedaron en sus predios. El doctor Esmeral conversa en su libro con uno de ellos, veterano de este absurdo conflicto con el Perú, negador como tantos otros que todavía siguen dándose, de los sueños integracionistas del padre libertador Simón Bolívar.

De todos esos peregrinos tal vez el más importante fue Julio Flórez, el poeta del pueblo, cuyos versos recitaban los niños, señoritas, jóvenes enamorados y ancianos soñadores.

Julio Flórez llegó abatido por dolencias y Usiacurí le ofreció asilo y felicidad. Allí puso fin al deambular bohemio y travesuras de grutas simbólicas. Y formó hogar con elocuente gratitud y ejemplar convivencia. En días pasados una vez más estuve en su casa, cuidada con entrega afectuosa por mi amiga María Camargo de Robledo. Ella, con el apoyo de una memoria feliz, relata con precisión y sentimiento, detalles del histórico albergue.

Comparto el momento memorable con el poeta y periodista Jorge Emilio Sierra, director del diario bogotano *La República*; el propio César Esmeral Barros, quien no pierde la oportunidad para exponernos sus proyectos en favor del rescate de las aguas benditas;

el musicólogo Moisés Consuegra Jimeno, Director de la Orquesta Filarmónica; los doctores Crispín Maestre y Jaime Romero; el marmolista Moisés Consuegra Donado, y naturalmente, doña Anita.

María explica los testimonios que reposan en las paredes de la casa museo. Entre ellos, las poesías del bardo magistral dedicadas al entorno y a su segunda patria chica. Mientras ella recita el soneto Mi Casa, miro hacia afuera y todo parece igual. Allí se yerguen con pleno verdor como si estuviesen a la espera del viejo rruiseñor. Recordemos el poema:

En medio de los árboles, mi casa/bajo el denso ramaje
florecido,/ aparece a los ojos del que pasa/ como un
fragante y delicioso nido.

Y hay razón: el amigo o el curioso/ que a visitarme
van de cuando en cuando,/ hallan en mi mansión mimo
y reposo:/ fresco pan, agua pura y lecho blando.

Cincoavecillas –plena la garganta/ de las más inefables
melodías–/ allí retozan bajo el ala santa;/ mientras,
para acrecer sus alegrías,/ el padre –un viejo rruiseñor–
les canta/ una canción de amor todos los días.

Bueno, mientras el ensueño dominaba el sentir de

los visitantes, doña Anita, al fin y al cabo, como jefa de un hogar, se acercó a un rincón donde la sin par María Camargo exhibe las artesanías de iraca en venta para la procura de ingresos que le permiten seguir al frente de la casa museo.

Doña Anita pensaba llegar al sitio donde todos los artesanos ofertan sus creaciones. Pero prefiere adquirir las ofrecidas por María Camargo, y llena el baúl del automóvil del doctor Maestre con la variedad de bellezas –canastos, sombreros, carteras, adornos de baño y cocinas, etc.– que prodigan las manos maestras de las usiacurileñas.

Ahora, en mi sala de trabajo, después de la fructífera experiencia de la reciente visita a Usiacurí, aprecio aún más las obras de Iglesias y Esmeral.

Porque Iglesias pondera la trascendencia del cultivo de la iraca y su uso, que reemplazó, como actividad de trabajo, la economía de servicio de los pozos.

Por su parte, el galeno César Esmeral Barros, como los caballeros del ayer, alza la voz, a manera de espada, denuncia errores y sale en busca de escuderos que quieran acompañarlo en el rescate de El Higuierón, El Chorrito, y tantas otras fuentes naturales sepultadas por la desidia oficial.

El libro del doctor Esmeral Barros tendrá la misión de despertar a los usiacurileños para que recuperen un pasado digno de la gratitud nacional. En su empeño se apoya en el testimonio de la tesis de grado de su colega Celso Solano Manotas, escrita en el propio Usiacurí cuando se desempeñaba como médico rural. Celso Solano Manotas pertenece a la legión de guardianes de la salud de sus conciudadanos, que saben responder a la confianza que los enfermos y la comunidad en general, deposita en sus manos.

Los doctores Esmeral y Solano describen las propiedades de las aguas medicinales de Usiacurí y lo que representaban para Colombia. En mi niñez, como ya lo he hecho saber, también formé parte de las caravanas de mi pueblo que acudían en busca de tratamientos. Siempre fui víctima del paludismo. Hasta el presente los mosquitos me persiguen. En reuniones donde hay muchas personas el bocado atractivo soy yo. Por eso las fiebres palúdicas, después de las primeras lluvias, hacían de las suyas en mi cuerpo escaso de carnes y libre de grasas. Y a Usiacurí llegaba con los oídos zumbando por la quinina.

El doctor Esmeral Barros comenta en su estudio que yo participé, en compañía de Jorge Urueta, en la oportuna protesta contra el triste suceso. Y tenía que ser

así. Fue esa una simple expresión de gratitud: Primero, por los beneficios recibidos en la maltratada salud de la infancia; segundo, por el generoso y espontáneo respaldo que tuve en los inicios de la actividad política. Entonces era muy joven. Tanto que no me fue posible realizar el sueño de asistir a la Asamblea Departamental por no haber cumplido los veinticinco años que la Ley establecía. Pero en la jornada electoral mi pueblo, Isabel López, Usiacurí, Juan de Acosta, Molinero, etc., estuvieron al lado del mozuelo hijo del compae Nacho y de la Niña Emilia, que en Barranquilla dirigía el *Frente Nacional*, el periódico que respaldaba la insurgencia del caudillo Jorge Eliécer Gaitán.

Y que me permita el doctor Esmeral Barros estos párrafos en su enjundioso libro para mencionar los nombres de Augusto Redondo, Justiniano Molina, Adán Albor, de Isabel López, Juan de Acosta y Molinero, dirigentes consagrados, como entonces era la usanza en el quehacer político, a la defensa de los idearios democráticos y de la justicia social.

Jorge Urueta fue el desvelo permanente en procura del bienestar y el progreso de su amado Usiacurí. No conocía el descanso. Parecía un vigilante profesional de los intereses de su comunidad. Cuando tuvo conocimiento de lo que se pensaba hacer con los pozos

milagrosos, elevó su protesta. Pero todo fue en vano. No se atendieron los acertados argumentos en favor de la preservación de aquella riqueza natural. Ahora le digo al doctor Esmeral que el recuerdo de la conducta del gran Jorge Urueta lo acompaña en la jornada que lidera.

Regreso a la tesis de grado del doctor Solano Manotas.*

* *Ver página 78.*

Mayo: madres, profesores y enfermeras

En los actos de la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar, Lourdes Acosta, intérprete de la música ancestral, suele dedicarme la canción donde se ruega al aguacero de mayo que se deje caer. Tal vez no sepa la graciosa integrante de los grupos folclóricos de su Alma Mater la razón de mi gusto por el significado del clamor campesino.

El mes de mayo es grato en el recuerdo de mi infancia. En la tarde del día tres, los habitantes de mi pueblito cargaban la Santa Cruz en la procesión que partía de la casa de Manuel Redondo. Allí permanecía ella vestida de negro y collares repletos de pequeñas réplicas en oro, ofrendas de las mandas y de los favores recibidos.

La Santa Cruz era la reina de las nubes, y en los vera-

nos prolongados concedía el milagro de las lluvias, para que los aguaceros esquivos de mayo se dejaran caer.

Con los aguaceros todos sacábamos provecho del favor de la Santa Cruz: Los adultos sembraban los cultivos para recoger después cosechas; los niños esperaban las nuevas corrientes del arroyo y el disfrute de los baños en las pozas. Ahora, como entonces, mayo continúa prodigándome satisfacciones. En sus largos días disfruto las fiestas de las madres, de los educadores y de las enfermeras.

En la columna pasada rendí tributo a las madres en su fecha onomástica. En esta deseo expresar mi admiración por los maestros, profesores, catedráticos y educadores en general, y, lo mismo, por los enfermeros y enfermeras.

Son profesiones dignas de máxima gratitud y respeto. Un educador cumple la más delicada de las misiones. Porque educar es abrir el camino. La educación, pensaba Saint-Simon, es una segunda existencia dada al hombre; es la vida moral, tan apreciable como la vida física.

Para Simón Bolívar la educación constituía un compromiso sagrado de los gobernantes en el camino de la libertad y el progreso. Porque, como él clamaba, (y así se exhibe su decir inmortal en lápida de piedra en la Universidad Simón Bolívar), "un pueblo ignorante es

instrumento ciego de su propia destrucción”.

El compromiso de la enseñanza obliga a la entrega. Un maestro de escuela, profesor o catedrático, debe consagrarse al estudio para transmitir conocimientos a los educandos. Y estar siempre pendiente de la conducción en procura de resultados halagüeños. Podría decirse que un correcto educador ha de permanecer en disposición y ánimo de subordinación al cumplimiento del deber. Eso es cierto. Pero, también, en recompensa merecida, el educador puede saborear la oferta de la vida, que le ofrece el invaluable honor de moldear la existencia y conducta de niños, jóvenes y adultos.

También esta semana pasada compartí alegrías con profesores y estudiantes de enfermería. Y nada más honroso y placentero que estar al lado de los que llevan y llevarán la actuación vivificadora al paciente. Más allá del cuidado en la labor auxiliar del médico, está el hermoso papel que cumplen las enfermeras y enfermeros como agradables consejeros, que animan con la palabra y el trato, al convaleciente.

En la Argentina, comenta el doctor Jorge Greco, a las enfermeras se les llama samaritanas, en recuerdo de la parábola sagrada del buen samaritano. Y muy correcto el apelativo, le respondo. Porque los integrantes de esta laudable profesión nunca seguirán indiferentes el camino cuando alguien necesite de su ayuda.

La Barranquilla monumental

El doctor Jorge Pérez, Gerente General de la Editorial Grijalbo en Colombia, aprovecha todas las oportunidades para venir a la Costa. Antes de llegar a establecerse en Bogotá su existencia transcurrió en las frías cúspides de su amada tierra boyacense. Por eso el calorcito de las cercanías al Caribe, como él graciosamente comenta, lo disfruta en plenitud en busca de equilibrios.

En su Pesca natal, su padre, que conoció a Barranquilla, en su niñez le hizo saber que acá todo era monumental. Y el año pasado, cuando el dinámico editor acudió a la cita en la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar en una de las fiestas de presentación de libros, al pasearse por las calles en busca de gozo en las tibias noches de agosto y mirar las ofertas de una panadería, expresó: En Barranquilla, como dijera mi padre, hasta los panes y bizcochos son grandes.

Unos días después de escuchar esos conceptos pensé en su veracidad. Y entonces comprobé que el señor padre de mi amigo tenía razón. Pero en lo que tiene que ver con el pasado. Con esa Barranquilla de comienzos del siglo hasta los años cincuenta.

Y a doña Anita le menciono lo que yo admiraba en mi juventud. Tan sorprendente era el empuje de La Arenosa, que al llegar a Bogotá, a finales de 1945, al iniciar los estudios en la Universidad Nacional, la capital no ofrecía detalles propios del progreso de acá. Lo mismo pude observar en Caracas en esos mismos años.

Digamos por caso, el barrio El Prado, con sus bulevares arborizados y sus mansiones copiadas a imagen y semejanza, de palacetes de donde venían sus propietarios (árabes, italianos, norteamericanos, españoles, etc.). Entonces todas las calles eran anchas, y solo para un centenar de automóviles. Ahora son las mismas calles para decenas de miles.

Hace setenta años se construyó el Hotel El Prado, de propiedad de barranquilleros, el mismo que sigue siendo el más bello y grande del país, con el espacio de una manzana rodeada de frondosos árboles y palmeras representativos de la flora tropical.

Y hace cincuenta se instaló, en una cuadrá larga, el

SEARS, en el mismo espacio que ahora ocupa el más grande de los almacenes SAO, aunque entonces sus ventanales servían de bellas vitrinas para exhibir la mercancía en venta.

En esos días Barranquilla mostraba orgullosa su moderno acueducto, el sistema telefónico, el aeropuerto, el Estadio Municipal, y las emisoras. Y es que en su regazo había nacido la radio, la aviación comercial, la telefonía automática, etc., del país.

El antecedente de toda esa pujanza fue el Muelle de Puerto Colombia, el segundo más largo del mundo, obra del genial cubano Francisco Cisneros y de visionarios barranquilleros, unido a Barranquilla por el primer ferrocarril, en cuyo proyecto y construcción estuvo al frente mi bisabuelo, el ingeniero norteamericano doctor Silvestre B. Higgins.

Después, como feliz continuidad, en años recientes, se dota a la urbe de una espléndida catedral con parque propio; del Teatro Municipal Amira de la Rosa, moderno y acogedor, rodeado de amplios estacionamientos para vehículos; del Estadio Metropolitano, orgullo de los barrios del sur; del aeropuerto Ernesto Cortissoz; y de las instalaciones adecuadas de sus Universidades, todas ellas con bibliotecas, y salas especiales para la divulgación de la cultura.

Bueno, le comento en reciente visita al doctor Pérez, Barranquilla habrá de volver por sus fueros. Así es, me responde el acucioso hombre de libros. Aunque debo hacerle saber, agrega, que tanto yo, como mis entrañables amigos y colegas, los doctores Benjamín Ramírez y Carlos Sánchez Montoya, gerentes de Plaza & Janés, siempre nos encontramos a gusto en la muy acogedora Barranquilla.

El Día de las Madres

Oportuna y encomiable la edición que la Revista *Miércoles*, coordinada por Patricia Escobar en *El Herald*o, le dedicó a las madres con motivo de su día. Fue un espléndido homenaje al ser más digno de gratitud.

En dicha publicación muchas de las madres expresan su complacencia porque la vida les ha ofrecido la oportunidad de acariciar sus hijos.

Son madres y abuelas, que en las fotos abrazan a sus hijos y nietos con sonrisas repletas de dulzura.

Doña Anita, además de recibir el beso de sus hijos y nietos, complementa la alegría con las miradas de Porfi y Ricardito, los mellizos con casi dos meses de nacidos. Ellos parecen enterarse del regocijo que prodiga la fecha y regalan tímidas sonrisas.

Siempre se ha dicho que todos los hijos son bellos para sus madres, pero también sucede lo mismo en lo contrario. Para el buen hijo no hay madre desposeída de belleza, porque a la mujer, en cualquier edad o con el físico que fuese, la maternidad la cubre de atributos.

Como ya mi madre murió, desde temprano le llevo flores al cementerio. Allá está ella al lado de mi padre. Y como me acostumbro a hacerlo cuando los visito, inicio el monólogo. Les cuento los buenos sucesos, para no preocuparlos. El Sol sigue saliendo y alumbra a todos, y la lluvia retoña a los árboles maltratados por el verano y las brisas. Nada les digo de la irracional violencia que ensombrece amaneceres. Es mejor que sigan imaginando la simplicidad del fraterno existir del paisaje campestre, donde un día decidieron compartir hogar y criar descendientes.

Después me callo para dar rienda suelta a los recuerdos. Y allí me veo, en sus piernas, en la puerta de la casa, en las plácidas calles del pueblito. Mi madre me dormía cantándome. Por cierto, las canciones, algunas cubanas, ahora están otra vez de moda.

Ya más grandecito era famoso por las travesuras e inclinación política partidista. Me la pasaba jugando bola de trapo, encaramado en los ciruelos y guayabos de

los patios ajenos, o en las pozas del arroyo. Lo gracioso del asunto es que en el baño semanal con agua tibia, mi madre me obligaba a sentarme un par de horas, en reposo, para evitar resfríos. Y, después de esa ceremonia, sin que ella lo supiera, salía derechito con los otros pelaos a chapotear las corrientes frescas del arroyo.

Los amigos liberales que llegaban de visita, gozaban a costa de mi padre. Él era conservador como mi abuelo y como todos los Consuegra, y como lo había sido Pedro Pastor Consuegra, el periodista y parlamentario mártir, Director Fundador en Barranquilla del Diario *La Nación*. Pero mi madre era liberal como su padre, el coronel Enrique Higgins, soldado en su temprana juventud de las huestes de Uribe Uribe. Bueno, para reír un rato, los sabanalargueros me preguntaban qué era, y yo contestaba: liberal. Entonces mi madre, para complementar el jolgorio, aplaudía.

De regreso a la Universidad me encuentro con el ex Ministro doctor César Esmeral Barros. Y los recuerdos siguen. El primo habla emocionado de su tía Emilia y yo de la tía Carmita. Juntas emigraron a Barranquilla para propiciar la educación de sus hijos. En las tardes se encontraban y le daban rienda suelta a la nostalgia. Pero, como sus esposos, don Nacho, mi padre, y el tío Nico, dejaron el sosiego y los arreboles de los atardeceres

sin prisa, para que sus hijos fueran doctores como el tío Patro, el doctor José P. Esmeral, abuelo del doctor César, y consagrado jurista y periodista, que dedicó su vida a la magistratura y fue Consejero de Estado y Director del Diario *El Liberal*, de Pedro Juan Navarro.

Se nos fueron las viejitas, comenta el doctor César Esmeral, pero nos queda la satisfacción de recordar que cumplieron cabalmente la sagrada misión materna.

La ingratitud y la envidia

Converso por teléfono con el doctor Iván Romero Mendoza, Presidente del Concejo Distrital de Barranquilla. Me habla de los gratos tiempos en la Universidad del Atlántico, cuando me escuchaba en la cátedra de Economía Política. Entonces había mucho por hacer y todos se entregaban con entusiasmo a la causa de la búsqueda de caminos.

Ahora nos afecta una realidad distinta. Parece como si el oscuro panorama de la violencia se reflejara en los sentimientos de las personas para deteriorar comportamientos. Y agrega el destacado discípulo: Actualmente la ingratitud y la envidia están a la orden del día. Y lo más triste: Estas actitudes son cultivadas por compañeros de labores que en una u otra forma han recibido nuestra amistad y respaldo en sus actividades profesionales.

El doctor Romero Mendoza recuerda una columna

que escribí en el pasado sobre la ingratitud. Y me pide que la repita. Pero es mejor desahogar el presente.

Jorge Cura, a pesar de su juventud y del ajetreo dinámico del periodismo, también se queja de los efectos de las pasiones negativas de la gente. Sus observaciones críticas las toma del Senador y comentarista deportivo Édgar Perea: En Barranquilla, repite, nadie se muere del corazón o de úlceras por comer mucho o con condimentos. Los infartos y daños de los tejidos orgánicos son producto exclusivo de la envidia.

El doctor Eugenio Bolívar se muestra más desconcertante en las opiniones. Recuerda que el segundo de los hombres que habitó la tierra, Caín, mató a su hermano Abel por pura envidia. Y fue también el iniciador de la ingratitud, al olvidar la obra sublime del Creador. Y otro amigo, al escuchar mis lamentos, me responde: ¿Y de qué te quejas? ¿Acaso no eres cristiano y bolivariano? Te olvidas que Cristo, el hijo de Dios, murió en sacrificio y traicionado por algunos de sus amigos y discípulos; y Simón Bolívar, en el olvido, calumniado y rumbo al desierto. Hasta en su amada patria, Venezuela, al saberse de su fallecimiento, el Gobierno de esos días decretó tres días de fiesta por la muerte del "tirano".

No hay, pues, escapatoria. Y aquí estoy, como

otros amigos servidores de la cultura, abatido por la malquerencia solapada.

De gente bien nacida es agradecer los beneficios que recibe, opinaba Cervantes. Pero, con tristeza, hay que aceptarlo, la ingratitud y la envidia predominan. Son muchos los autores, desde la antigüedad hasta el presente, que fueron víctimas de esta conducta negativa de la humanidad y dejaron sus conceptos. Hay tres clases de ingratos, escribió Ramón y Cajal, los que se callan el favor, los que lo cobran y los que lo vengan. Y Condorcet hacía saber que la ingratitud, hija del interés y la vanidad, es el vicio de las almas bajas y ruines. Por su parte Ausonio no dudaba en creer que la tierra no produce nada peor que un ingrato.

En cuanto a la envidia, las opiniones son muchas. Miguel de Unamuno la consideraba más terrible que el hambre, porque es hambre espiritual. Francis Bacon fue más enfático: "Las personas deformes, los eunucos, los viejos, los incapaces y los bastardos suelen ser envidiosos, porque quien no puede remediar su propio estado hará lo posible por dañar el de los demás".

Lo curioso de este asunto es que algunos encuentran en el hecho de ser objeto de envidia algo positivo. En política suele aceptarse que lo malo no es que hablen

mal de uno, sino que no hablen nada. Otros suponen que quien no es envidiado no es digno de serlo.

Don Miguel Figueroa, que sabe de procederres incomprendibles, intenta animar a los amigos que se sienten golpeados por la envidia y la ingratitud, y en la reunión donde se charla de estos hechos, a manera de consuelo acude a la memoria, para decir con el poeta adolorido: "Quién pudiera volver a lo pasado, retroceder, desandar lo andado, con la experiencia y el juicio de hoy".

Entonces le respondo: En mi caso de nada serviría. Porque de seguro volvería a hacer lo mismo: Servir y confiar.

Medellín y Gardel

El escritor y amigo Aquiles Echeverri, de paseo por Barranquilla, me visita y me entrega una copia de su próximo libro *Medellín y el Recuerdo de Gardel*.

No le concedo espera a su lectura. Apenas el autor se despide la inicio. Pero en las primeras páginas me detengo para darle rienda suelta al recuerdo.

Diez años después de la dolorosa tragedia aérea, durante una semana, todas las noches, el primo Miguelito, padre del famoso cañonero Toño Rada, y maestro de escuela primaria de profesión, me llevaba al Teatro Caldas, que quedaba en la calle Caldas entre Hospital y Concordia, a ver las películas del inolvidable cantante.

Entonces la función se iniciaba a las ocho para terminar a las diez y media, incluyendo noticieros y adelantos. Pero el entusiasmo de los asistentes, que pedían

con aplausos y gritos la repetición de los fragmentos cuando el actor cantaba, extendía el espectáculo media o una hora más.

Yo compartía con los mayores la admiración por Gardel. Y sigo, cincuenta años después, con los mismos sentimientos.

Y mi simpatía no es solo al inigualable intérprete, sino también al compositor. Porque Gardel, con su compañero Alfredo Lepera, fueron poetas en la más rigurosa exigencia del verso encantador y la metáfora feliz.

Precisamente, en las primeras cartas con pretensiones de conquista del amor de doña Anita, me valía de Gardel, José Razzano y Amado Nervo, para ofrecerle saber cómo sería la vida cuando me quisiera.

De esos inolvidables momentos les hablo a los amigos gardelianos, los periodistas Elí Alba Alba, Marco T. Barros Ariza y Luis Felipe Palencia Caratt. Les digo que entonces Gardel y Razzano fueron cómplices para que le expresara en la distancia: "El día que me quieras/
Las rosas que engalanas/
Se vestirán de fiesta/
Con su mejor color./
El día que me quieras/
no habrá más que armonía,
será clara la aurora/
y alegre el manantial./
La noche que me quieras/
desde el azul del cielo,
las estrellas celosas/
nos mirarán pasar".

Y del gran Amado Nervo, orgullo de las letras de México también memorizaba: “El día que me quieras/ tendrá más luz que junio;/ la noche que me quieras/ será de plenilunio,/ con notas de Beethoven/ vibrando en cada rayo/ sus infalibles cosas,/ y habrá juntas más rosas/ que en todo el mes de mayo./ El día que me quieras,/ para nosotros dos/ cabrá en un solo beso/ la beatitud de Dios”.

Por cierto, después, atendidos mis ruegos, pero ante el desacuerdo de don Salomón y doña Lucila, los futuros suegros, en las serenatas, la inspiración del compositor barranquillero Rafael Mejía Romani, reemplazó a Gardel y a Nervo, para servir de tema a los tríos contratados. Con el respaldo presencial de mis colegas de oficio, los profesores Rafael Ortegón Páez y Sigifredo Wilches, el decir era distinto: “Mientras me quieras tú/ lo mismo a mí me da,/ vivir sin Sol ni mar,/ sin cielo, sin Luna,/ mientras me quieras tú”.

Bueno, dejo a un lado las remembranzas, y vuelvo al profesor Echeverri y a su estudio.

Medellín es tierra propicia para escribir sobre Gardel. En nuestra hermosa y pujante ciudad se conserva más afición por el tango que en el propio Buenos Aires y Montevideo. Y así lo he comprobado en mis visitas a las

tres urbes. Y lo mismo puede decirse de toda Antioquia y el viejo Caldas. Allá, en Pereira, por ejemplo, Jaime Cortés gustaba de llevarme a reuniones con amigos para pasar parte de las noches leyendo los poemas de Gardel y Lepera, como ellos decían. En las páginas del ensayo del doctor Echeverri se transcriben conceptos de muchos autores que aceptaron que Medellín es el guardián de la sonrisa de Gardel y de su recuerdo viviente. Y fue en la capital antioqueña donde por primera vez lo llamaron el rey del tango. Y para él, Gardel continúa paseándose por Medellín y permanece observando a su gente donde quiera que suene un tango.

Es verdad que este próximo libro del reconocido historiador antioqueño es una investigación para aclarar leyendas. Naturalmente, con el respeto y valoración del legado creador del personaje. Porque, como dijo Juan Carlos Gallardo en el libro *Carlos Gardel, la Realidad de un Mito*, se puede conocer al hombre para admirar más al ídolo.

El año nuevo, ayer y hoy

No tengo muchos elementos de juicio para referirme al 31 de diciembre que acaba de pasar, y al gran festejo de las doce de la noche. Apenas las sirenas que se escuchaban por las emisoras radiales sirvieron de aviso a los familiares que departíamos en el piso trece, donde reside el hijo mayor, doctor José Eusebio Consuegra Bolívar.

Sin embargo, tuve la curiosidad de asomarme al balconcillo, un par de minutos, pues de inmediato doña Anita me obligó a entrar a la sala, por temor a una "bala perdida".

Y, en verdad, aunque las calles se veían solitarias, los sonidos del tronar de revólveres y pistolas podían escucharse por todos los lados, quizás disparados desde las ventanas de los apartamentos.

Al taxista que nos recogió en el barrio Paraíso le

comenté que las calles estaban solitarias y ajenas a la alegría tradicional. Tal vez los vecinos salieron a otras ciudades o sitios de recreo. Pero, el recuerdo del ayer me obligaba a pensar que las costumbres cambian a toda prisa. Ahora, sea el caso, el edificio obliga a la individualidad. Cada familia festeja aislada en su apartamento o piso. Y si se da un encuentro en los salones especiales para convivencia social y disfrute exclusivo de los dueños, se limita, también, al círculo cerrado del inmueble colectivo.

En mi niñez, pubertad y juventud, las cosas eran distintas. Entonces el jolgorio colectivo predominaba. Y al sonar los pitos de las fábricas, todo el mundo salía a recorrer la cuadra, o las cuadras, para abrazar conocidos y desconocidos, con palabras de deseos de dicha y prosperidad en el año que se iniciaba. No faltaban los llantos al lado de las risas, todas ellas expresiones de alegría y repletas de esperanzas. Muchos pasaban corriendo porque los pitos los sorprendieron lejos de las residencias, y se esforzaban por llegar al lado de los suyos y de los vecinos en el esplendor de los saludos y del ruido de las sirenas.

Allá, en mi pueblo, el treinta y uno era de sancochos y ron blanco para los mayores. La fiesta de los niños, al día siguiente, el primero de enero. Por cierto, como

recuerda con gracia Gustavo Raad y Manuel Figueroa, el uno de Magangué y el otro de Molinero, la celebración, por aquello de los estrenos, involucraba el regocijo de lo nuevo, con las molestias de las tallas inadecuadas.

Entonces todo se mandaba a comprar a Barranquilla al ojo. Mana Josefa Pacheco, la obsecuente mercader de Isabel López, que todas las semanas salía de madrugada con su burro zaino cargado de gallinas, huevos y yucas, para regresar al día siguiente con los encargos de las comadres, muy pocas veces acertaba en el tamaño de los botines. Y, como casi siempre nos quedaban grandes o pequeños, las vejigas iniciaban el tormento desde temprano.

Ya, en Barranquilla, la calle Obando, y todas las demás del barrio, derrochaban energía con motivo del nuevo año. Todo era hermandad, y las discordias de vecinos quedaban atrás esa noche. Las familias se sentaban en las puertas de la calle sin temor a las balas de los irresponsables. Entonces ni los policías cargaban armas, porque el bolillo era suficiente. Y las del ejército se mantenían en los cuarteles.

Ahora los civiles reclaman y se les concede el derecho de portar armas. Y como, correctamente comentan los juristas y pacifistas, doctores Rafael Bolaño y Antonio

Spirko, quien porta un arma es un homicida en potencia. Porque las armas se tienen para usarlas, aunque sea en defensa propia. Y homicida, como escuetamente lo define el *Diccionario* de la Academia, es el “causante de la muerte de alguien”.

Bueno, se viven costumbres y problemas distintos a los del ayer. Y, para el caso de las comparaciones, añoro los festejos de los añonuevos pasados, ricos en complacencias compartidas, y ajenos a los temores y peligros de estos tristes tiempos de violencia e irracionalidad.

Los angelitos

Noviembre hace una pausa en sus lloviznas para obsequiar los días de espléndida belleza. El Sol aparece bien temprano e ilumina un horizonte sin límites. Desde la altura de mi piso contemplo las aguas enturbiadas del Magdalena penetrando en el Caribe azul. No hay nubes ni neblinas que perturben y todo se ofrece como obsequio agradable de natura.

Mis hijos, Anita y Porfirio, que viven más alto, llaman por teléfono asombrados, porque, sin auxilio de binóculos, pueden contemplar los picos de la majestuosa Sierra Nevada de Santa Marta.

Bueno, hoy es Día de los angelitos y a lo mejor todo eso es el obsequio del cielo. Y mientras contemplo el paisaje los recuerdos me trasladan a la infancia.

En mi pueblo los niños dormíamos temprano en la víspera para despertar con buenos ánimos a recorrer la calle larga y casi única, en solicitud de regalos.

Íbamos en parejas, con una pita agarrada en las puntas, donde se amarraban los pedacitos de caña dulce, guineos manzanos, guayabas y pedazos de panela.

La alegría era contagiosa. Y las puertas de las casas estaban abiertas para ofrecer bienvenidas a los muchachos.

‘Ángeles somos y del cielo venimos a pedir angelitos para nosotros mismos.’

No se decía limosnas, como ahora desorientados historiadores pretenden hacer creer. Se pedían angelitos porque ese era el nombre adecuado de la legendaria costumbre. La limosna es para los pordioseros, los angelitos para los niños en su festejo.

Y la gratitud estaba presente lo mismo que el reproche. Los versos se usaban para expresar sentimientos. En vez de la palabra gracias, se cantaba: ‘Esta casa es de rosas, donde viven las hermosas’. En caso distinto: ‘Esta casa es de espinas, donde viven las mezquinas’.

En la Universidad Simón Bolívar la bella costumbre se cultiva. La Facultad de Psicología y el Departamento de Bienestar Universitario, realizan la fiesta de los angelitos para los hijos y nietos de los trabajadores. La doc-

tora Luisa Osorio, Decana de la Facultad y la Secretaria Académica, doctora Esperanza Ahumada, propician el suceso. Y doña Anita desde dos meses antes, adquiere obsequios.

Desde las nueve de la mañana, del domingo pasado, se inició la fiesta. Los niños lucen disfraces. Allí están, Arlencita, los mellizos, el Moni y el Meme, mis nietos, compartiendo alborozos con los asistentes.

Todos los niños reciben angelitos. Ahora son distintos. Carros, aviones, alcancías, muñecas, libros de cuentos, etc. Y para los adultos y pequeñines, sabrosuras: alegrías, caballitos, cocadas, enyucados, caramelos. Y de acuerdo con las tradiciones, bollo de angelito, queso blanco, y guarapo.

El grupo folclórico animó el festejo. Y los niños bailaron mapalé, cumbia, tambora, vallenato y otras expresiones musicales colombianas. Y de último, un pudín de ocho pisos, coronado con ángeles, que terminó de llenar los estómagos satisfechos.

Por mis recuerdos, con la simplicidad de la existencia en aquellos tiempos lejanos, y el regocijo que depara el gozo de los niños, de familiares, amigos y compañeros de labores, agradezco doblemente al destino.

En el presente nada tan grato como apreciar la muestra de la gratitud. Y comprobar cómo los directivos de nuestra Casa de Estudios Superiores estaban allí rindiendo tributo de reconocimiento a los subalternos que dedican sus esfuerzos en el empeño de colaboración al servicio de la educación de la juventud, con respaldo solidario y de aprecio a la ejemplar inquietud de las doctoras Osorio y Ahumada y de doña Anita.

Y sobre mis remembranzas, a cada momento las disfruto y valiéndome del poeta suelo decir: Para volver a mi calle me valgo de un mochuelo y de una escuelita pintada de blanco. Por si esas cosas me faltan, con un sueño me basta.

Sobre política y elecciones

Esta nota la escribo, o la transcribo, antes del domingo, día de elecciones, con la esperanza de que todo transcurra normalmente. Y tuve el cuidado de hacerlo así para evitar juzgamientos equivocados en una posición ideológica solo interesada en valorar el papel de la política y anhelar su correcta utilización.

Hace unos años escribí en una columna lo siguiente:

Es raro encontrar un ciudadano que no exprese su inconformidad por el estado lamentable a que ha llegado en algunos casos la actividad política. Y, lo más grave aún, una atmósfera de escepticismo parece rodear el criterio de los electores. Porque, para muchos la política es sinónimo de engaño, tráfico de influencias, fomento de rivalidades denigrantes, etc.

Sin embargo, es necesario recordar que la política

ha sido considerada en todos los tiempos noble ocupación del género humano. Porque la política supone entrega, servicio a una causa, sacrificio en la defensa de idearios, responsabilidad en la conducción. El verdadero político se obliga a limitar las condiciones de su individualidad para someterse al compromiso de la voluntad colectiva.

Se ha definido a la política como un arte, pero es necesario saber también que es una ciencia. Un político, por lo tanto, debe ser un estudioso de la realidad social y un conocedor de la historia de su pueblo. El político viene a ser una especie de cirujano. En un momento dado, por ejemplo, la bondad de un cirujano depende del virtuosismo en el manejo del bisturí. El cirujano cumple entonces el papel de un artista. Pero, ante todo, es un médico. Vale decir, una persona, o profesional con conocimientos en anatomía y disciplinas de la ciencia médica. De otra manera el cirujano actuaría a tientas, y en vez de hacer bien podría hacer mal.

De la misma manera, un político no lo es cuando limita su conducta al manejo habilidoso de situaciones. Si el político carece de un mínimo de conocimientos, de una bandera ideológica y de un propósito de servicio a unos principios, su ingenio apenas le servirá para satisfacer sus intereses personales o, simplemente, para desvirtuar la delicada misión del hombre público.

Contrario a los fundamentos que dan vida y grandeza a la ocupación política, la politiquería desfigura un arte noble para abonarle desprestigio y convertirlo en sainete grotesco.

Naturalmente, los conceptos sobre la política son múltiples y variados. Los pensadores de todas las épocas se han encargado de ofrecer opiniones. El filósofo Locke, sea el caso, pensaba que ella no podía ser otra cosa que el buen sentido aplicado a la moral.

Y con decir irónico Mark Twain sonreía al responder que la política sería cosa sencilla si no diera por casualidad que la hicieran los hombres.

Contrario a ese razonar jocoso, Wilson concebía a la política como la ciencia del progreso ordenado a la sociedad. Y Macaulay condenaba la beligerancia y las pasiones personales y grupistas exageradas. Para él, cuando la lucha entre individuos y facciones es intensa, el político se interesa, no por el pueblo, sino por el sector a que pertenece. Los demás son, a su juicio, enemigos y piratas.

Como consuelo a los que deben soportar el agravio en el quehacer político, desde los tiempos remotos Séneca recomendaba a los que aspiraban al poder a llenarse de paciencia para soportar el odio.

En cuanto a las elecciones, ellas cumplen la sagrada misión de servir de instrumento fundamental en el legado popular a los dirigentes. Y el pueblo está en la obligación de cuidar esta potestad que le confiere la ley.

Cuando el pueblo no aprovecha cabalmente el derecho de la escogencia de sus mandatarios y legisladores desperdicia su poder y contribuye al desprestigio de la organización social democrática.

Bueno, nos corresponde concluir con el deseo de que en el mañana la política cumpla la misión asignada por sus intérpretes, y las elecciones permitan festejarse, con el alborozo propio para los buenos acontecimientos colectivos.

Volver a San Roque

La ciudad amplía su perímetro y nos aleja de los sitios de gratos acontecimientos del ayer. Es cierto que ellos permanecen enmarcados en el recuerdo, y por eso el retorno, aunque sea por momentos, obsequia la dulzura del reencuentro añorado.

Las fiestas de San Roque de mi infancia y pubertad constituían el acontecimiento de la holgura y el disfrute. Todas las noches, desde bien temprano, de la mano del profesor Miguel Rada, padre de Toño, el legendario goleador, allí estaba esperando la salida de la vaca loca para gozar el espectáculo de los buscapíes y cohetes que se escapaban de sus cuernos.

La carrera loca de la vaca loca esparcía el jolgorio entre la multitud. Unos iban adelante como abriéndole camino, y otros, entre los cuales estaba yo, seguían atrás con la algarabía de gargantas seducidas por el encanto de la velada.

Los cohetes iluminaban las noches estrelladas de agosto. Porque entonces, cuando los faroles públicos no abundaban, el cielo permitía contemplar las Siete que Brillan. Y hasta se gozaba el frescor de las brisas suaves que elevaban cometas. Ahora, en estos tiempos de cambios, agosto involucra lluvias al lado de los vientos.

Eran varias cuadras las del festín. Los jóvenes subían al ring encabezados por el mudo González a darse golpes con las manos enguantadas. Eso era lo que a mi más me llamaba la atención, comenta el poeta Gustavo Raad. Porque allá, en mi porteña Magangué, las peleas de los borrachitos eran a puño limpio y sin las morisquetas propias, en la defensa y ataque, del pugilismo.

Los juegos de azar siempre diversos, y también mensajeros de alegrías y expectativas. Bazares, ruletas y el sonar de los dados en los vasos de cristal invitaban a contertulios al disfrute de la ilusión del acierto. Se apostaban centavos, apenas como tributo a la curiosidad. Y la vara de premios enjabonada que facilitaba la risa y el comentario jocoso en el subir y caer de los que pretendían alcanzar el premio.

Nunca se supo en ese concurrido alborozo de los barranquilleros de sucesos violentos ni de perturbaciones a la tranquilidad individual o colectiva.

Hoy, en esta venturosa mañana de 16 de agosto de 2000, ahí estamos, como todos los años, en la misa solemne del Santo Patrono. Y su iglesia está repleta de ese pueblo que se mantiene fiel al ancestro. Son cientos de rostros de abuelos, hijos y nietos que muestran alegres identidades proletarias.

Y en las primeras filas el señor Alcalde, doctor y sacerdote Bernardo Hoyos Montoya, y un grupo de ex alumnos salesianos, los doctores Rafael Iglesias Vargas, Teófilo Bendeck, Delimiro Daza, León Félix Galindo, Ricardo Villa, Gabriel Kesie, William Amín Escaf y José Cuello.

Los ex alumnos salesianos han organizado una Asociación, que preside el doctor Rafael Iglesias con su señora esposa, doña Sarita Flórez de Iglesias. Rafael es hermano del inolvidable Aniano, mi compañero universitario y de actividades políticas y periodísticas en los años cuarenta, de prematura e inesperada muerte.

La liturgia, como en el ayer, fue esplendorosa. El altar estaba graciosamente adornado con flores obsequiadas por doña Margarita de Rabat. Y el señor Arzobispo de la Diócesis, doctor Rubén Salazar Gómez, majestuosamente recorrió las naves del templo con séquito de gala, del señor Párroco, doctor Gervasio Fornara Rampa, el

Rector del Colegio Salesiano, sacerdote doctor Julio César Gómez y el padre y doctor Hermes Nieto.

Terminada la ceremonia los amigos de entonces dimos rienda suelta a la añoranza. Nadie quería mencionar nada distinto a la reminiscencia graciosa y placentera. Una señora que se acercó donde estaba doña Anita y otras damas a relatar las dolencias de sus oídos, de inmediato fue reprendida por doña Sarita, quien le hizo saber que el momento solo era adecuado para la charla amena y el anhelo perdurable del encuentro. Porque todos parecían acariciar una esperanza: Que en un mañana distinto al presente de malquerencias fraticidas que doblega a Colombia, regrese a la calle de Las Vacas la armonía del existir de las evocadas fiestas de San Roque.

Libros



Escritores, libros y luces

Una nueva y esplendorosa fiesta de la palabra escrita se realizó la semana pasada en la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar. Con la presencia de ilustres Rectores de Colombia y de intelectuales de Barranquilla, once escritores, poetas y tratadistas, presentaron sus libros. Desde Pasto hasta Barranquilla, figuras destacadas de la academia, la cátedra y la investigación se reunieron para recibir el aplauso fraterno y la admiración de centenares de educadores y hombres de letras.

Ignacio Consuegra Bolívar y Gustavo Raad Mulford, dos arquitectos, entregaron sus obras, pulcramente editadas por la Editorial Mejoras. Ignacio, el reconocido acuarelista, escribió sobre *La Estación Montoya, el Edificio de las Nostalgias*. Es un estudio sobre la historia de ese monumento de la Barranquilla del ayer, ilustrado con fotografías de entonces y del presente. Gustavo, el poeta

magangueleño, lo hizo acerca de un tema de palpitante necesidad. *El Derecho de Reír* obliga a su lectura inmediata en busca de escape a la zozobra que nos doblega.

Julián Sabogal Tamayo, científico social y catedrático de la Universidad de Nariño, llegó desde Pasto con *Revisando Paradigmas*. Su libro es el fruto del trabajo que adelanta en el Centro de Estudios e Investigaciones Latinoamericanas. Son más de trescientas páginas dedicadas al análisis y la crítica de los aportes de economistas nacionales.

Ramiro de la Espriella, escritor y columnista cartagenero radicado en Bogotá, entregó a la América Latina *Las Ideas Políticas de Bolívar*, en bella edición de Grijalbo, la famosa casa editora ítalo-española, que gerencia en Colombia Jorge Pérez. Ramiro escudriña con lupa iluminada el Manifiesto de Cartagena, la Carta de Jamaica y el Discurso de Angostura. Párrafo por párrafo, frase por frase. Es un examen cuidadoso que le permite encontrar en cada expresión una idea y un mensaje histórico del genial Libertador.

Gustavo Esmeral Barros, otra vez obsequia un libro de poemas. *La Piel del Alma*, en delicada y azul impresión de la Editorial Antillas, como acertadamente lo define el escritor Max Rangel Fuentes, "es el libro del amor...

porque sus versos son delicados, y regalan la fe en la vida y colocan al alma donde nace la belleza o retoña el encanto”.

En *Cinco poetas sucreños*, José Rivero Ruiz selecciona textos y poesías de Alexandra Addres, Rubén Darío Arroyo, Miguel Iriarte, Ignacio Verbel y Ricardo Vergara, con ilustraciones del pintor Antonio Zuluaga. El autor agradece el patrocinio del Fondo Mixto para la Promoción y la Cultura que dirige el poeta Óscar Flórez Támara.

Plegaria al Mar, es de Ramiro Parias Burgos, el médico poeta, que cura enfermos y ofrece aliento a los enamorados. Al poeta lo obsesiona el mar. Y a él se acerca con súplicas de ayudas para regresar el tiempo en búsqueda de la amada que se fue sin despedirse.

Bajo el patrocinio de la Sociedad Hermanos de la Caridad que preside el médico y catedrático doctor Leonello Marthe Zapata, se han publicado los libros *Obra Poética*, de Largión Barros de la Hoz, y *Perfiles Masónicos*, del educador José Stevenson Collante, ex Rector de la Universidad del Atlántico, y actual profesor de la Universidad Autónoma del Caribe. Refiriéndose a los manuscritos dejados por el poeta Largión, el doctor Marthe Zapata recuerda al autor, ya desaparecido, como

un romántico y un lírico de la mujer. Por su parte, Adlai Stevenson Samper, al enjuiciar la entrega de su padre, hace saber que "en sus páginas se respiran los aires de otros tiempos, floridos, si se quiere, de conductas ejemplares consagradas a causas en donde campeaban los principios éticos". Javier Antonio Villanueva Meza, jurista cartagenero con sede en Medellín, trajo desde la Capital de la Montaña su *Derecho Penal y Derechos Humanos*. Es fácil valorar la trascendencia de todo escrito sobre estos temas en los actuales tiempos de violencia e inseguridad individual y colectiva. En las facultades de derecho del país, este libro habrá de ser recibido con beneplácito.

Y doña Anita, la infatigable compiladora de la historia cultural de la Universidad Simón Bolívar, hizo entrega del tomo once, con derroche de colorido de fotografías y testimonios de hechos memorables.

Bueno, como dijo, con la gracia de su sonrisa, la doctora Gadra Sánchez de Pérez, Rectora de la Universidad de Yacambú, Barquisimeto, allí presente, regresaba a Venezuela con el doble regalo de una velada libresca y de la iluminación de las calles y residencias. Dos motivos, comentaba, para recordar siempre a la generosa Barranquilla.

El Derecho de Reír

Quienes conocen y tratan a Gustavo Raad Mulford no les sorprenderá *El Derecho de Reír*. Pocas personas como él hacen del existir placentero una constante inseparable. Siempre mantiene a flor de labios el comentario aducinado o la respuesta repleta de donaire y gracia. Creo que nunca ha conocido el fastidio del agravio. Porque al reclamo injusto o a la crítica mordaz, le saca el cuerpo, de manera espontánea sin necesidad de razonamientos, con la contestación desconcertante que obliga a la sonrisa.

Yo suelo contar una anécdota que también sirve para apreciar la personalidad del arquitecto, poeta y periodista. Lo esperaba en la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar en horas de la tarde, las que Gustavo, católico devoto, dedica a la misa vespertina.

Se apareció justo cuando la presentación del libro

de un amigo se iniciaba. A manera de recriminación y a sabiendas que es de Magangué, tierra de comedores de buena carne vacuna asada, le dije:

-Cuando estés allá arriba, en la gloria, saboreando todo el día escarchas de maná, y yo abajo, con don Sata, con apetitosos bistés dorados en la candela perpetua, y me pidas un pedazo, te contestaré:

-Sigue sacándole gusto a las motas azucaradas.

-No te preocupes, contestó Gustavo con su sonrisita de niño. De inmediato descorro la cortina de mi pequeña nube para que veas los libros que mantengo en el estante. Y agitarás los brazos suplicando que te preste algunos. Pero te haré saber que los libros son de papel, y el papel lo quema la candela. Entonces, mi querido doctor Consuegra, sabrá lo que es el infierno para un intelectual: ¡Un sitio sin libros!

Naturalmente, como es fácil suponerlo, ahora estimo al hermano en Cristo, el gran Gustavo, para que me tenga presente en sus oraciones.

Para Hebbel el humorismo es la única creación completa de la vida. Y cuánto le debemos a los humoristas.

De ahí que se piense que un día desposeído de risas es un día malogrado. Porque el humor es para reír.

Y la risa es la brisa que refresca, la lluvia que lava molestias. Ella es, como alguien lo observara, privilegio de los humanos. Y hay que sacarle provecho.

En el mundo de las letras el humor sigue punteando. Cervantes se encargó de demostrarlo. Su *Don Quijote de la Mancha* no ha sido superado. Un libro de humor es un salvavidas en la realidad turbulenta. Es un refugio adecuado que protege al lector. Sobre todo en la tenebrosa situación que padece Colombia. Nada, pues más oportuno que *El Derecho de Reír*.

En mi caso, ante la riqueza expresiva de la información sobre la violencia de la televisión y los periódicos, en los momentos de descanso acudo al *Chavo del Ocho* y a *Condorito*. Mis nietos se encargan de la información de horarios y del suministro de nuevas ediciones. El Moni y el Meme, los hijos de Ignacio, colega del arquitecto Gustavo Raad Mulford y el acuarelista que ha ilustrado sus libros de poemas, están pendientes para obsequiar a su papabuelo las ocurrencias del pajarraco chileno, de su novia Yayita y de su suegra Tremebunda.

Desde la introducción Gustavo inicia la tomadura de

pelo. Y pregunta si tenemos derecho a reír. Las respuestas desconcertantes abren las puertas para recorrer el grato camino de la agudeza y la gracia, y del ingenio placentero.

Después vienen los relatos socarrones y salerosos. Son cuentos enmarcados, en la redacción poética, con broche de almíbar. Algunos de ellos me trasladan a la niñez. Allí encuentro el acontecer pueblerino que volvemos a vivir de noche, en los sueños, cuando dormimos alejados del diario acontecer perturbante.

El periodista Gustavo Raad Mulford selecciona los artículos publicados en los últimos quince años. Son temas que invitan a segundas lecturas. Para aquellos que no tuvieron la oportunidad de saborearlos en el ayer, ahora se ofrecen con la vigencia que acolita el buen decir en los predios de la sagrada burla.

Y después, como epílogo feliz, en el *Pasaje Urbano*, nadie se escapa. En algunas de las bromas está el vecino, el compañero de trabajo, el amigo, el pariente. Pero todos reirán. Porque la ofensa, la vulgaridad, la chabacanería están ausentes. Es el chiste pudoroso y recatado, libre de la afrenta y modelo del buen gusto.

Gracias, Gustavo Raad Mulford por este espléndido

regalo. Ya tus tres libros *Cantos*, *Cuentos*, *Otros Sueños* y *Acuarelas*, *Pluma y Pincel*, y *Vuelo Silencioso*, regocijaron a la Universidad Simón Bolívar y a tus admiradores. Ahora te sobras, como dicen en Magangué cuando la copa de la creación intelectual rebosa, con este testimonio del sano humor, que es *El Derecho de Reír*.

La ciudad ayer y hoy

He tenido la oportunidad de haber sido testigo del crecimiento de nuestras ciudades. Mis setenta y cinco años de existencia me lo han permitido. Porque en algunas de ellas pasé la niñez y juventud como estudiante, y en otras fui catedrático.

A Barranquilla llegué en años de esplendor. Todavía era la sede de la aviación colombiana, del transporte fluvial, y ya contaba con modernos servicios de acueducto, energía eléctrica y teléfonos. Además, la belleza del barrio El Prado, con su majestuoso hotel, residencias palaciegas y bulevares arborizados, la distinguían como pionera en ese novedoso estilo urbanístico.

En 1945 a Bogotá la encontré muy distinta a Barranquilla. Entonces casi toda la actividad se adelantaba en lo que fue la ciudad colonial. De lo moderno lo más sobresaliente, era la ciudad universitaria, con sus

paredes blancas, jardines florecidos e instalaciones adecuadas para la enseñanza y el estudio. Me hospedé en la Pensión Magdalena, mansión antigua que había sido la residencia del ex presidente Laureano Gómez y de su familia. En esa Bogotá todo parecía transcurrir en la carrera Séptima, sitio obligado para deambular de día y de noche.

Años después también disfruté de la placidez de Cartagena y Popayán. En esas ciudades el máximo gozo eran los paseos conversados por sus calles en los atardeceres. Por la orilla del mar, en Cartagena, con Jorge Child, Roberto Burgos Ojeda, Raúl Alameda, Gumersindo Serje, Fabio Morón Díaz y Carlos Villalba Bustillo, imaginábamos el porvenir de nuestra América Latina; y en Popayán, al lado de Álvaro Pío Valencia, Arturo Valencia Zea, Benjamín Iragorri, Luis Carlos Pérez, Antonio José Lemus Guzmán y Jorge Illera Fernández, se analizaban hipótesis jurídicas y económicas, seguidas por discípulos atentos, que años después fueron presidentes de la República.

Ahora tengo en mis manos dos estudios, verdaderas joyas de la investigación histórica sobre Barranquilla y otros sitios. Son los originales de un próximo libro del arquitecto y acuarelista Ignacio Salomón Consuegra Bolívar, y *La Imagen Temporal de Barranquilla, Siglo XX*, el reciente libro del escritor Alfredo de la Espriella.

Consuegra Bolívar analiza y compila el legado de los cronistas del ayer, que llegaron a estas tierras en busca de fortuna: Ellise Reclus se sorprendía ante el caudal del río Magdalena y anotaba que solo le cede en importancia al Amazonas y al Orinoco. Theodoro Nichols describe las fatigas del viaje de ascenso. Los bogas no se distinguían de los esclavos, siempre sometidos al alcohol etílico, condenados a trabajar desnudos. Y los mosquitos parecían gaiteros nocturnos, dispuestos a chupar sangre.

En los días de la lucha independentista, Barranquilla, a pesar de ser una aldea si se le comparaba con Cartagena o Santa Marta, responde ejemplarmente. Y en 1813, Manuel Rodríguez Torices, en su condición de Presidente del gobierno revolucionario, le otorga el Premio al Patriotismo, la eleva a Villa y le concede escudo y bandera.

En su niñez Barranquilla recibe con los brazos abiertos a los inmigrantes europeos y asiáticos. Es como ahora, un lugar desprevenido con habitantes en disposición a la amistad y el albergue. El curazoleño C. Hoyes la encuentra en 1851 con seis mil habitantes y casuchas de paja. Pero aprecia la actividad comercial, y abona raíces. En 1854 el bisabuelo Silvestre B. Higgins, ingeniero norteamericano, desembarca en Sabanilla con la misión

de construir los muelles de los puertos del Magdalena, y acá también organizar hogar.

Por su parte, Alfredo de la Espriella llama a su libro un álbum con las fotografías de los primeros veinticinco años del presente siglo. Y califica la historia de ese período insurgente como "una gesta gallarda de precursores y protagonistas que, gracias a su competencia, tenacidad y espíritu cívico, legaron a Barranquilla el patrimonio que ha honrado siempre la hidalguía de sus virtudes".

De la Espriella es el eterno enamorado de su ciudad. Y con el mismo amor que cuida y enriquece el Museo Romántico, preparó este libro patrocinado por la Gobernación del Departamento.

El existir de la Barranquilla pujante del primer cuarto de siglo, se puede apreciar y valorar en las fotografías compiladas. Las fábricas, los templos, los teatros, los almacenes, todo está allí, con la leyenda adecuada de un artista de las letras.

Bueno, ahora el enjambre de edificios y las calles repletas de automóviles, deslumbran a los turistas en nuestras ciudades. Sin embargo, el recuerdo de la tradición y el sosiego de antaño, alimentan mis ensueños.

Plegaria al Mar

Me la paso en busca de refugios. Ante la horrible realidad de la violencia y de los sentimientos negativos que ensombrecen el territorio colombiano, intento mitigar la angustia y la aflicción en la placidez del paisaje lejano y en la poesía.

Desde mi ventana contemplo el río y el mar. El invierno propicia el espectáculo. La lluvia barre el humo acumulado que expelen las fábricas. El Caribe se muestra en su azul esplendoroso, como vestido de novia, para recibir al moreno Magdalena. Allá están los tajamares de Bocas de Ceniza, semejando cuchilladas, como lo imaginó la poetisa. Es tanto el éxtasis que obsequia el panorama que hasta permite milagros: A mi lado tengo al periodista Édgar García Ochoa, el dinámico Flash, y él también se olvida por unos minutos de su libro *Barranquilla de mis Amores* para contemplar, en plenitud de sosiego, el obsequio del atardecer.

La noche anterior, el gozo lo prodigaron el poeta Óscar Flórez Támara y la poetisa Margarita Galindo Steffens. En las instalaciones culturales de Comfamiliar recitaron sus versos. Óscar Flórez cosecha rosas en su jardín sincelejano y viene con ellas a obsequiarlas a los amigos barranquilleros. En sus apostillas de pocos versos, resume el razonar melodioso. Y se asoma al amor para mirarlo a través del ensueño. Sobre Margarita basta con decir que embelesa. La metáfora feliz brota de su canto para convertir la palabra en savia azucarada. Al escucharla el tiempo parece también detenerse en busca de deleites.

Y ahora, para seguir suavizando las fatigas de los sucesos que estropean el existir, el médico Ramiro Parias-Burgos me ofrece la muy grata oportunidad de saborear los poemas de su próximo libro, *Plegaria al Mar*, que publicará Grafitalia, la casa editora de los esposos Sante y Darcy Gaddini.

El poeta es pediatra. Buena parte de su vida ha transcurrido al lado de los niños. Tal vez por eso sus poemas ofrecen la dulzura de las miradas infantiles.

Como sabe que del mar venimos, a su seno anhela regresar. Ya es la hora, le dice, 'de abandonar los remos para dejar que la corriente me lleve a tu regazo'. Y es

tanta la insistencia que a Fernando y a Rodrigo, los hijos mimados, les pide que en la hora de la muerte quemen su cuerpo en el crepúsculo para que las brisas vespertinas lo lleven al mar.

La nostalgia está al lado del rapsoda. Y en medio de la algarabía se siente solo. Pero entonces la magia del amor lo conduce al recuerdo. Cierra los ojos y la regresa a su lado: a la morena de verde mirada que acarició en el ayer, cuando la Luna acolitaba la delicia reflejando su esbeltez en las arenas de la playa.

Al poeta lo obsesiona el mar. Es su nostálgico prisionero. Lo descubre en todas partes y en todas ellas lo añora. En esta idolatría comparto afectos. En frente del Caribe está la biblioteca de autores latinoamericanos que me sirve de oasis.

Aunque en verdad el atractivo de Ramiro poco concede comparaciones. Él está en disposición y ánimo, a la manera de la poetisa mística y santa, para confesarle al mar en todo instante: 'Si tú me dices ven, lo dejo todo...'

Pero, debo aclarar, que en la persistente mención a la muerte en busca del encuentro del mar y de la amada, me quedo con aquel colega suyo que alegaba ante Dios

con valiosos argumentos: 'Señor, si Tú me creaste este mundo, la redonda tierra, y la encuentro tan bella, con sus mares, montañas, ríos y flores, ¿para qué quieres llevarme a otra parte?'

Sin embargo, plenamente me agrada el poeta que pretende regresar el tiempo para amar para siempre a la idolatrada que se fue. Distinto a los marineros que besan y se van, allí estaría en la playa desierta tejiéndole vestidos con encajes de peces y crespones de espumas.

Y en medio del azul de los recuerdos se acerca el gran Pablo Neruda. Y se expresa un tanto confundido. Piensa que ya no la quiere, ¿pero cómo olvidar los grandes ojos fijos? Porque de ella todo le encantaba, además del cariño semejante al mar.

Bueno, que me permitan un comentario final de una coincidencia simpática: Como para estar a tono con la ocupación profesional del doctor Ramiro Parias-Burgos, sus poemas los leí, y escribí esta nota, en las antesalas de médicos visitados, que atienden mis achaques de salud, en la mañana y en la tarde del miércoles.

Carbón y contaminación

En columnas anteriores he venido comentando los loables propósitos del médico y ex ministro César Esmeral Barros, de encabezar un gran movimiento a favor del rescate de las aguas medicinales de Usiacurí.

En el libro *Reflexiones sobre la Costa Caribe*, se vale de un estudio de su colega Celso Solano Manotas. Es ese el documento testimonial. Porque el autor fue testigo en su condición de médico rural, y como tal comprobó las cualidades curativas de las aguas. Hasta, por su propia cuenta, patrocinó los análisis de laboratorio. Y el Ingeniero Químico Felipe Duffaut le rindió informe sobre las múltiples propiedades.

Antes, otros visionarios lo habían hecho. El ingeniero y hombre de empresas cubano, Francisco Javier Cisneros, el constructor del muelle de Puerto Colombia (que tuvo el mismo destino de los pozos de Usiacurí:

abandonados por la miopía de los mandamás de los momentos históricos desafortunados) se encargó de mandar muestras a los Estados Unidos, a finales del siglo pasado. Los químicos de Cleveland comprobaron el contenido de sulfuros, hidrógenos, hierro, carbono de magnesia, cloruro de soda, etc. Y en 1920 la familia Santodomingo, la misma cuya descendencia sobresale ahora en el país en el área empresarial, después de propiciar el análisis químico en laboratorios de Nueva York, obtiene contrato para la explotación comercial de las fuentes.

El doctor Solano Manotas se enamora del prodigio de las aguas de Usiacurí. Y pondera sus virtudes curativas. Las considera dinámicas, estimulantes, sedativas, diluyentes y eliminatorias. Se empapa en el conocimiento de las propiedades de cada uno de los pozos: El Higuero, con bicarbonato, hierro, sodio, potasio, calcio, magnesio y muchos otros componentes; El Chorrito, La Zorra, El Italiano y Chacanita, todos ellos ricos en minerales.

Los últimos capítulos de su libro los dedica el doctor Esmeral Barros a defender el patrimonio ecológico de la Costa.

Ahora el caballero de la salud denuncia el nefasto

proyecto de un puerto carbonero en Barranquilla, precisamente en el lugar donde las brisas que sirven de ventilador de la ciudad, esparcirían el polvillo del mineral.

Con riqueza de argumentos, el doctor Esmeral Barros informa sobre los resultados cosechados con ese tipo de desembarcaderos localizados cerca de los poblados y ciudades. Y lo más triste del asunto, se queja con dolor barranquillero, es que la propia dirigencia económica de la ciudad acolite el desafuero. Entonces recuerda que sus miembros cuentan con residencias en Miami u otras partes, y en los momentos de crisis contaminantes, nos dejarán solos con el padecimiento.

Ni siquiera puede argumentarse que La Guajira, la región más abandonada del país, saque provecho de las explotaciones de los recursos minerales que la naturaleza le prodigó. Ahí está el caso del Chocó, con su platino y oro. Después de tantos años de explotar sus minas la Chocó Pacífico y otras empresas extranjeras, se fueron dejando más miseria entre sus habitantes y solo pedregales.

Acá, en La Guajira, está sucediendo y sucederá lo mismo. Los grupos oligarcas y burócratas de Bogotá negocian con las empresas extranjeras la venta y ex-

portación del carbón sin la decisiva o provechosa participación del pueblo guajiro. Y, como complemento irónico, le obsequiarán a Barranquilla la polución.

Al finalizar sus reflexiones el doctor César Esmeral Barros pondera la constancia como fuente milagrosa en el quehacer humano. Y ojalá sea así, para que Usiacurí recupere su estatus de lugar de sanamiento de enfermos y de Chiquinquirá vuelvan a venir otros Julio Flórez. Y, además, para que Barranquilla se libere de contaminaciones mayores.

Más sobre Julio Flórez

De regreso a Barranquilla, corro a la lectura de las poesías de Julio Flórez, tantas veces repetidas en el ayer. Sobre todo, las de la serena madurez prodigada por los atardeceres de Usiacurí. Cuento con *Obra Poética*, la compilación publicada por el Banco de la República en 1970, con prólogo de Eduardo Carranza, y ensayo, a manera de colofón, de Rafael Maya (*Una Revisión de Julio Flórez*), que sirvió de prólogo al libro *Oro y Ébano*. Además, *Julio Flórez, 1867-1923*, con presentación de Rafael Maya, editado en 1954; *Poemas de Julio Flórez*, de la Colección El Arco y la Lira, dirigida por Jorge Montoya Toro; y *Postrimerías de Julio Flórez*, del presbítero Lorenzo J. Casalins R., en edición especial de 1997 con motivo del ciento treinta aniversario de su nacimiento, patrocinada por la Universidad Autónoma del Caribe y de su ilustre Rector, doctor Mario Ceballos Araújo.

“Clausurados los años de la turbulencia mocedad

y la bohemia alucinante, anota Carranza, Julio Flórez se refugia en Usiacurí." En su seno disfruta no solo del calor que prodiga la naturaleza, sino también el de la admiración y la amistad de su gente. Y él así lo valora. Por eso escribe:

"Ni falso amigo ni mujer liviana cerca de mí; la azul enredadera y el roble lleno de vejez lozana son y serán mi amigo y compañera".

El poeta goza el encuentro con un existir distinto. Los árboles y flores del trópico, en comunión con esposa e hijos, lo repletan de felicidad. En esos momentos de éxtasis y complacencias, escribe: "Dejadme, pues, en paz; mezo la cuna de mi niña...". Son sus "manos claras, serenas, azuladas apenas por la red de las venas que parecían al tocarlas cosas por encima, azucenas y por debajo rosas".

Eduardo Carranza reconoce en su prólogo que Julio Flórez, en la historia de la lírica colombiana, es el poeta más poderoso. "Allí está su poesía y de allí nadie la mueve, porque la asiste la eternidad del corazón, que fuera el primero entre sus clásicos y el mandadero esencial de su obra y porque su palabra alude a lo genéricamente humano y fluye, como los días, muchas veces acompañadora y confidencial hacia nuestra soledad de hombres".

Los recuerdos del padre Casalins también complementan mi admiración por el poeta. El sacerdote está involucrado en mi niñez. Cuando visitaba a Isabel López se hospedaba en la residencia de mis padres, la casita de paredes blancas y techo de paja.

El padre Casalins fue amigo del poeta y estuvo a su lado el día de su muerte. Su opúsculo lo inicia así:

“Tres lustros y medio han pasado desde que se esfumó la vida interesante del más popular de los poetas modernos colombianos. A medida que los años van cabalgando en la carroza del tiempo, y se van alejando del siete de febrero de mil novecientos veintitrés, el día en que murió Julio Flórez, fulge con mayor esplendor la figura del cantor de La Araña e Idilio Eterno. Es que la muerte y el tiempo son los grandes crisoles a través de los cuales irradian, depuradas, las actuaciones de los verdaderos valores humanos. Por eso, con verdad luminosa, dijo el genio de Rafael Núñez: A la manera de las montañas los grandes hombres requieren ser vistos de lejos, para que sus asperezas no se noten con claridad excesiva”.

Ante la cercanía de la muerte de Julio Flórez se rodea de sus familiares y amigos para expresar gratitud a la vida. Con el padre Casalins rememora ocurrencias

del pasado. El día del matrimonio con doña Petrona, ante la insinuación de la confesión, respondió: "Voy a hacer esto como un acto social, pero yo no creo en estas cosas". Sin inmutarse, escribe el padre Casalins, le agregué: "Y la señora que va a ser su esposa, ¿tiene usted inconveniente en que ella se confiese?". Y de inmediato respondió: "¡Ah!, no. Yo respeto mucho la libertad ajena. Si ella quiere, bien que puede hacerlo".

Y al final, el estoicismo acompaña al poeta: "Julio Flórez, a pesar del avance progresivo del cáncer, que más tarde llegó a desfigurarle el rostro, arrancaba a las cuerdas de su violín melifluos arpegios y, en unión de su hija Cielo, cantaba emocionado desgranando en los oídos de los concurrentes, acentos de la más justiciera alegría. Así exteriorizaba la alegría interior que inundaba su espíritu".

Sobre historia y costumbrismo

Más de cien distinguidos ciudadanos, todos miembros de la colonia vallenata en Barranquilla, se dieron cita en el Hotel Royal, en el acto de presentación del libro *Crónicas de la Plaza Mayor*, del ex Gobernador del Cesar y congresista José Guillermo Castro, más conocido como Pepe Castro.

Después de los magníficos discursos de Arcadio Martínez y Miguel Iriarte, el autor regocijó a la audiencia refiriendo anécdotas y ocurrencias de su niñez, cuando en su región las aldeas carecían de acueductos y colegios, pero se podía caminar sin temores por sus calles y caminos.

Y todos reímos a carcajadas con los gratos recuerdos repletos de gracia lugareña.

Después me tocó el turno. Y aproveché la ocasión

para hacerle saber a los amigos que yo también compartí las agradables travesuras del Valledupar de los años cuarenta. Entonces era un joven con pretensiones políticas. Dirigía un periódico al servicio de la insurgencia gaitanista y gustaba de discursear en colegios y barrios.

En esas inquietudes fui a dar a la plácida Valledupar. Allá encontré la amistad de Rafael Escalona, Efraín Quintero, Rafael Suárez y muchos otros parranderos. Con ellos, en el día, disfrutaba las frescas aguas del Pozo Hurtado del cristalino Guatapurí; y de noche, a serenatear. Por cierto que, sin estar enterado de su razón, algunas de esas serenatas era para una bella señorita a quien mis juguetones compañeros le habían dicho que soñaba con sus encantos y estaba en disposición de matrimonio.

Ese era entonces el Valledupar de cantos, sonrisas, alegrías de vivir y sano esparcimiento.

Como Jorge Emilio Sierra Montoya, el poeta de los niños y periodista orientador de los adultos, y Apolinar Díaz Callejas, orgullo de su tierra sinuana, Pepe Castro se queja de los complejos arribistas de paisanos que pretenden esconder ancestros.

Estos tres escritores, por el contrario, en sus libros

y conversaciones saborean la dicha de los tiempos del ayer, con sus costumbres y limitaciones en el existir. De esos tiempos donde los zapatos eran un lujo solo para las fiestas patronales y en las escuelas se carecía de pupitres.

En sus *Historias y Leyendas del Pueblo*, próxima a editarse, Sierra Montoya inicia remembranzas con poemas dedicados a los intrépidos campesinos antioqueños que colonizaron las breñas caldenses y la espesura de la selva sin que nada los detuviera. Y con machete, hachas y escapularios de las abuelas, domesticaron las montañas.

Díaz Callejas, en los *Ensayos, Narraciones y Crónicas de Colosó*, derrocha complacencias en el recuento histórico. En su pueblito, apenas una parroquia de indígenas en 1685, uno de sus hijos, el indio Baltasar Pérez, como precursor del derecho de tutela, recibe sentencia favorable a la demanda ante la Real Audiencia de Santa Fe de Bogotá, para que se le reconociera el derecho de "servir a quien quisiere fuere de su voluntad, mejor se lo pagare y más buen trato le hiciere". Y alza la voz el autor para decir: "Colosó existía antes de la llegada de Cristóbal Colón y de la conquista española. Siguió presente en la Colonia y en la República desde la Independencia misma".

Pepe Castro no se queda atrás. Y también se ufana de su tierra vallenata, de su suelo pingüe, de su folclor que se pasea por el mundo en el sonido melodioso del acordeón, el bullicio de los tambores y la guacharaca, el mensaje costumbrista y romántico de los compositores.

Los cesarenses y guajiros animarán aún más sus reuniones y fiestas y encontrarán nuevos motivos para el buen recuerdo con la lectura de las *Crónicas de la Plaza Mayor* de Pepe Castro.

La Fiesta del Libro

Las informaciones procedentes de Bogotá hacen saber que la Décima Feria del Libro que se lleva a cabo en esa ciudad capital es un éxito. Miles de lectores recorren sus instalaciones para admirar y adquirir el fruto de la actividad creadora de los escritores nacionales y extranjeros.

Todo eso nos demuestra que la realidad es distinta a lo imaginado por los personeros de la moderna tecnología que se empeña en someter al hombre al mágico mundo de la pantalla de la computadora y el internet.

Recientemente se divulgó una investigación de pedagogos que hace saber que el estudiante saca más provecho con la lectura directa en el libro que en cualquier otro medio, incluida la fotocopia.

Y en verdad que un libro entre las manos aporta

satisfacción y conveniencia. Nada más grato para el estudioso o simple lector, que acariciar las páginas impresas, subrayar el pensamiento y la frase agradable y conveniente, o agregar el comentario adecuado al lado de la página.

Las ferias son acontecimientos oportunos para encontrar en un solo sitio las variadas ofertas. El vocablo feria también incluye la acepción regalar. Y en verdad que el regalo es múltiple: De precios adecuados, actos artísticos, conferencias, presencia de autores, obsequios especiales.

En la Universidad Simón Bolívar ya las ferias o fiestas del libro son frecuentes. Y los resultados han sido óptimos. Solo prevalece el ánimo de facilitar el hábito en la adquisición del libro, más allá de cualquier propósito comercial. Por el contrario, los libros se venden a precios hasta veinte veces menores a los acostumbrados en las librerías. Gracias al apoyo de las prestigiosas casas editoras Plaza & Janés y Grijalbo, novelas, libros de cuentos, de poesías, de ensayos y ciencias económicas y sociales, se venden a los profesores y estudiantes a los cómodos precios, inferiores a sus costos de impresión, de mil y dos mil pesos.

De la misma manera los propios autores facilitan la

adquisición a la comunidad universitaria. En los actos de presentación de sus obras, los precios no superan la suma pagada a las imprentas.

El viernes de esta semana, por ejemplo, con motivo de la inauguración de la nueva sede de la Biblioteca José Martí, la Universidad Simón Bolívar volverá a engalanarse para presentar libros editados bajo su patrocinio, de autores nacionales.

Así, del escritor y poeta, doctor Jorge Emilio Sierra Montoya, el periodista caldense Director del Diario *La República*, de Bogotá, se bautizará, como acertadamente acostumbran a decir los venezolanos, los *Poemas para Niños*.

Sierra Montoya, con voz arrulladora y tierna, le canta a la infancia para abrirle caminos de esperanzas.

Y el santandereano Antonio Cagua Prada, el maestro de maestros, se saborea con la historia, y muestra al gran Libertador Simón Bolívar como pionero del periodismo, vale decir, libre y respetuoso, de las nuevas repúblicas independientes.

Otro caldense, Vicente Pérez Silva, el famoso profesional del derecho, hace gala del sano humor –tan

necesario en estos oscuros días de intolerancia— para deleitar con *La Picaresca Judicial en Colombia*.

La ex Presidenta de la Academia de Historia de Cartagena y fecunda escritora, doña Judith Porto de González, hace entrega de *Asaltos y Sitios de Cartagena*, acucioso recuento de hechos que valieron para que la urbe amurallada fuese reconocida como la Ciudad Heroica.

Florentino Rico Calvano, el ex Decano de la Facultad de Economía de la Universidad de Cartagena y actual Presidente de la Sociedad Bolivarense de Economistas, continúa su trayectoria de analista de las disciplinas administrativas y económicas, y participa en el jolgorio libresco con *Finanzas Públicas*.

Y el catedrático e investigador Rubén Fontalvo Peralta, rinde homenaje de gratitud a la tierra donde nació, con el volumen *Palmar de Varela*.

El libro, felizmente, sigue cada vez más admitido y valorado por todos los habitantes de la tierra.

La Estación Montoya

Generosos amigos de Colombia y de otros países de América Latina han querido que yo les prologue algunos de sus libros. Y pienso que ya he escrito más o menos un centenar. Hasta un volumen con trescientas setenta páginas, titulado *Prólogos, Diálogos, y Críticas*, publicó la Editorial Grijalbo, y próximamente tendrá en librerías otro. Es una labor intelectual que me agrada, y la adelanto a manera de conducta solidaria con el trabajo creador de nuestros investigadores y escritores.

Pero nunca como ahora he sentido tanto regocijo al expresar conceptos acerca de las observaciones y juicios que se recogen en un estudio sobre la historia del desarrollo urbanístico de la ciudad de Barranquilla y, muy concretamente, de la Estación Montoya, sede del primer ferrocarril que tuvo Colombia.

Y la razón es muy sencilla. Este libro que comenzará

a circular en estos días, ha sido escrito por mi hijo, el arquitecto y acuarelista Ignacio Salomón Consuegra Bolívar, catedrático de las Universidades Simón Bolívar, Autónoma del Caribe y Javeriana.

Ignacio ha recogido sus experiencias como restaurador para valorar el significado de una obra que forma parte del patrimonio histórico de una ciudad, que a finales del siglo pasado y hasta la mitad del presente, fue pionera del progreso nacional.

Porque debe considerarse como una respuesta correcta a su situación privilegiada de puerto marítimo, en el Caribe, y fluvial, en la desembocadura del Magdalena, el río de la Patria, que entonces era la ruta obligada que unía las distintas regiones en la actividad del comercio y del transporte en general.

Entonces la acertada cordura de criollos y extranjeros localizaron el puerto marítimo en Puerto Colombia y allí se construyó el segundo muelle más largo del mundo, con casi dos kilómetros de extensión, en una bahía natural que fue albergue adecuado de barcos llegados de todas partes.

Puerto Colombia se unió a Barranquilla por vía férrea, que terminaba en el sitio donde los buques y planchones

embarcaban carga y pasajeros con destino al interior del país. Por cierto, Ignacio recuerda con beneplácito que nuestro bisabuelo, el ingeniero norteamericano Silvestre B. Higgins, participó al lado del ingeniero cubano Francisco J. Cisneros en la realización de dicha obra, y además se desempeñó como director responsable de la construcción de buena parte de los atracaderos y puertos del río Magdalena.

Ignacio es cuidadoso en el relato. Se vale de las fuentes más autorizadas para contar la historia. Pero en algunos capítulos la nostalgia lo domina. Entonces se duele del absurdo de la dirigencia local al abandonar el majestuoso muelle. Y puede decirse que lo acompaña la razón. En vez de acercar la ciudad al mar con amplias carreteras y mejora del legendario trayecto ferrocarrilero, se hizo lo contrario. Y esa equivocación aún pesa sobre la condición porteña de Barranquilla. En nuestros días el llamado canal navegable limita la entrada de las embarcaciones de gran calado, con altos costos en su mantenimiento.

La Estación Montoya debe su nombre a la memoria de un emprendedor con una existencia paradójica: Desde su temprana juventud se destaca como afortunado hombre de negocios. Acumula riqueza y organiza empresas comerciales. Pero al final muere empobrecido,

hasta el punto que para atender los gastos del entierro sus amigos hicieron aportes voluntarios.

Toda esta apasionante historia de la Estación Montoya y del desarrollo económico, social y arquitectónico, constituyen el material del libro de Ignacio Salomón Consuegra Bolívar. Y al relato descriptivo hay que agregarle la presencia del artista. Porque son muchas las ilustraciones y fotografías que permitirán al lector conocer el pasado de la Puerta de Oro de Colombia, como sus habitantes y amigos gustan en llamar a Barranquilla.

Y ahora Barranquilla en el umbral de la arquitectura colombiana

Ignacio es un trabajador de tiempo completo. Toda su capacidad creadora la dedica a la arquitectura y la pintura. Tiene a su cargo la misión de diseñar los edificios e instalaciones de la Universidad Simón Bolívar y sus acuarelas son apreciadas en muchas partes. Acabo de regresar de Venezuela, y en Caracas, Maracaibo y Barquisimeto, sus amigos y admiradores le mandaron recados pidiéndole que vuelva con sus exposiciones.

Y también se dedica Ignacio a la cátedra y a programar y dirigir restauraciones de edificios históricos.

Pero, desde hace ya bastante rato, una actividad parece absorberlo: De día y de noche, en todo momento

libre y oportuno, se dedica a la preparación de dos libros, uno de ellos de homenaje a la arquitectura de Barranquilla, muy especialmente la de comienzos de este siglo que termina.

En esta labor lo acompaña su esposa, la doctora Carolina Ariza de Consuegra, y a veces sus muy despiertos retoños Ignacio José y Hermes Emilio.

A medida que avanza en la compilación de fotografías y testimonios de la arquitectura del ayer y amplía análisis críticos, Ignacio tiene el cuidado de escuchar conceptos de sus colegas.

En algunos de mis escritos suelo recordar la niñez cuando llegué de Isabel López, mi pequeña aldea, a iniciar estudios de bachillerato. Entonces, los domingos, los residentes en los barrios del centro y del sur, tenían la costumbre de alquilar una o dos horas de automóviles de paseo por las calles y bulevares de la zona de El Prado, para admirar, desde lejos la belleza de las mansiones de estilos modernos, con jardines y arboledas.

Precisamente, cuando se fundó la Universidad Simón Bolívar tuve el cuidado de escoger como sede, naturalmente arrendada, una de esas casas. Hoy, veintisiete años después, sus instalaciones se localizan en esas

residencias, debidamente restauradas por Ignacio. Por eso, cuando encuentro, y esto es muy frecuente, a los estudiantes con las piernas dobladas y ensuciando las paredes blancas con las suelas de sus zapatos, acostumbro decirles: En mi niñez y juventud apenas podía verlas desde lejos; ahora pertenecen a ustedes, pero para que las disfruten, no para deslucirlas.

El barrio El Prado era un muestrario de la arquitectura universal. Los ricos de esos tiempos, inmigrantes de Europa, Asia, Estados Unidos, etc., gustaban de mandar a construir sus residencias al estilo de los palacetes o famosas mansiones de sus ciudades. Tanto así, que en mis viajes por los países árabes, Italia, España, Francia, etc., doña Anita descubría las casas que fueron residencias en Barranquilla de familias originarias de esas naciones. La Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar, por ejemplo, es fiel copia de una famosa morada de la Costa Azul francesa donde Charles Chaplin gustaba de pasar vacaciones.

Y lo interesante y significativo del asunto es que esas esplendorosas mansiones eran construidas por maestros de obra y artesanos barranquilleros. Por cierto me es grato recordar que la casa donde residí en la niñez y juventud, en la calle Obando entre San Roque y Hospital, quedaba en todo el frente de la obra de don Luis Gutiérrez de la Hoz, constructor de buena parte de ellas.

Pero hace cincuenta años se inició el desastre. Muchas de esas joyas de la arquitectura barranquillera, como bien opina Ignacio, fueron símbolos, cayeron derrumbadas para dar paso a edificios carentes de arte, originalidad o belleza.

En mis recuerdos de esos gratos tiempos siempre traigo a la memoria, cuando paso por el sitio donde estaba la residencia de doña Anita, aquella hermosa casa después reemplazada por un edificio de varios pisos sin ninguna gracia. Allí, en ese lugar, con la compañía acolitadora de los profesores Rafael Ortegón Páez y Sigifredo Wilches, sonaban las guitarras de las serenatas en las madrugadas; y en las tardes, después de la jornada académica, degustaba una gaseosa desde la tiendita de doña Lola, con mis miradas fijas en busca de la presencia de la bella señorita que después fue la tierna madre de Ignacio.

Bueno, que Ignacio Consuegra Bolívar nos permita saborear la historia de la arquitectura de nuestra ciudad en su libro *Barranquilla: Umbral de la Arquitectura en Colombia*.

Viaje a la Ternura

Es un título que corresponde, con deliciosa exactitud, al contenido del libro. Porque en cada una de sus páginas, escritas bajo el rosado arrobamiento del amor, el sentimiento tierno se empapa de dulzura.

Son versos de Gustavo Esmeral, que repitiendo el concepto nerudiano, caen al alma como el pasto al rocío.

A mí me llegan en un momento oportuno. Inicio la lectura de los originales en la sala de espera de la Clínica La Asunción, donde ha llegado Anitica. Todos sus parientes cercanos están allí con sus rostros que reflejan expectativas. El médico doctor Guido Parra, con el auxilio de los avances de la tecnología, y su equipo de colaboradores, ya nos ha hecho saber que son dos los niños que van a nacer.

Anitica es la niña mimada de la familia. Después de

diez años de matrimonio con el doctor Porfirio Bayuelo, la naturaleza escuchó solicitudes. Y fue pródiga, como queriendo compensar atrasos.

Mientras llega el instante esperado me refugio en la lectura. Y qué feliz coincidencia: Del ramillete de poemas de Gustavo Esmeral, uno está dedicado a los nietos. Lo leo y releo, y gozo la sorpresa. Porque cuando el generoso pediatra doctor David Cure los muestra a través del cristal, encuentro semejanza. Allí están, y así como los veo e imagino, como los del poeta, con caritas traviesas, bellos como las rosas.

Los niños desde que nacen prodigan felicidad. Ellos son en la tierra, al decir de Montalvo, lo que las estrellas en el cielo: inocentes, puros, brillantes. "Si así como distinguimos con la vista esos cuerpecillos luminosos que están estremeciéndose en el firmamento, oyéramos sus voces, ¡cuán suaves, cuán delicados acentos fueran esos! ¿Lloran, ríen las estrellas en la bóveda celeste?" Es la suya una melancólica alegría, pero cuando se les contempla despacio y con amor, parece que están saltando de placer en el regazo de su gran madre naturaleza. "Así son los niños: si el hombre no pasara de cierto número de años, quizá fuera un ser tan puro y amable como el ángel."

O como los niños, opino yo. Y, además, gracioso, portador de imaginaciones recreativas: Los dos nietos, el Moni y Meme, hijos de Ignacio y Carolina, de siete y ocho años, llegan también, alegres y dispuestos, con pelota en manos, a jugar fútbol con sus primos. Ellos dicen que hablaron con la cigüeña para que los previnieran. Y todo ese acontecer complementa el regocijo. Lo maravilloso de la infancia, escribió Chesterton, es que cualquier cosa en ella es una maravilla.

Pero vuelvo al *Viaje a la Ternura*, el rosario de poemas de Gustavo Esmeral, que me sirvieron de tranquilizante en el verde esperar. Y qué grata sorpresa: A la sombra del ensueño, como lo siente el autor, está el aporte de un poeta que maneja la palabra y la metáfora con soltura y donaire.

Y en el primer poema se pregunta, en nombre de sus hijos, qué es la poesía. Y otro colega de ayer hizo lo mismo delante de la amada. A mi manera, recuerdo: “¿Qué es poesía? Me preguntas, mientras clavabas en mi pupila tu pupila azul. Poesía, niña, eres tú”. Para Gustavo Esmeral poesía “es atrapar en el aire los suspiros y tildar con ellos las palabras... es navegar en el velero azul de la esperanza”.

Al poeta lo atropella el amor, y él se deja llevar en

sus corrientes cristalinas. “Me perdí en lo más profundo de tus ojos”, le cuenta a la amada, como en un túnel de ensueños. Y conversa con su corazón para recordarle que “es un cazador incansable de ilusiones que deja a un lado los desengaños, para cabalgar siempre en busca de nuevas aventuras”.

A la amada lejana la ve todavía con sonrisa candorosa y refrescante como el rocío de la mañana. Entonces, en la plenitud de la figuración, declara con orgullo que es poeta, “nocturno cazador de fantasías, navegante de barcos naufragados, inquieto explorador de corazones, soñador y distraído, pero, de todos los que aman a un hermano”.

Gracias profesor Gustavo Esmeral por su contribución, en esos momentos de felicidad, el día del nacimiento de mis nietos mellizos, con su bella poesía. Y, gracias también, al sociólogo y editor Abel Ávila Guzmán, por haberme adelantado las pruebas de *Viaje a la Ternura*.

Los abogados y el humor

En estos tiempos de intolerancia y violencia la búsqueda de sombra en el alero del humor es medicamento saludable. Tengo entre mis manos *La Picaresca Judicial en Colombia*, el gracioso e instructivo libro del historiador y académico Vicente Pérez Silva.

Marzo ha sido pródigo. Además del deleite de la lectura de las anécdotas de los profesionales del derecho, las frescas brisas ocuparon su lugar. En los primeros días unas nubes imprudentes amenazaron lloviznas inoportunas en una estación que no les pertenecía. Pero la madre naturaleza volvió por sus fueros y caminos. Y con los suaves vientos que desordenan cabelleras femeninas e invitan a la sonrisa, también los robles, y, por cierto de manera esplendorosa, se cubrieron de flores para embellecer las calles.

Es, pues, doble el gozo disfrutado: Regocijo a la vista y descanso anímico.

Hebbel pensaba que el humorismo es la única creación completa de la vida. A mí me complace cuando generosos amigos comentan que en algunos de mis libros, digamos por caso, *Del Recuerdo a la Semblanza*, encontraron motivos para reír. Allí están las travesuras de la niñez, distantes del árido razonar de la teoría económica.

Pero dejemos al doctor Pérez Silva que cuente las sabias y jocosas ocurrencias de sus colegas: “En alguna oportunidad en que debía resolver la adjudicación de una herencia en la cual el difunto –el de *cujus* de los abogados– había consignado en su testamento que sus bienes se distribuirían entre las ánimas benditas del purgatorio y el Niño Jesús de Praga. Los dos únicos herederos de carne y hueso provocaron un litigio, y el juez Fernando González dispuso: Por cuanto las Ánimas del Purgatorio no tienen personería jurídica en la legislación colombiana, pase su legado al heredero número uno. Por cuanto el Niño Jesús de Praga es menor de edad, nómbrese albacea de sus bienes al heredero número dos, mientras el citado niño llega a la edad adulta”.

A otro juez, en un receso de la audiencia, le preguntó un amigo cuál sería la pena para el bígamo que se juzgaba, y de inmediato respondió: Las dos mujeres.

Un señor le consultó a su amigo sobre el porvenir

profesional de su hijo. Quería que le aconsejara la carrera u oficio que le convendría. Entonces el consultado recomendó: Ponga usted en la alcoba del muchacho una Biblia, una manzana y una moneda. Si lo encuentra con la Biblia, hágalo sacerdote; si con la manzana, agrónomo o agricultor; y si con la moneda economista o comerciante. Hízolo así el padre, pero decepcionado fue donde el amigo y le comentó que el experimento había fallado, ya que encontró al hijo sentado sobre la Biblia, se estaba comiendo la manzana y la moneda se la había guardado en el bolsillo. Entonces el sabio de la consulta replicó: –El caso es muy sencillo y el experimento no ha fallado. Ante esa consulta de su hijo, desdeñando la Biblia, apropiándose de la moneda y comiéndose la manzana, no dude usted de la profesión que debe estudiar. ¡Hágalo abogado!

“Un joven abogado abrió su oficina en un pueblo del Valle. El mismo día apareció el primer cliente, un viejito de carriel y ruana, le dijo, doctor, yo necesito sus servicios profesionales. Hombre de Dios, respondió el novel jurista, siéntese y cuénteme.

–Pues, verá, doctor. Fue que yo maté a un tipo...

Tranquilo, que hay cosas peores. Cuénteme más.

–Pues verá doctor. Era un mal vecino que yo odiaba

mucho. Y entonces me conseguí una escopeta de dos cañones. Durante dos meses lo estuve atisbando, le di tiro y lo maté.

-Bueno, eso ya complica el asunto: premeditación, alevosía. Eso nos da unos agravantes...

-Doctor, como yo lo odiaba tanto, me fui a su casa y se la quemé, le maté los marranos y le hice todos los daños que pude.

-Hombre esto nos complica más el caso: incendio, daño en casa ajena, sevicia. Esto lo veo muy grave, muy grave...

-Doctor, para terminar, quiero contarle que yo tenía una tierrita y la vendí para pagarle sus servicios.

-Qué bien, hombre, ¿Y cuánto le dieron por la finca?

-Cinco millones de pesos, doctor.

-¿Y dónde los tiene?

-Aquí en el carriel, doctor.

En ese momento el joven abogado abrazó al viejito, exclamando:

—¡Queda configurada la legítima defensa!”

Bueno, son centenares de historias, y también de procesos líricos. Ya en la Universidad Simón Bolívar los directivos y profesores de la Facultad de Derecho están saboreando este agradable libro hermosamente editado por Ediciones Jurídicas Gustavo Ibáñez, que obsequia a los lectores la fecunda pluma de Vicente Pérez Silva.

Recuerdos de Juan de Acosta

Los profesores de la Universidad Simón Bolívar, doctores Walter Pimienta Jiménez y Santiago Alba, me hacen entrega de sus dos últimos libros.

El profesor Pimienta Jiménez, en sus *Añoranzas de mi Tiempo*, goza de lo lindo, como antes se decía, relatando las costumbres y anécdotas de su infancia y juventud en Juan de Acosta, el municipio orgulloso de su ancestro. Y Santiago Alba, recoge en *Cercanías* poemas endulzados con el amor y el paisaje de esa misma tierra costera.

Apenas inicio la lectura, el recuerdo me lleva al pasado para instalarme en la calle principal de Juan de Acosta en las asoleadas tardes de verano. Con Tomás Arteta la recorríamos en los dos mejores caballos de don Gilberto y mi tío Carlos. Eran los días de la pubertad y del disfrute pleno, unas veces cabalgando, y otras bajo el frescor de las aguas en las pozas del arroyo.

Juan de Acosta es un pueblo con personalidad. Sus habitantes siempre se han distinguido por la vena del humor y la entrega en el trabajo. A nadie allá se le llama por su nombre de pila sino por el apodo. Alguna vez uno de ellos se ufanaba de ser el único sin sobrenombre, y así se quedó desde entonces: "el único".

En aquellos tiempos los dos personajes mandamás de Juan de Acosta eran don Gilberto Arteta, jefe conservador, y el tío Carlos Higgins, jefe liberal. Ellos tenían mucho en común. Sus fortunas habían sido el fruto del trabajo y el ahorro. No malgastaban ganancias en licor ni cigarrillo, pero sí aceitaban la rula, como comenta el doctor Bolaño, con constancia y efectividad: Docenas de esa descendencia recuerdan orgullosos sus orígenes. Y hacen saber a sus amigos y contertulios la conducta solidaria de sus progenitores con los desposeídos: Debajo del Sanaguare, donde se ordeñaban las vacas, repartían cántaros de leche a los pobres. Jamás se supo de actuaciones inhumanas de botar la leche porque ella no se vendiera o para evitar la baja del precio.

Dos médicos, uno empírico y el otro titulado, José Arango y Félix Torrenegra, se disputaban la confianza de los pacientes. Y ambos gozaban del aprecio de la comunidad por su entrega a las exigencias de la profesión. Entre los alegría ánimos y dicharacheros sobresalían el

Churri y Gustavo Arteta. Ellos presagiaban entonces los alcances de las deudas y en burla y condolencia, cuando observaban a un paisano campesino con cara de preocupación, le decían: Se ve que estás clavaito con la Caja Agraria (Caja Agraria).

Ya en mi vida de padre, con doña Anita y los tres hijos, pasaba los sábados y domingos en la casita que teníamos en El Vaivén, el barrio de Juan de Acosta que comandaba el compadre Ciríaco.

Ahora, todo ese existir repleto de aconteceres agradables, vuelvo a acariciarlo en la lectura de la prosa y la poesía de dos hijos ilustres de Juan de Acosta.

En *Cercanías* Santiago Alba se lamenta porque la dicha le niega algo de los obsequios que le prodiga al paisaje de Verónica, la playa vecina de su pueblo. Tanto mar y tanto cielo, y tanto azul, reclama el poeta y catedrático, y mi alma sin mar, sin cielo, sin azul ni alero. Y cuando grita su presencia en otros sitios, hace saber, pleno de regocijo y engreimiento, que trae entre sus manos agua de arroyo, barro duro de la tierra generosa, y en su pecho la estampa del labrador. A su amigo de sueños e idearios, José Ignacio Consuegra, le habla de la aldea para hacerle saber que ella existe, que está ahí todavía, hermosa como antes, aunque ya las luces

de la energía eléctrica no permitían saborear la belleza de aquel cielo ingenuo y parroquiano que les cambia luceros por panela, además del obsequio de estrellas fijas y rutilantes.

Walter Pimienta Jiménez, con estilo subyugante y límpido, se recrea, o nos recrea, en las costumbres que enriquecen el patrimonio cultural de los pueblos. En este caso, de su Juan de Acosta del ayer. Y describe el juego de los trompos, la expectativa de los regalos del Niño Dios la noche esperada del veinticuatro de diciembre, la búsqueda de paracos e iguanas, la volada de cometas, en fin, todo ese vivir auténtico, fruto de la tradición y la inventiva infantil. En *Las Añoranzas de mi Pueblo*, está la remembranza oportuna que permite al lector alejarse un poco de los sinsabores de la realidad de la violencia que ensombrece a Colombia, para apreciar la importancia de la alegría de vivir.

Libros y poesía

Inicio la mañana con la lectura de los originales del próximo libro del poeta Max Rangel Fuentes, *Amores de Cristal*. Y disfruto complacencias. En estos días de atropello de la tecnología y la televisión parece darse al unísono una conducta defensiva y creadora. Porque nunca como ahora la actividad libresca ha estado tan fructífera. De la gran Meira Delmar saboreo su *Alguien que pasa*, y desde Sincelejo Óscar Flórez Támara me envía *Las Nuevas Voces de Fin de Siglo*, la hermosa compilación de Juan Revelo.

Yo comparo los graciosos procederes y las ocurrencias de mis compañeros de ajetreos universitarios. En estos días de inicio de clases se empeñan en familiarizar a los "primíparos" con los libros. Y no se cansan de repetirles que el libro es para el estudiante, el profesor, los intelectuales y académicos en general, el instrumento efectivo en el logro de metas. Es, al decir de los doctores César Esmeral Barros, Eusebio Consuegra Manzano y Carlos Llanos, como el machete para los campesinos, el martillo para el carpintero, o la pala para el albañil.

Y no es que se rechacen los utensilios simplificadores del progreso industrial, conceptúa el doctor Consuegra Manzano, pero cada cosa debe estar en su sitio. Por ejemplo, agrega con el respaldo solidario de sus colegas Esmeral y Llanos, los teléfonos celulares se mantienen colgados de las cinturas, mientras ocupamos las manos para llevar los libros que nos auxilian en el conocimiento de las materias que enseñamos.

Max Rangel inicia su glosario de poemas por donde debe ser. Rinde homenaje a la vida. Y nada más oportuno en estos tiempos de violencia que padece Colombia. Los amigos, como se acostumbra en los saludos, suelen preguntarme cómo me va, cómo estoy. Y siempre tengo para ellos la misma respuesta: Muy bien, ¿acaso no estoy vivo? El poeta también sabe valorar la existencia. Porque solo así, con el milagro de la vida, puede darse el lujo de caminar de la mano de esta Luna llena y veraniega y soñar estrellas en su luz de nácar. No importa que la espera nada ofrezca. Al poeta le basta con saber que sigue vivo, y que puede volar cometas con sus propias alas en los cielos azules y en los atardeceres rosados como sus esperanzas.

Y si se vive, piensa el poeta, es para amar. La vida sin amor es cántaro vacío. Hay que estar empapado de amor y olvidar consecuencias. Porque el amar invo-

lucra la calma y el cataclismo. Entonces, bajo el techo del arrobamiento, le declara a la amada que sus sentimientos asimilan la ternura de una rosa despertada del capullo...

El amor es la pasión sublime. Pero los poetas saben conducirlo en sus cantos a los horizontes del Nirvana. El amor está entre tú y yo, exclama el poeta Rangel Fuentes, porque es un hálito de unión que nos enlaza.

Meira Delmar también vuelve a rendirse en su nuevo libro a la realidad del amor del ayer, de hoy y de siempre. Y hasta llega a imaginar su presencia como un dulce milagro: "Piensa en ti./ La tarde/ no es una tarde más,/ es el recuerdo de aquella otra, azul,/ en que se hizo el amor entre nosotros/ como un día la luz en las tinieblas./ Y fue entonces más clara/ la estrella, el perfume/ del jazmín más cercano".

Los poetas, dice Juan Revelo Revelo, crean un mundo propio en el mundo que los rodea. Pero todos ellos, como puede apreciarse en los versos de los ciento sesenta autores seleccionados en su novedosa antología, rinden tributo al amor. Claudia Abello, de Cundinamarca, inicia el inventario de la metáfora adornada y se confiesa: Al presentir instantes casi prohibidos siento el latir del cuerpo del amado y vuelvo a imaginarlo.

Óscar Flórez le ruega a la amada que siempre esté a su lado. Le suplica que no necesita buscarlo en la soledad que se derrite, pues, aunque no se da cuenta, permanece dentro de ella.

Y como si fuese poco el enjambre de versos al amor, Max Rangel Fuentes recoge en las dos últimas páginas de su bello libro *Amores de Cristal*, a manera de compendio, siete pensamientos. Y se detiene para dejar constancia: En síntesis, escribe con seguridad, únicamente en la inmensidad del alma puede hallársele al amor sus propios límites.

Ojalá muy pronto la Editorial Antillas, del editor y tratadista Abel Ávila y su ejemplar familia, entreguen a los lectores colombianos el libro del poeta Rangel Fuentes.

Festejos de los libros

Las lluvias imprudentes por fin cedieron el lugar que le corresponde en diciembre a las brisas juguetonas y refrescantes. Y con ellas llegó el encanto del cielo azul y el sol resplandeciente. Pero esta vez el obsequio es en plenitud espiritual. Se presentan libros y se festejan los acontecimientos.

Dos joyas del arte tipográfico están obsequiando complacencias. Clara Cortissoz de Strauss recoge sus poemas en *Presentimiento*. E Ignacio Consuegra Bolívar entrega *Barranquilla: Umbral de la Arquitectura en Colombia*.

La ternura del pincel de Víctor Hugo Ramírez cumple la misión del delicado resguardo. Son ilustraciones que corresponden, en su exquisitez, al mensaje lírico de la poetisa.

Y qué merecida la fiesta en el Country Club. Toda la familia de doña Hilda Strauss Cortissoz se desbordó en atenciones. Y la respuesta se apreciaba en los rostros sonreídos y los semblantes repletos de gratitud.

Meira Delmar, la poetisa orgullo de Colombia, leyó el prólogo y recitó poemas. Los aplausos prolongados sirvieron de testimonio de la complacencia compartida. Y las palabras de Alfredo de la Espriella, para complementar delicias, con el mensaje de la gracia y el agrado.

Fueron varios los que intervinieron, entre ellos el doctor Ernesto Cortissoz, y todos respondieron al honroso compromiso.

“¿Recuerdas aquella tarde en que pusiste en mis manos un ramo de violetas? Se estremeció mi alma, y sentí notas vibrantes. Y, ¡oh/ mágico misterio!, trocáronse las flores de suaves armonías en/ rosas de pasión”.

Esos son los versos de Clara Cortissoz de Strauss, para deleites en estas noches veraniegas.

La Editorial Grijalbo y su dinámico gerente en Colombia, doctor Jorge Pérez, una vez más se lucen con sus publicaciones. Pero ahora superan exigencias. El libro

que le han editado al arquitecto y acuarelista Ignacio Consuegra Bolívar es una obra admirable.

Ignacio recoge en más de trescientas páginas la historia gráfica de la arquitectura barranquillera. Y demuestra que ella debe ser considerada como auténtico umbral de la arquitectura nacional.

El señor Vicepresidente de la República, doctor Gustavo Bell Lemus, escribe su concepto: "Este libro de Ignacio Consuegra Bolívar deja constancia del paisaje urbano de una Barranquilla que fue y ya no podrá volver a ser. Sus registros fotográficos, sin embargo, conforman un aporte valioso a las generaciones futuras para que tengan un mejor entendimiento de la ciudad que habitan, con el sagrado deber de cuidarla y mejorarla".

Y sigo con el profesor Aquiles Escalante y su libro *Los Mocaná*, auspiciado por la Universidad Simón Bolívar.

Para escribir sobre los Mocaná el profesor Escalante, como acucioso investigador, se vale de los aportes de consagrados estudiosos de las culturas caribeñas. Y no hay detalle digno de mencionarse que él no tenga en cuenta.

Se llamó Mocanaes a todos los indios que habitaron

extensas zonas comprendidas entre Cartagena y Venezuela. En el departamento del Atlántico las guerras intestinas facilitaron el dominio de los conquistadores. La belleza y elegancia de las mujeres fueron admiradas por los europeos. Todos los cronistas hacen mención de dichas cualidades. Uno de ellos comenta: "Cada cual dellas de gracioso gesto, en todos miembros, bien proporcionadas. En efecto por ser estas hermosas, pueblo de las hermosas se le puso".

Los Mocaná se dedicaban a la agricultura y la pesca. Maíz, yuca, batatas, frisoles, pescados de mar y de aguadulce, aves, iguanas, icoteas, zahinos, frutas, etc. constituían la base de su alimentación.

Cultivaban el algodón que les servía para los tejidos y las hamacas. Las vestiduras eran apropiadas para el clima. Las mujeres, dice un cronista, andan casi desnudas, "ceñido un hilo o cuerda delgada, y de allí colgado un trapo de algodón de un jeme de ancho y suelto delante de su natura y partes vergonzosas a discreción del viento".

Los Mocaná protegían sus poblados con muros de árboles. Sus armas eran las macanas, lanzas y hondas. Y en la actividad económica mantenían intercambio comercial con vecinos y con los del interior del país.

Sobre el libro del profesor Escalante es necesario recordar que fue obra pionera en la antropología colombiana. Los críticos lo ubican en el campo de la antropología, porque se refiere a los aspectos fundamentales de esa ciencia: Antropología física, etnográfica y lingüística.

El libro consta de cuatro partes. Las dos primeras analizan la cultura Mocaná; la tercera resume el fruto de las excavaciones arqueológicas, y la cuarta ofrece un material didáctico. Y termina el doctor Aquiles Escalante su magnífico estudio informándole al lector que en estos territorios gozaban de unidad lingüística y se entendían entre sí sus habitantes.

La realidad y el futuro de Nariño

Dos consagrados catedráticos y científicos sociales al servicio de la Universidad de Nariño, han escrito un estudio sobre la realidad y el futuro posible del sureño departamento.

La importancia de este trabajo histórico y geográfico lo respalda la autoridad analítica de los autores. El doctor Julián Sabogal Tamayo, ex profesor de tiempo completo de las universidades Autónoma de Nicaragua y Nacional de Colombia, cuenta en su haber con libros reconocidos en los medios académicos, entre ellos *Historia del pensamiento Económico Colombiano*, y un *Tratado de Economía Política*. Y el doctor Jesús Martínez Betancourt, escribió la *Teoría de la Planificación Económica* y *Diálogos de la Plaza Mayor*. Además, en el campo del periodismo ha dirigido revistas y publica columnas en varios diarios.

Hace muchos años tuve la grata oportunidad de participar en investigaciones sobre el patrimonio económico de Barranquilla y Pereira. Precisamente en días pasados el arquitecto Christian Ujueta Toscano, director de la Oficina del Plan Regulador de la capital del Atlántico, me obsequió un ejemplar de la *Base Económica* de nuestra ciudad que escribí cuarenta años atrás, y que él conservaba.

Por esa grata experiencia del pasado he leído con más satisfacción los originales que generosamente me ha facilitado el colega y amigo doctor Sabogal Tamayo.

El libro comprende dos partes fundamentales. Una primera, dedicada a la teoría del desarrollo en general, y otra segunda, de consideraciones específicas acerca del departamento de Nariño y su realidad social y económica.

Desde hace medio siglo dedico la mayor parte de mi actividad intelectual al estudio y divulgación de la ideología del desarrollo económico y social de Colombia y América Latina. Precisamente, la razón de ser de la Revista *Desarrollo Indoamericano*, se expresa en su lema justificativo: Por la formulación de una teoría para el desarrollo económico y social de nuestra América Latina.

Y me ha complacido el derroche pedagógico de una síntesis afortunada que han hecho los ilustres escritores de las diferentes interpretaciones de muchos autores, en distintos países del mundo han ofrecido en el análisis del crecimiento. Allí está lo expuesto por las escuelas prodigiosamente explicadas y con las debidas observaciones y críticas.

Y las posiciones doctrinarias de los dos autores se expresan desde las primeras páginas, cuando recuerdan con tinsa argumentación, que las interpretaciones europeas, sea el caso, estuvieron limitadas al simple crecimiento económico, de interés y defensa de propietarios y ajenas a las conveniencias de toda la comunidad.

Los llamados economistas clásicos encontraron en la división de la actividad laboral el fundamento del crecimiento. Y en lo internacional la especialización fue valorada como favorable para sus practicantes. Precisamente, esa estrategia alimentó la desigualdad entre las regiones productoras de materias primas y las industrializadas.

Las argumentaciones de los marxistas, con sus puntos de vista acerca del trabajo como agente del valor del crecimiento, y de los marginalistas con suposiciones subjetivas, todas ellas, reciben el comentario acertado.

Después de la Segunda Guerra Mundial el estudio del desarrollo domina la literatura económica. Y en los países subdesarrollados los analistas de los problemas de sus pueblos, adquieren compromisos e independencia para dejar a un lado el legado de los países dominantes. El andamiaje de la estrategia en la búsqueda de un camino propio, conceptúan, debe respaldarse en conductas defensivas que respondan a políticas adecuadas. Se abandonan las supuestas bondades de la imitación y adopción de lo utilizado en los países desarrollados.

De la misma manera, en el ámbito nacional, opinan los autores del libro comentado, hay que pensar en la búsqueda de soluciones, digamos, por ejemplo, conductas y determinaciones sistemáticas, que respondan a tradiciones, recursos disponibles y conveniencias para un territorio particular.

Así, se permiten recomendar un modelo mixto, solidario, democrático y sostenible, distinto al capitalista dependiente que predomina en Colombia. En dicha estrategia, que responsabiliza en la participación a todos los ciudadanos, el Estado debe asumir un papel de coordinador, capaz de garantizar el bienestar de la población.

Muy loables y justas son las sugerencias de los doctores Sabogal Tamayo y Martínez Betancourt. Porque su Nariño, con costas en el Pacífico y fecundas tierras en los altos andinos que limitan con Ecuador, con casi dos millones de habitantes y más de treinta y tres mil kilómetros cuadrados, ofrece un desolador muestrario de penuria: Las tres cuartas partes de sus habitantes existe por debajo de la pobreza; cerca de la mitad permanece en la miseria; la tercera parte del total de las familias tienen insatisfechas sus necesidades básicas, y una cuarta parte de ellas viven hacinadas; de cada mil niños mueren cincuenta y nueve antes del primer año de nacido, y un quince por ciento de los mayores de quince años, son analfabetas, etc.

Bienvenido, pues, colegas, su libro sobre el presente y futuro de las bellas tierras nariñenses.

Lluvias y libros

Mis recuerdos de infancia no encajan en la realidad del presente. Antes el invierno de septiembre era con truenos, centellas y aguaceros; y en octubre de lluvia tenue y persistencia empapadora.

Ahora, ya transcurrida la mitad de octubre, las tempestades se mantienen, con fuertes brisas que desploman techos y destruyen viviendas.

En el ayer, en mi pueblo, la lluvia era regalo de los dioses. Cantidades de velas se encendían a favor de los santos que manejaban las esquivas nubes; después, cuando las tierras se anegaban, los ruegos los recibían San Isidro el Labrador, encargado de quitar el agua y poner el sol.

Los niños queríamos siempre la lluvia. No importaba que en las noches la mazamorra perturbara el sueño.

Las mamás se encargaban de dejar caer en los dedos ulcerados de los pies las gotas calientes de las espermas encendidas.

Lo que gustaba era chapotear en las corrientes callejeras y sentir el frescor empapante del regalo del cielo.

Las tristes noticias de los daños que producen las torrentes en los barrios populares, también me trasladan al ayer. Nuestra casa quedaba a la orilla del arroyo. Y en todos los inviernos teníamos que abandonarla en las crecidas, porque el agua penetraba por el patio, seguía a los cuartos para salir a la calle.

Entonces, especialmente mientras se dormía, se cargaban las almohadas para subir a la loma de la iglesia, a la casa del abuelo Nico.

Y lo chistoso del asunto es que las tierras que rodeaban el pueblo eran del común, no tenían dueños, incluyendo las de las partes altas. Pero mi padre era un testarudo prepotente que en todos los veranos gastaba ahorros en afanes de canalizar un arroyo indómito.

Bueno, dejó tranquilas las añoranzas, para rendir homenaje de gratitud a los ilustres catedráticos que le obsequiaron a los amigos el disfrute de actos culturales

y académicos, y a los escritores que presentaron nuevos libros.

Años atrás, en Barranquilla, cuando llovía nadie transitaba por las calles. El temor a los arroyuelos obligaba al resguardo. Ahora el miedo se acabó. Desde mi ventana observo a los intrépidos conductores que irrespetan con sus vehículos los temores de antes.

Y también las actividades culturales continúan en sus encomiables quehaceres. En la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar fue bautizado, como dicen con gracia y acierto los venezolanos, el libro de Rodolfo Pérez y Carlos Llanos Sánchez, *La Argumentación y efectos de las Sentencias Judiciales*.

Profesores y estudiantes escucharon las acertadas palabras de los juristas Raimundo Mendoza, Alberto Sánchez Galvis, Rodolfo Pérez y Carlos Llanos. Por su parte, el prologuista Fernando Canosa Torrado, finaliza su juicioso análisis de la obra, haciéndonos saber que ella está llamada a erigirse en texto de consulta para jueces, catedráticos, estudiantes y abogados en general.

En los salones Juan B. Fernández y Pedro Pastor Consuegra del edificio de Posgrado, las Facultades de Ciencias de la Educación de la Universidad de An-

tioquia y de la Universidad Simón Bolívar, ofrecieron tres días ciclos de conferencias, exposición de retratos y presentación de libros.

Con la entrega y entusiasmo que sabe derrochar en todo lo relacionado con la divulgación de la labor educadora, el doctor Aquiles Escalante y su colega, licenciado Noel Barceló, permitieron a centenares de catedráticos escuchar juiciosas intervenciones de los doctores Queipo Timaná, Ilva Acosta, Reynaldo Mora, Cecilia Correa, Leonor Nieto de Vargas, Mary Alcina Quintero y Francia Debia.

Los pedagogos antioqueños inauguraron la exposición de retratos de forjadores del pensamiento de su región, y la selecta concurrencia tuvo la oportunidad de adquirir los libros *Voces y gritos de mi barrio*, de las investigadoras Cecilia León Cantillo, Belsa Estrada, Myriam Mercado y Alba Rivera; y *Mi barrio Santo Domingo de Guzmán*, de Laura Peñaranda León.

Y, para completar la dicha, generosos amigos me permiten saborear sus recientes creaciones. De Vicente Pérez Silva, el incansable y prolífico, recibo su *Anécdotas de la Historia colombiana*; del erudito Alberto Mendoza Morales, actual Presidente de la Sociedad Geográfica, su *Colombia: Estado Regional*; del legislador cartagene-

ro Joaquín Franco Escobar, *El Estudio Didáctico del Presupuesto del Estado*; del samario José Vanegas Mejía, *El Comentario de Textos*; y de Iver Pernet, la novela *El último Papa*.

En fin, como dice la canción, gracias a la vida que me ha dado tanto y me permite paladear lecturas y contemplar amaneceres neblinosos.

Sobre internet y bibliotecas

Con regocijo y complacencia el doctor Rafael Bolaño Movilla, Secretario General de la Universidad Simón Bolívar, me llama por teléfono para hacerme saber que acaba de escuchar el programa radial que desde Bogotá dirige el prestigioso periodista Juan Gossaín, esta vez dedicado al análisis de los problemas de la juventud norteamericana, sometida al uso y abuso de las computadoras y el internet.

En dicho informe se hace saber que en los Estados Unidos fueron seleccionados cien mil estudiantes universitarios entre los destacados en matemáticas y manejo de computadores e internet, para otorgarles premios a los más diestros. Como complemento del concurso, cada uno de los participantes tenía que escribir unas pocas líneas sobre cualquier tema, para apreciar su pensamiento, ideas y comentarios.

De los cien mil, apenas cinco mil fueron capaces de hacerlo, y la gran mayoría de ellos con garrafales errores ortográficos.

La observación final, de los investigadores norteamericanos, agrega el doctor Bolaño, es que el sometimiento de la juventud al internet, computadoras y demás utensilios de la tecnología actual, facilita la pérdida de la autenticidad, originalidad y capacidad intelectual creadora de la juventud.

En los predios de los países subdesarrollados y dependientes parece darse un regateo entre las máquinas modernas y el libro. En mi familia, sea el caso, mis nietos son orientados por sus padres en la correcta distribución del tiempo; la mayor parte se dedica a la lectura, y apenas una parte menor al manejo de las computadoras e internet.

Y grato es comprobar que la respuesta del estudiante en general es positiva en el compromiso libresco. Esta tarde recorrí las instalaciones de la Universidad, como suelo hacerlo todas las semanas. Las distintas bibliotecas y la hemeroteca están siempre repletas de jóvenes. Nuestra juventud dedica muchas horas todos los días al aprovechamiento del contenido de los libros y de las revistas científicas. Es esta una conducta que

estimula a los educadores. En días pasados el señor Rector Ejecutivo, doctor José Eusebio Consuegra Bolívar, comentaba con directivos y funcionarios la información que le suministró la Directora de la Biblioteca José Martí, la doctora Marta Luz Orozco: En el primer semestre de este año solicitaron libros para consulta y lectura en general noventa y siete mil quinientos setenta y cinco estudiantes. Y se adquirieron mil trescientos sesenta y nueve nuevos volúmenes. En los últimos cinco meses de 1999, el servicio a los estudiantes, solamente en la Biblioteca José Martí, fue el siguiente: agosto (mes de vacaciones): cinco mil trescientos cinco usuarios; septiembre: veinte y tres mil cuatrocientos ochenta y ocho; octubre: veinte y tres mil noventa y nueve; noviembre: veinticinco mil novecientos sesenta y siete; diciembre: doce mil trescientos cincuenta usuarios.

Los periódicos divulgan también noticias halagüeñas. El señor Gobernador, doctor Rodolfo Espinosa, difunde datos que le suministran los intelectuales Luis Enrique Alviar, Secretario de Cultura, y Beatriz Aguilar, Directora de la Biblioteca Pública Meira Delmar: en el primer semestre de este año 2000 se duplicó el número de usuarios de todo el año anterior. Así: en 1999 unas cuarenta y cinco mil personas utilizaron los libros de la Biblioteca y en el semestre que acaba de pasar fueron ochenta y cuatro mil.

Lo mismo puede decirse de las ferias del libro. En las universidades estos hechos constituyen acontecimientos festivos, en los cuales profesores y estudiantes agotan las existencias ofrecidas. Recientemente también la Biblioteca Meira Delmar organizó la segunda Feria Departamental del Libro con la participación de cincuenta y dos casas editoras. A ella acudieron tres mil personas que adquirieron las obras expuestas.

La grata dinámica en el seno de las bibliotecas se complementa felizmente con el acontecer editorial. Todos los días son muchos los libros nuevos que enriquecen el patrimonio cultural de Colombia. En Barranquilla, por ejemplo, diariamente se presentan en fiestas compartidas por grupos intelectuales. Tanta es la cosecha que el editor Rafael Salcedo, Director de la Editorial Mejoras, pleno de regocijo, comentaba que las empresas impresoras ocupan ahora el noventa por ciento de su capacidad productora en libros y revistas, mientras en el pasado apenas era el diez por ciento.

Hoy, nada más en estas mañanas afortunadas del lluvioso septiembre, llegan a mis manos obsequios deleitosos: Varios amigos autores me envían sus frutos. Entre ellos, Samuel Muñoz Muñoz, el paisano saba-nalarguero, me remite su *Grandeza Poética del Vallenato*; Alberto Hinostroza Llanos, dos, *Buitrago, Génesis del*

Vallenato y Memoria Histórica de Santa Marta; Adalberto Reales Utria y Vera Fontalvo de Reales, su *Crisis de la Familia y la Educación*; Horacio Brieva Mariano, su *Retrato de una Generación*; Martín Orozco Cantillo y Rafael Soto, su *Danza El Torito: Ritual de Tradición y Magia en el Carnaval de Barranquilla*; Laurian Puerta, su compilación de ensayistas sobre el *Carnaval en La Arenosa*; Jacobo Pérez Escobar, su *El Negro Robles y su época*; y Aníbal Martínez Zuleta, su *Escollos y Croniquillas del país Vallenato*.

En fin, doctor Bolaño, continúe regocijado, porque en la batalla contra la dependencia tecnológica y cultural, hay esperanzas.

Más sobre la poesía fúnebre

El libro del doctor Leonello Marthe dedicado a los poetas cantores de la muerte, se inicia con pensamientos de consagrados filósofos. Para algunos de ellos, como Bacon, el deceso es el menor de todos los males. Otros saborean consuelos con esperanzas en el más allá. Y los realistas, que saben de la historia de la ingratitud humana y de lo acontecido a figuras que en vida respondieron con entrega y sacrificios a misiones altruistas y creadoras, conceptúan, como lo hacen Rafael Alberto Arrieta y Rogelio Echavarría, que los grandes hombres empiezan a vivir, y los poetas son inmortales, cuando mueren.

En la introducción, o mejor dicho, ensayo justificativo de la obra, el autor aprovecha la oportunidad para relatar el origen de la sociedad de Hermanos de la Caridad y del Cementerio Universal.

La labor compiladora y crítica de la poesía de la muerte la inició el doctor Marthe Zapata desde las páginas de *El Misionero*, la revista que dirige desde 1992. En ellas fundamenta la admiración al verso que exalta el espíritu en el canto a la partida eterna.

Son 105 los poetas que en Colombia se han ocupado de la muerte. De esos, 25 oriundos de la Costa Caribe. Aunque, con permiso del autor, yo me atrevería a colocar entre ellos al gran Julio Flórez, nacido en Chiquinquirá, pero es en Usiacurí donde asienta y pone fin a su peregrinaje al lado de una esposa consecuente, y rodeado de la admiración y acogida fraternal de vecinos. En Usiacurí, el bardo del pueblo no solo encuentra cura en las aguas medicinales a sus quebrantos de salud, sino también la caricia del amor de la compañera inseparable que le prodiga la sublime oportunidad de la descendencia.

Rebosante de complacencia el doctor Marthe Zapata hace saber que dedica mucho tiempo a la lectura de la poesía de la muerte porque encuentra la compensación del fruto inspirado de liristas. Recuerda que la vida y la muerte ha sido un tema trajinado en el acontecer histórico científico, especulativo y religioso.

La ciencia, por ejemplo, interpreta los dos hechos como propios del ciclo biológico. Nada se crea y nada se

destruye. Acá, en la tierra, permanece todo. La descomposición de los cadáveres genera gases y moléculas para nuevas vidas. Tanto que los estudiosos de dichos fenómenos concluyen que en realidad somos inmortales, aunque de manera distinta a las hipótesis tecnológicas, pues según las leyes de la termodinámica, al decir que José Cotua Valdés, la energía ni se crea ni se destruye, solo se transforma.

Por su parte para las religiones la muerte abre el camino a la eternidad. Porque cada ser humano tiene un alma inmortal, que habrá de continuar la existencia del difunto en el paraíso o el infierno, después del juzgamiento de Dios.

Dejo al acucioso compilador y analista para degustar la cosecha de los juglares. Y encuentro que el primer poema es *La Gran Miseria Humana*, del soledaño Gabriel Escorcía Gravini, de obligada recitación en las tertulias en los años de mi juventud.

Y sigue, nada más y nada menos, Gustavo Raad Mulford, el arquitecto y constructor de las instalaciones de la Universidad Simón Bolívar, poeta y cuentista, cuyos libros he prologado. Gustavo le canta a la madre fallecida y no acepta su partida. Piensa que ella apenas ha cambiado de morada para permanecer por siempre al lado de Dios, en plenitud de amor.

Y en el muy nutrido catálogo hallo a muchos amigos del ayer, con los cuales compartí inquietudes y realizaciones. Allí está Jorge Artel, la máxima expresión de la poesía negra en Colombia, compañero de labores en la Universidad del Atlántico y en la Simón Bolívar. De su ronca y varonil voz muchas veces le escuché el Velorio del Boga Adolescente, con la radical terminación: "¡Mañana van a dejarlo bajo cuatro golpes de tierra!".

Meira Delmar, la exquisita y admirada, imaginando el día inevitable de no volver a ver al ser amado. También el sueño la motiva para transcribir la triste experiencia de su partida. Y Javier Auqué Lara, el del encuentro diario en la Lanchería Americana y la Librería Nacional, en esa juventud vivida en plenitud con su carga repleta de sueños e ideales.

Bueno, la lista es interminable. Néstor Madrid Malo, Juan Zapata Olivella, Jorge Marel, Juan Eugenio Cañavera, Fernando Soto Aparicio, Carlos Castro Saavedra, Darío Samper, son otros, unos ya lejos, y los demás con la pluma en manos recibiendo el apoyo de las musas.

Ahora, para cerrar comentarios, es necesario declarar: Gracias doctor Marthe por este nuevo libro, y que muy pronto, para bien de la cosecha intelectual colombiana, esté incursionando en otro.

Feria del Libro y triunfo en el arte

Dos acontecimientos me saturan el espíritu en estas tardes invernales, cuando la tenue lluvia sorprende en el andar callejero y remoja caras, manos y vestiduras. Las buenas noticias y la presencia compartida en actos significativos, riega almíbar en sueños y esperanzas.

Sean los casos de la Feria del Libro que se realizó en los amplios salones del Hotel El Prado y el Festival Nacional Universitario de Arte Popular, Danzas y Agrupaciones Folclóricas, llevado a cabo en la muy acogedora y pujante ciudad de Pereira.

La Feria del Libro es un suceso digno de todo encomio. En estos tiempos de dificultades de toda índole, las personas se refugian en la lectura y los estudiantes acuden con máximo entusiasmo a la página impresa, en procura de mayores conocimientos. El libro, pese a la presencia de la electrónica moderna con la oferta

facilista, mantiene su vigencia y cada vez más adquiere simpatías.

Más de diez mil estudiantes del último semestre de Bachillerato llenaron las amplias callejuelas donde estaban instalados los puestos de venta. Allí estaban también profesores, intelectuales, escritores, rectores y decanos. Y todos se afanaban por adquirir libros, revistas y casetes con las voces de poetas y escritores leyendo sus versos y poemas en prosa.

La Cuarta Feria Expoeducación de la Costa Caribe, que patrocinó la Feria del Libro, fue organizada por el CRES Norte, ASIESCA, ICFES, ICETEX e Internacional de Exposiciones, y auspiciada por la Secretaría de Educación Distrital de Barranquilla y la Secretaría de Educación del Departamento.

Las Universidades, Casas Editoras y Organismos de Fomento de la Educación, sumaron más de treinta. Entre ellas, las universidades del Magdalena, Autónoma del Caribe, Libre, del Norte, Metropolitana, Sucre, San Martín, Atlántico, Simón Bolívar; las Corporaciones Tecnológicas de Bolívar, Universitaria del Sinú, Educativa del Litoral, Instituto de Artes y Ciencias, Universitaria de la Costa, Cekar y Politécnico de la Costa

Atlántica. Además, Disgráfica de la Costa, Surtiofincias Limitada, Paulinas, el Diario *El Universal*, la Editorial Plaza & Janés, ESAP, ICFES, Incubar, Probarranquilla de la Comisión del Parque Tecnológico, Telecaribe y la Escuela Naval de Suboficiales A.R.C. Barranquilla.

La instalación del bellissimo acto estuvo a cargo de la Directora del Instituto Colombiano de Fomento de la Educación Superior, ICFES, doctora Patricia Martínez, del señor Presidente del Comité Regional de Educación Superior para la Costa Norte, CRES, doctor José Consuegra Bolívar; de la Directora Ejecutiva de la Asociación de Instituciones de Educación Superior de la Costa Atlántica, doctora Raquelina Villa de Padilla y del doctor Luis Manuel Carvajalino Quinn, Presidente de Internacional de Exposiciones.

Los asistentes a la Feria del Libro tuvieron la feliz oportunidad de escuchar conferencias, coros, teatro, tunas, conjuntos vallenatos, y admirar a los grupos de danzas folclóricas. Y como respuesta estimulante, agrada hacer saber que miles de libros y revistas fueron adquiridos por estudiantes y profesores, con el provecho de precios rebajados y comodidades para los pagos.

Bueno, ahora deseo referirme a un hecho de particular significación para la familia bolivariana.

En los mismos días de la Feria del Libro la bella capital de Risaralda disfrutaba el espectáculo de la fiesta del arte musical vernáculo, con la participación de las Universidades de Colombia. Allí, en Pereira, las casas de estudios superiores que se ganaron el derecho de representar sus regiones fueron a deleitar concurrencias.

Los espacios de los teatros de la Universidad Tecnológica de Pereira y Alejandro Londoño, los colmaron miles de aficionados en las distintas sesiones. Todos ellos saborearon el virtuosismo y la entrega artística de los conjuntos de las Universidades del Atlántico, Magdalena, Cooperativa de Colombia de Santa Marta, Santo Tomás de Bucaramanga, Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Libre de Cali, Amazonía, Industrial de Santander, Santo Tomás de Bogotá, Nacional de Colombia y Tecnológica de Pereira.

La Universidad Simón Bolívar fue a defender el título obtenido en encuentros anteriores. Y con tan buena fortuna que esta vez, también han regresado con el espléndido trofeo de la excelencia, que cobija la investigación, la puesta en escena, el mejor vestuario y el mejor acompañamiento musical.

Treinta y tres estudiantes bajo la dirección de la

doctora Maritza Better de Parejo y del doctor Agustín Parejo, Presidente de ASCUN-Cultura, Zona Atlántica, bailaron e interpretaron impecablemente las creaciones Herencia Zenú, Baile Negro y Su Majestad la Cumbia.

El doctor Manuel Figueroa, directivo de la Universidad Simón Bolívar, y su señora doña Alicia Bolaño de Figueroa, sonrientes comentaban a su retorno: Y lo más estimulante en la gloriosa actuación de nuestros pupilos, fue el estímulo que recibieron, con sonoros aplausos y vivas, de las otras universidades, especialmente de las costeñas, la del Atlántico, Magdalena, Cesar, Autónoma, Libre y demás.

Economía

La nacionalización del Banco de la República

La Constitución vigente desde 1991 dedicó su capítulo 6 a la banca central con disposiciones que modificaron la estructura del Banco de la República. Ahora su Junta Directiva, que preside el Ministro de Hacienda, está conformada por siete miembros, entre ellos el propio Ministro y el Gerente del Banco (elegido por la Junta) y cinco miembros de dedicación exclusiva, nombrados por el Presidente de la República para períodos prorrogables de cuatro años.

La designación de los miembros de la Junta Directiva según lo establecido en la Constitución ofrece la apariencia de un Banco Central Nacionalizado. Pero en la realidad esos cinco miembros actúan de manera independiente. Así se establece en el artículo 371 de la Constitución: "El Banco de la República ejercerá las funciones de banca central. Estará organizado como persona jurídica de derecho público, con autonomía

administrativa, patrimonial y técnica, sujeto a un régimen legal propio”.

Al Estado, pues, le toca cargar con el muerto, como se dice en el habla popular. Nombra pero no manda. Ni mucho menos puede orientar y dirigir la política monetaria y crediticia de acuerdo a las conveniencias nacionales o las estrategias de sus lineamientos ideológicos.

Esta situación indefinida, desde el punto de vista de la responsabilidad estatal, obliga a retomar las banderas de una auténtica nacionalización.

Hace treinta y tres años, cuando de la Junta Directiva del Banco de la República formaban parte los bancos privados, escribí:

Para la época de 1923 –dado los experimentos lamentables de los bancos nacionales anteriores– se podía interpretar la creación de un banco central de tipo mixto. Pero en nuestros días, con las herramientas logradas, las experiencias del Estado y la situación del desarrollo económico, el papel que debe jugar el banco central en la dirección de la política monetaria y crediticia, etc., el Banco de la República reclama una reestructuración aunque ella repele con los intereses

puramente particulares. Tratadistas como Vito, en su reciente *Tratado de Economía Política*, consideran que en los últimos tiempos, el banco central tiende a convertirse en propiedad del Estado, puesto que la función de interés público recomienda al banco justificar los poderes que se le atribuyan. La comprensión de esta evolución, continúa diciendo el profesor italiano de la Universidad Católica del Sagrado Corazón de Milán, está enormemente facilitada si se le relaciona con el robustecimiento de la política de la coyuntura y de la política del pleno empleo.

Más aun, si se tiene en cuenta que el Banco Central, o sea el Banco de la República, debe ser ante todo una institución "llamada a servir un interés público que tiene la responsabilidad y los poderes para ejercer una función directiva sobre la estructura monetaria y crediticia del país", lo lógico es que la responsabilidad de su existencia repose exclusivamente en manos del Estado.

Abundando en las razones y conveniencias que acreditan la necesidad de la banca central estatal, dice Nicasio Perdomo, resulta interesante citar algunas de las consideraciones que se hizo el Gobierno argentino para estatizar su banco central: Si es principio científico que la reserva áurea no puede considerarse propiedad

de un banco, porque pertenece a la economía nacional, los institutos emisores son simplemente custodios indispensables y únicos del oro. Y se admite, además, que la política monetaria, como la económica y financiera, son funciones privativas del Estado, como principios inherentes a la soberanía de la Nación, la guardia de ese patrimonio público debe, indiscutiblemente, ser del resorte propio de ese mismo Estado. Cualquier principio que tienda a respetar la autonomía de la entidad encargada de esa misión, para preservarla de los peligros de una política equivocada, debe y puede lograrse sin necesidad de que el Estado delegue atribuciones indelegables.

Con la nacionalización del Banco de la República puede pasarse a la aplicación de una eficiente política selectiva del crédito, que, dicha sea la verdad, hasta ahora apenas se ha intentado en nuestro país tímidamente, pese a los permanentes trastornos económicos y a los voluminosos programas de desarrollo económico que se han publicado. Más créditos y recursos financieros, decía la Revista *Semana*, deben ser orientados en Colombia hacia la producción de bienes y servicios, útiles si se modifican algunas de las características básicas de nuestro sistema financiero. Conviene, entre otras cosas, revisar drásticamente las leyes y costumbres bancarias

y el sistema del redescuento que orienta el crédito hacia los pudientes improductivos y no hacia los productores. **Recomendamos reformar las leyes bancarias, nacionalizar al emisor, facilitar los redescuentos únicamente a los préstamos para una nueva producción.**

A las actividades favorecidas con el control, conceptúa Leopoldo Solís, se les llama generalmente, **productivas** y —si se entra en mayor detalle— **lo son las agrícolas e industriales, a diferencia de las comerciales** que, por eliminación, **quedan consideradas como improductivas conjuntamente con los demás servicios.**

La selección crediticia juega un papel importantísimo en el desarrollo de economías de limitados recursos de capital.

Estas bondades del control de la selección crediticia científicamente programadas solo se podrá llevar a cabo eficientemente con un banco realmente nacionalizado. Con un banco central nacionalizado también podrían lograrse otros objetivos en favor del desarrollo armónico regional. Por ejemplo, en la actualidad los departamentos y municipios del país son obstaculizados en sus pretensiones crediticias para fines de desarrollo económico y social por los altos intereses y excesivas exigencias de la banca privada.

Lógico es suponer que esas actividades crediticias con los gobiernos seccionales podría adelantarlas un banco central nacionalizado, cobrando los bajos intereses que hoy acostumbra para el redescuento y con facilidades adecuadas que contribuyeran al fomento.

Claro está que la nacionalización por sí misma nada resuelve. Para pensar en la eficiencia de esta, hay necesidad de suponer un cambio fundamental en la mentalidad estatal, que permita estructurar una administración de servicio para fines de desarrollo económico, pero en favor de la colectividad en su conjunto.

El Banco de la República y la Junta Monetaria

A finales de 1963 el Gobierno Nacional, debidamente facultado por el Congreso, tomó una de las medidas más trascendentales en la política monetaria y crediticia, al organizar una Junta Monetaria integrada por funcionarios del Estado y con las funciones más importantes que hasta entonces mantenía la Junta Directiva del Banco de la República.

La creación de esta Junta Monetaria significó un paso hacia delante en la liberación de la conducta monetaria y crediticia del país de los intereses privados, representados en la Junta Directiva del Banco Central.

El Decreto-Ley No. 2206 de septiembre 20 de 1963, organizó y reglamentó las funciones de la nueva entidad directora de la política moderna. La Junta quedó inte-

grada por el Ministro de Hacienda, quien la presidiría; el Ministro de Fomento; el Ministro de Agricultura; el Jefe del Departamento Administrativo de Planeación y Servicios Técnicos; el Gerente del Banco de la República, y por dos consejeros nombrados por la misma Junta.

La Junta Monetaria quedó facultada para:

1. Establecer el cupo ordinario de crédito de los bancos afiliados al Banco de la República, para sus operaciones de préstamos y descuentos;
2. Señalar cupos especiales de créditos encaminados a promover el desarrollo de determinados sectores económicos, por ejemplo, agrícola, industrial y comercial;
3. Fijar las tasas de interés y de descuento del Banco de la República para las operaciones de préstamo que conceda a los bancos afiliados;
4. Fijar los tipos de interés y de descuentos de la banca comercial afiliados al Banco de la República, de acuerdo con la clase de negocios o con el destino que se piensa dar a los dineros concedidos en préstamo;

5. Fijar y variar cuando se considere conveniente, el encaje legal de todos los bancos y cajas de ahorros que funcionan en el país;
6. Establecer el encaje de los billetes en circulación y de los depósitos del Banco de la República;
7. Indicar el plazo máximo para las letras de cambio que descuentan los bancos comerciales;
8. Definir lo que se entiende por encaje de las instituciones bancarias y cajas de ahorros;
9. Fijar los límites específicos al volumen de créditos o inversiones de los bancos y señalar la tasa de crecimiento del total de los activos que originen;
10. Señalar las tasas máximas de interés o de descuento que los establecimientos de crédito en general pueden cobrar a sus clientes e imponer sanciones cuando esta norma no sea cumplida;
11. Fijar los plazos para los créditos y descuentos que efectúen los bancos, lo mismo que las garantías requeridas para dichos préstamos;

12. Prohibir a las instituciones bancarias determinadas operaciones de crédito;
13. Facultar al Banco de la República para emitir, vender, comprar o amortizar sus propios títulos de créditos en moneda nacional o extranjera;
14. Autorizar al Banco de la República para comprar y vender obligaciones del Gobierno Nacional;
15. Reglamentar los créditos al consumo;
16. Obligar cuando se considere conveniente a las entidades públicas nacionales que hagan sus depósitos en el Banco de la República;
17. Ordenar la acuñación de moneda fraccionaria;
18. Ejercer con exclusividad todas las funciones relacionadas con la política de cambio y comercio exterior;
19. Autorizar al Banco de la República para adquirir cédulas hipotecarias y bonos industriales, y para efectuar préstamos al Banco Central Hipotecario;

20. Fijar cupo especial de redescuento al Banco Central Hipotecario.

Como se ha comentado, las facultades en materia monetaria, crediticia y cambiaria que antes eran propias de la Junta Directiva del Banco de la República, pasaron a la Junta Monetaria. De esta manera el Estado quedó con la total responsabilidad de la política bancaria del país. Sin embargo, la nacionalización del Banco de la República era aun más necesaria, a fin de asegurar la coordinación entre la Junta Monetaria y la administración ejecutiva: La verdad es que el Banco de la República era propiedad privada –con todos los privilegios para sus accionistas– y que su gerente general, como todo el personal que debía ejecutar las conductas señaladas por la Junta Monetaria, dependían directamente de la Junta Directiva.

Más sobre el Banco de la República

El capital autorizado fue de diez millones de pesos, representados en acciones de diez pesos cada una y de prohibida enajenación a gobiernos extranjeros. Estas acciones están divididas en cuatro categorías llamadas A, B, C, y D.

Las acciones de la clase A copaban la mitad del capital y fueron suscritas por el Gobierno Nacional, quedando exentas de impuestos. Las acciones anteriores no daban derecho a voto, aunque el Gobierno quedaba representado en la Junta Directiva con tres miembros, uno de ellos el Ministro de Hacienda.

Las acciones de la clase B correspondían a los bancos comerciales colombianos entendiéndose como tal los establecidos en el país cuyas acciones fueran poseídas en su mayor parte por colombianos. (Los bancos comerciales fueron autorizados para adquirir acciones de

clase B por una cantidad equivalente al 15% del capital pagado y las reservas).

Las acciones de clase C serían adquiridas por los bancos comerciales extranjeros establecidos en Colombia, también en igual proporción a los bancos comerciales colombianos. Por último, las acciones de la clase D se autorizan para el público en general.

Quedó facultado el Banco de la República para hacer préstamos y descuentos a los otros bancos; para actuar como oficina de compensación para comprar y vender giros cablegráficos, oro amonedado o en barras, giros bancarios sobre plazas extranjeras; para recibir depósitos pagables a la vista; para comprar, vender o aceptar garantías de préstamos, bonos u otras obligaciones de los gobiernos Nacional, Departamental o Municipal; para comprar, traspasar y conservar bienes raíces de acuerdo con ciertas normas, etc.

Además, el Banco gozó del derecho exclusivo de emitir billetes, siempre y cuando lo hiciera para los siguientes fines:

Para la compra de oro en barras o amonedado;

Para la compra y descuento de giros y letras de cambio sobre plazas extranjeras;

Para la compra de documentos a los bancos accionistas, en forma de letras de giro a cargo de bancos del exterior;

Para el descuento y redescuento de documentos comerciales y agrícolas autorizados por la Ley.

Le fue prohibido al Banco emitir billetes para la compra de tierras, edificios e hipotecas: Para respaldar sus emisiones el banco quedó obligado a mantener en encaje existencias en oro equivalente al 50% sobre el total de billetes en circulación y depósitos. Si estas reservas bajaban del mínimo legal, el banco sería sancionado.

Este porcentaje rígido fue modificado más tarde, especialmente en las épocas de crisis económica nacional. En 1931, por ejemplo, a consecuencia de las incidencias de la gran depresión internacional, el Decreto 2091 permitió el descenso a un 30%.

En 1938, con la recuperación, volvió a ascender al nivel primitivo, hasta caer nuevamente en los años de 1940 y 1941. Al terminar la última guerra, las reservas alcanzaban a más del 50% por fenómenos propios de la economía de guerra.

La Ley de 1923 estableció la convertibilidad de los

billetes emitidos, decretando que ellos serían cambiables, a petición de sus retenedores, por monedas de oro, por barras de oro, o por letras a la vista sobre Nueva York o Londres, pagaderas en oro y giradas sobre fondos existentes en entidades bancarias respetables.

La convertibilidad rigió hasta 1931. Año ese en que el país, a consecuencia de las repercusiones de la crisis internacional, había tenido que utilizar sus reservas para cumplir sus compromisos y atender la demanda de dinero para las importaciones, el Gobierno se alejó del libre comercio de oro, para pasar a hacer uso del control de cambio.

Sobre el Banco de la República

El tema de actualidad en el campo de la economía y las finanzas tiene que ver con el Banco de la República.

En el Congreso, el Banco de la República ha sido objeto de críticas. A su vez sus directivos, también enjuiciados en sus actuaciones, ofrecen explicaciones sobre su conducta en los distintos órganos de expresión.

El tema me parece interesante y oportuno para recordar a los lectores un poco de información acerca de una materia que ha sido motivo de debates ideológicos en la historia política del país.

En varias columnas resumiré conceptos y normas legales. Para el compromiso de los lectores me valgo de los *Apuntes de Economía Política*, que escribí hace algunos años, y de la Constitución prevaeciente desde 1991.

El Banco Central Colombiano, o Banco de la República fue organizado en 1923. En ese año una misión de técnicos extranjeros contratada por el Gobierno e integrada por Edwin Walter Kemmerer, quien la presidía, Howard M. Jefferson, Fred Rogers Marcheld y Thomas Russell Lill, acometieron el estudio de la organización y reorganización de algunos organismos del Estado.

Como resultado de su trabajo, comentaba el profesor Leopoldo Lascarro, la Misión elaboró una serie de proyectos de ley que, al ser acogidos por el Congreso, vertebraron una nueva organización fiscal y financiera del país. Fruto de las labores de la Misión fueron entre otras las leyes sobre creación del Banco de la República, de la Superintendencia Bancaria, sobre formación y fuerza restrictiva del Presupuesto, y sobre creación y organización de la Contraloría General de la República.

Antes de 1923 en la historia bancaria del país se conocían inquietudes permanentes para organizar una institución bancaria de tipo nacional o central. Por ejemplo, desde 1821 la rama legislativa promueve y desarrolla la idea de fundar un Banco Nacional. Más tarde, en los años que antecedieron y siguieron a la mitad del siglo pasado, las leyes volvieron a autorizar la creación de un instituto bancario de esta clase, pero ninguna de las iniciativas cristalizó.

Solo en 1881, a raíz de las facultades establecidas por la Ley 39 de 1880, se creó el Banco Nacional, más conocido en las polémicas históricas y partidistas con el nombre de Banco Núñez. A dicho organismo, que presentaba la característica especial de ser propiedad exclusiva del Estado, se le otorgó el privilegio de emisión. La existencia de este banco se extendió apenas a unos pocos años.

A su vez, en el período administrativo del general Rafael Reyes (1905), el Gobierno autorizó la fundación del Banco Central de Colombia, con un capital inicial de ocho millones de pesos con el privilegio de una emisión en treinta años. A las emisiones se les autorizó la convertibilidad, indicándose además que dicha convertibilidad protegiera a los billetes del antiguo Banco Nacional. Con la caída del general Reyes, y a consecuencia de una serie de hechos políticos y económicos, el Banco Central se fue reduciendo en importancia hasta llegar más tarde a su liquidación.

Estos dos infortunados ensayos, comenta Abel Cruz Santo, el Banco Nacional, de Núñez, y el Banco Central, de Reyes, si bien paralizaron por varios años iniciativas similares, implicaron para la Nación una amarga experiencia, por cierto bien aprovechada. Ambos bancos de emisión tuvieron una finalidad exclusivamente fiscal,

a cambio del privilegio de emitir sin control alguno. Ni el Banco Nacional ni el Banco Central realizaron actividades económicas tan importantes como las de fijar la tasa de interés, de descontar obligaciones, señalar el tipo de cambio y regular el medio circulante.

La ley orgánica del Banco de la República fue la 25 de 1923, con la cual se autorizó al Gobierno para fundar un banco de emisión, giro, depósito y descuento.

Esta ley contaba con 36 artículos, de los cuales algunos fueron derogados y otros modificados, pero conservando lo que podría llamarse "espíritu kemmeriano", sobre todo en lo que hacía referencia a sus funciones de institución central de tipo mixto.

La primera autorización para las operaciones del Banco tenía una duración de 20 años, que empezó a contarse desde la fecha del registro de la escritura social (Escritura Pública No. 1434 de 20 de julio de 1923, otorgada en la Notaría 2ª de Bogotá y reformada por la No. 1801 de 12 de septiembre del mismo año y Notaría).

Ahora son las patentes

El escritor David Sánchez Juliao y unos profesores y estudiantes de Facultad de Economía de la Universidad Simón Bolívar solicitan mi concepto sobre la información suministrada por el columnista Andrés Oppenheimer en reciente artículo publicado en *El Heraldó*.

Según los ideólogos del capitalismo de los países dominantes, llamados desarrollados, en el próximo siglo los economistas quedarán sin oficio, porque el papel prioritario lo desempeñarán los inventores, y la importancia de cada país se medirá a través de las patentes que registren en los Estados Unidos.

Los profesores de la Universidad de Harvard y sus seguidores aseguran que la economía del conocimiento será la base fundamental de la generación de riqueza y poderío de cada nación.

Habrá que olvidarse de las manufacturas y de los economistas que respaldan estrategias de industria-

lización. En los nuevos tiempos la creación de un programa de computación será más provechoso, en el campo de las utilidades dinerarias, que ensamblar automóviles, maquinarias, o adecuar tierras y producir alimentos para los niños hambrientos. El futuro económico de cada país reposa simplemente en la cantidad de patentes que inscriba.

Solo los países con capacidad para ofrecer nuevas tecnologías gozarán de los privilegios de la riqueza y el dominio económico. Por cierto, ya se conocen: Estados Unidos, Japón, algunos europeos y asiáticos. Y veamos lo que le espera a la América Latina. Por ejemplo, Corea del Sur registra tres mil cuatrocientas patentes en un año, y México apenas setenta y siete, Argentina cuarenta y seis, Venezuela veintinueve y el resto de América Latina casi nada.

Por todo lo anterior, de acuerdo con los augures de esta etapa venidera de la estrategia dominadora y sus recomendaciones teóricas, el futuro le pertenece al internet, y obliga a hablar inglés y a producir tecnología, olvidando la macroeconomía, las ensambladoras, las industrias propias que produzcan las mercancías necesarias y ocupen mano de obra. De ahí que los ministerios de Comunicaciones y Transporte serán más apreciados que los de Economía.

Como es fácil deducir, ya todo el andamiaje ideo-

lógico del capitalismo dominante está programado, listo para imponerlo, como receta, que aceptarán y divulgarán, los repetidores de turno del mundo sometido y subdesarrollado.

Porque, como es bien sabido, en cada etapa del capitalismo dominante el bagaje doctrinario ha sido distinto. Naturalmente respondiendo a la realidad y conveniencia exclusiva de los centros de poder. Así, en el período de esplendor manufacturero de Europa, de hace doscientos años, obtenido en el mercantilismo con máxima protección arancelaria, se pregonó el librecambio, la no intervención estatal, el dejar hacer y pasar. Entonces los intérpretes de esos intereses expusieron las tesis de la especialización internacional del trabajo y de los costos comparativos para que Inglaterra siguiera siendo productora de manufacturas y los demás países de materias primas.

Y hay que recordar que los Estados Unidos, Alemania y el Japón no acogieron el modelo y se valieron de la protección a su naciente industria hasta lograr su propia revolución manufacturera.

Después, con el predominio financiero, la exportación de capitales y los créditos internacionales jugaron el papel de panaceas, para continuar afirmando las diferencias y la extracción de la riqueza de los pueblos subdesarrollados.

A mediados de este siglo la culpa del atraso se lo achacaron al exagerado crecimiento de la población. Recuerdo que en el apogeo de la falacia escribí el libro *El Control de la Natalidad como Arma del Imperialismo*, en donde compilé las distintas y verdaderas exposiciones sobre las causas del subdesarrollo sustentadas por los economistas, sociólogos y políticos latinoamericanos y del mundo, comprometidos con el estudio y análisis de la realidad concreta.

En los tiempos presentes el catecismo legado por las economías dominadoras es el de la globalización y el neoliberalismo. Se nos dice que todos somos iguales, ricos y pobres, y las ventajas de la actividad económica hay que obtenerlas en la participación, libre de trabas, del comercio. Nada de proteccionismo a industrias y producciones nacionales. La actividad económica y de servicios debe reposar en manos de la propiedad privada, ya sea esta de nacionales o extranjeros. Hay que comprar todo lo que se ofrezca a menor precio, aunque este sea a manera de *dumping* (práctica de dominio para aplastar competencias internas, con precios por debajo de costos). Nada importa el aprovechamiento de los recursos propios, entre ellos el trabajo.

Bueno, al amigo literato y a los catedráticos, solo puedo responderles que todo dependerá de la conducta defensiva que practiquen las economías subdesarrolladas en el propósito de dirigirse, en lo posible, por su propio camino.

Las ideas económicas de Bolívar

En la historia del pensamiento económico latinoamericano, Simón Bolívar ocupa un sitio importante. Por su valor original y su significado en el momento histórico en que expuso sus ideas, es necesario reconocerle méritos. Más aún si se tiene en cuenta que al razonamiento lo acompañó la acción, al quedar recogidas muchas de sus inquietudes en normales legales y en realizaciones que formaron parte de la estrategia política económica de la época.

Sin embargo poco se ha hablado de las concepciones económicas de Bolívar, tal vez porque sus críticos han sido hasta el momento historiadores puros, literatos o políticos. La economía es una ciencia social, y, a veces, en el estudio de ciertos temas, es difícil distinguir entre lo sociológico, político o económico.

En mi concepto, con el pensamiento bolivariano se

traza la frontera entre la doctrina económica colonial y la independiente. El análisis colonialista tiene sus características definidas. Puede darse el caso de que muchos de sus expositores aportasen observaciones valiosas en sus disertaciones sobre los problemas de estos territorios. Y así fue. Pero, en el fondo, o en sus conclusiones, aparece el sello de deducciones sometidas, orientadas a acoger los lineamientos de la política económica de la metrópoli. Por ejemplo, en Colombia varios fueron los gobernantes, especialmente los llamados ilustrados, que clamaron a favor de una manufactura propia, siempre y cuando se tratara de ciertos productos—como es el caso de los llamados bastos— que no pudiesen competir con los importados de España. Incluso los brillantes estudiosos que escribieron en los días prerrevolucionarios, como Caldas, Narváez, Pombo, Vargas, etc., adolecieron de las mismas fallas. Contrario a lo anterior, el ideario bolivariano inicia la posición auténtica y defensiva, encaminada a servir exclusivamente a los intereses de nuestros países, en busca de su desarrollo y de la solución de sus problemas sociales.

Aunque El Libertador mencionó en sus proclamas, escritos, discursos y decretos muchos asuntos propios de la ciencia económica, se pueden seleccionar algunos, para recordar su trascendencia: integración, esclavitud, salarios, interés, propiedad territorial, moneda, etc.

Sobre todo Bolívar es precursor del pensamiento social auténtico. Si en nuestros días, ante los efectos de la dependencia cultural e ideológica, se clama por una teoría genuina que responda a nuestras necesidades e intereses, es necesario tener presente que Bolívar señaló el camino. En el discurso inaugural del Congreso de Angostura, dijo: "Las leyes deben ser relativas a lo físico del país, al clima, a la calidad del terreno, a su situación, a la extensión, al género de vida de los pueblos, a sus inclinaciones, a sus riquezas (recuerdos), a su número (población), a su comercio, a sus costumbres, a sus modales. ¡He aquí el código que debíamos consultar, y no el de Washington". Palabras lapidarias estas, que podrían servir de epígrafe a todo ideario de la autenticidad ideológica. Pero que, además, sirven para sopesar el valor científico-social del discurrir del autor. Porque en los conceptos modernos de la economía política se define a dicha materia como una ciencia social profundamente histórica, geográfica y política. Cada deducción teórica de los fenómenos económicos responde a hechos particulares dentro de un espacio, en un momento determinado y bajo unas condiciones especiales. El conocimiento de esa situación concreta, de sus leyes y tendencias, es lo que sirve de fundamento para el enunciamiento de estrategias de la política económica. En estos conceptos Bolívar se adelanta a Marx. Como también, es bueno recordar, para su tiempo de predo-

minio idealista, señala interpretaciones dialécticas en el análisis de los acontecimientos y el papel que les corresponde jugar a los hombres: "En medio de este piélagos de angustia no he sido más que vil juguete del huracán revolucionario que me arrastraba como una débil paja. Yo no he podido hacer bien ni mal; fuerzas irresistibles han dirigido la marcha de nuestros sucesos...", afirmaba con modestia y convencimiento.

Los estudios económicos

Esta semana el correo me ha obsequiado más satisfacciones. Recibo carta del doctor Raúl Alameda Ospina, Secretario Perpetuo de la Academia Colombiana de Ciencias Económicas y del doctor Armando León Rojas, Director del Banco Central de Venezuela.

El doctor Alameda me hace saber que la facultad de Ciencias Económicas de la Universidad Nacional, el Banco de la República y la Academia de Ciencias Económicas, adelantan un proyecto encaminado a la recuperación de la memoria de la Facultad de Ciencias Económicas, que es la historia también de los estudios de Economía en nuestro país.

Por su parte el distinguido intelectual caraqueño, remite a la Universidad Simón Bolívar un proyecto de convenio de cooperación para editar libros de economía y ciencias sociales, entre la más importante institución bancaria del hermano país, el Banco Emisor o Banco de Bancos, como se le llama, ahora, (y en buena hora,

dirigido por las figuras más representativas del pensamiento económico venezolano, los científicos sociales, doctores Diego Luis Castellanos Escalona, D. F. Maza Zavala, Gastón Parra y Tomás Carrillo Batalla) y nuestra casa de estudios superiores.

Me dice el doctor Alameda: "Con motivo de conmemorarse cincuenta y siete años de iniciación de los estudios profesionales de Economía se publicarán unos cinco volúmenes escritos por los pioneros, los que tuvimos la memorable oportunidad de participar en esas inquietudes y realizaciones. Se trata de que cada uno de nosotros escriba una reseña particular del ambiente universitario, de las actividades políticas, docentes, de entonces, de la realidad social de la Bogotá de esos años, de las costumbres, la vida social de los estudiantes, los cafés, los paseos por la Séptima, la Ciudad Universitaria, los profesores, los discípulos, nuestras luchas y experiencias, la importancia de la naciente carrera, etc."

Y con sumo gusto lo haré, valiéndome de lo recogido en mis libros y de la ya deteriorada memoria.

En el libro *Un hombre a través de la Anécdota* se cuenta que al regresar a Barranquilla hace medio siglo con el título de Economista, inicié una semana de festejos con los amigos. Y, para responder a los pagos de gaseosas y cervezas, acudía a mi padre. El sábado, él todo desconcertado me preguntó ¿Qué estudiaste tú, hijo mío? Antes, cuando estabas en Bogotá, te enviaba cuarenta y

cinco pesos mensuales. Y ahora, ya graduado, en cinco días te has gastado cincuenta. ¿Dónde está el ahorro o la economía?

Y no solo era mi padre quien no sabía de la razón y objeto del profesional de la novedosa carrera. Cuando en mil novecientos cuarenta y cinco llegué a Bogotá a iniciar los estudios universitarios, mi propósito, como pichón de política, que acá en Barranquilla dirigía el semanario *Frente Nacional*, órgano de difusión de los idearios gaitanistas en el departamento del Atlántico, era estudiar Derecho.

Y, por insinuación del jefe, doctor Jorge Eliécer Gaitán, inicié estudios de una profesión totalmente desconocida para mí.

Apenas hacía un año la Universidad Nacional, o mejor dicho, Gerardo Molina, su Rector, y Antonio García, el catedrático, abogado y economista autodidacta, crearon el Instituto de Ciencias Económicas, poco después convertido en Facultad, que funcionaba en la sede de la Facultad de Derecho.

Ya en Barranquilla, repleto de optimismo, abrí mi oficina en el quinto piso del edificio del Banco de la República, en esos momentos el más moderno de la ciudad, todo refrescado con acondicionador de aire.

Pero los días pasaron y jamás nadie solicitó servicios

de consultas o asesorías. El tiempo y los conocimientos adquiridos tuve que utilizarlos en la divulgación escrita y en la cátedra.

Con el intelectual y educador Fernando Cepeda y Roca, se editó la Revista *El Economista*, de buena aceptación en los sectores de la industria y el comercio. En ella publicaron sus ensayos figuras destacadas de la intelectualidad local y nacional.

Y al mismo tiempo me vinculé a la cátedra, con la honrosa oportunidad de atenderla en muchas universidades del país. En la Universidad del Atlántico y en la Universidad de Cartagena fui Decano de las facultades de Ciencias Económicas.

En el compromiso con las letras, varios son los libros publicados sobre temas económicos, incluso el texto *Apuntes de Economía Política* y el alegato *Teoría de la Inflación, el Interés y los Salarios*, con la exposición de una teoría interpretativa de la causa del movimiento de los precios distinta a la tradicional.

Y aquí permanezco en la tarea con la Revista *Desarrollo Indoamericano*, órgano de expresión del pensamiento económico original latinoamericano, y con mi legendaria y minúscula maquineta, tecleando artículos semanales, buena parte de ellos dedicados a comentarios de los hechos económicos.

Universidades

Revistas y libros

Una doble complacencia me prodiga el ilustre y veterano escritor y catedrático, maestro Aquiles Escalante.

Esta mañana lluviosa me entrega la Revista *Educación y Humanismo*, órgano oficial de la Facultad de Educación de la Universidad Simón Bolívar, de la cual es él el Decano, y los originales del libro *Los Mocaná*, para una edición enriquecida con nuevos capítulos.

Y nada más satisfactorio que comentar este acontecimiento. Porque, como bien lo expresa el conocido antropólogo, tanto la Universidad Simón Bolívar, como todas las casas de estudios superiores y la ciudad de Barranquilla son, en los actuales momentos, muestrarios elocuentes de actividades culturales.

Acertados estos conceptos del profesor Escalante.

Porque todos los días Barranquilla recibe con los brazos abiertos el aporte de sus intelectuales, y las salas de las universidades y organismos oficiales y privados promovedores de la cultura se repletan de asistentes complacidos.

Nunca como ahora la actividad cultural se expresa con tanta fecundidad. El intelectual argentino, presidente de la Unidad Latinoamericana, y ahora conferencista invitado de la Simón Bolívar, doctor Jorge Julio Greco, hacía saber que apreciaba en Barranquilla más actividad cultural que en Buenos Aires. Y agregaba: Le concedo razón al doctor Escalante en su acertada admiración por lo que acontece en esta ciudad alegre, tropical y sitio de fomento del quehacer cerebral.

Con la aparición del número diez de *Educación y Humanismo*, en cuyas páginas se recoge el aporte de los educadores colombianos, la Universidad Simón Bolívar aprovechó el festejo de la reinauguración del Museo Bibliográfico Bolivariano, para obsequiar a los concurrentes las recientes ediciones de otras revistas.

En la noche del primero de diciembre, con cielo azul, y media luna en compañía del planeta Marte, el señor Rector Ejecutivo, doctor José Consuegra Bolívar, presentó a los concurrentes, entre ellos rectores de Venezue-

la, Ecuador y otras ciudades colombianas, escritores, periodistas y catedráticos, las distintas publicaciones.

En el caso de las revistas, como decía el gerente de la Editorial Mejoras, donde se imprimen, aún estaban calientes las páginas porque acababan de salir del taller.

Todos los contertulios recibieron a *Investigación Bolivariana*, la revista del Instituto de Investigaciones; *Salud en Movimiento*, de la Facultad de Fisioterapia, con portada ilustrada por Ignacio Consuegra Bolívar; el número seis de *Psicogente*, de la Facultad de Psicología, embellecida con pinturas de Édinson Roa; *Ciencias Básicas Bolivarianas*, órgano de la Facultad del mismo nombre; *Perfiles Económicos*, el nuevo órgano oficial de la Facultad de Ciencias Económicas; *Justicia*, órgano de divulgación de la Facultad de Ciencias Jurídicas, con expresiva ilustración en su portada de Héctor Balmaceda; *Perspectiva Social*, la revista de la Facultad de Trabajo Social, con su lema ejemplar de Andrés Bello: América Latina solo tiene un camino: su propio camino; *Encuentro Bolivariano*, del Instituto de Posgrado; *Gestión Bolivariana*, de la Facultad de Administración de Empresas; *Desarrollo Indoamericano*, con sus doce mil ejemplares, su edición ciento diez y un libro de suplemento.

Y como complemento afortunado, también el señor

Rector presentó los catorce tomos de la historia gráfica comentada de los hechos culturales de la Universidad Simón Bolívar y de Barranquilla en veintisiete años, obra de doña Anita Bolívar de Consuegra.

Termino con el registro de las revistas de la Universidad Simón Bolívar que regocijan al profesor Escalante, para referirme a su libro *Los Mocaná*, pero ya el espacio se llenó. Lo haremos en la próxima columna.

Sin embargo, antes de concluir es necesario y justo, como se acostumbra a decir en el lenguaje de la oración divina, reconocer también la abundante cosecha de todas las casas de estudios superiores, con revistas especializadas y de material de cultura general, que sirven de orgullo a Barranquilla en su esplendor editorial y libresco.

El Museo Bibliográfico Bolivariano

Con regocijo entrego a Barranquilla el Museo Bibliográfico Bolivariano. Es único en el mundo, al decir de directores de Sociedades Bolivarianas de Venezuela. Ya cuenta con tres mil libros y cada nuevo día por venir aumentará su acervo, porque, como hasta ahora, seguiremos, con el mismo entusiasmo, adquiriendo los estudios que se escriban sobre Simón Bolívar y otros libertadores de las patrias latinoamericanas.

El Museo se inició hace diez años en una casa vecina a La Perla, con el aporte de mi biblioteca particular. Ahora, ese conjunto de antiguas residencias de esa cuadra en el fastuoso barrio El Prado de la pujante Barranquilla del ayer, forman parte de la Casa de la Cultura.

La Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar ofrece a los visitantes y usuarios la Biblioteca de Humanidades, con joyas de la literatura y la historia, y

una colección selecta de ediciones de *Don Quijote de la Mancha*, desde la primera y las veinte que le siguieron hasta una reciente de lujo, ilustrada con dibujos de Doré. También, todas las ediciones del *Diccionario de la Real Academia de la Lengua Española*. Y más o menos quinientos incunables, ediciones príncipe de libros publicados hace cinco y cuatro siglos.

En el campo de los Museos, además del Bibliográfico Simón Bolívar, en la Casa de la Cultura está el Museo del Periodismo, con muestras de los periódicos y revistas que desde hace doscientos años se han impreso en la Costa. Y en las vitrinas de sus paredes se exhiben los libros escritos por los habitantes de los nueve departamentos de la región Caribe colombiana.

En mis muchos viajes a las naciones de América Latina, a Europa, países árabes, la Unión Soviética y Japón, aprovechaba la oportunidad para adquirir o recibir en obsequio los libros sobre Bolívar de los autores de esos países. A la Unión Soviética cada dos años me invitaban a dictar conferencias y a participar en los encuentros de las Sociedades Protectoras de los Recursos Naturales, en la ciudad de Najodka. De regreso aceptaba invitaciones de los delegados de Italia, Alemania, Portugal, Líbano, Irán, etc. A través del canje de libros publicados o patrocinados por la Universidad y de sus revistas (entre ellas *Desarrollo Indoamericano* que incluye un libro como

suplemento en cada entrega) con las universidades de Colombia y América Latina, se han recibido obras sobre los libertadores.

Y ahí están en el Museo distintas salas con el aporte del mundo. Venezuela cuenta con tres, de todo lo publicado en el hermano país. Son centenares de libros obsequiados por las Sociedades Bolivarianas, las Academias de Historia, las universidades y los propios autores.

La Sala Santander ofrece los hermosos libros que recogen la correspondencia de los héroes, publicados por las Academias Colombianas y las Sociedades Bolivarianas.

De la misma manera se le rinde homenaje a los libertadores de países hermanos con las Salas José de San Martín, Bernardo O'Higgins, Antonio José de Sucre y Rafael Urdaneta.

Está también la sala de los autores de los países bolivarianos: Estados Unidos, Cuba, Argentina, Chile, Rusia, Francia, etc. Y los desafectos a El Libertador, con Carlos Marx y José Rafael Sañudo a la cabeza, están ahí en su vitrina especial.

Cuando ya estaba casi todo listo para el festejo inaugural, el señor Rector, doctor José Consuegra Bolívar,

le anuncia a doña Anita que regresa de Bogotá con las maletas repletas de un tesoro. Son decenas de libros sobre El Libertador editados en los tiempos de su gobierno y años posteriores. Este obsequio de los dioses perteneció a algún patriota intelectual del pasado y se ofrecía en venta en la Librería Lerner.

La artística dotación de las instalaciones del Museo estuvo dirigida por el arquitecto y acuarelista Ignacio Consuegra Bolívar, quien contó con la entusiasta colaboración de expertos y artesanos. El pintor Gustavo Anaya obsequió el mural de Bolívar en Sabanilla. Y el rector Tomás Wilches trajo desde Cúcuta la estatua de bronce.

Para el acontecimiento del primero de diciembre ya han anunciado su presencia miembros de las Sociedades Bolivarianas y Academias de Venezuela, Panamá, Ecuador, Perú, Bolivia, Argentina y rectores bolivarianos de Bogotá, Pasto, Cali, Cúcuta, Cartagena, Santa Marta, Riohacha, Valledupar, Medellín, Pereira, Manizales, Armenia, Sincelejo y Montería.

Y llegan cartas de amigos intelectuales. El gran Otto Morales Benítez escribe: Llevaré conmigo libros para el Museo. Lo mismo hace saber, en estimulante mensaje, el escritor y periodista Jorge Emilio Sierra Montoya.

América Latina

Sobre Pinochet y Allende

En Europa han condenado a Augusto Pinochet por su dictadura y sus crímenes políticos. En la historia política de América Latina siempre se le recordará como el personaje que frustró los idearios y realizaciones de un socialismo auténtico, fundamentado en nuestra realidad, y distintos al modelo imperante en la Unión Soviética.

Las informaciones sobre el juicio adelantado en Inglaterra y las solicitudes de los tribunales españoles, me obligan a recordar los días felices que compartí con los intelectuales chilenos amigos del socialismo democrático.

En mi libro *Las Sorpresas del Tiempo*, cuya primera edición circuló hace diez años, expresé mis impresiones sobre aquellos momentos de expectativas y esperanzas. Entonces escribí:

“Varias veces fui a Chile en el gobierno de Salvador Allende, unas como miembro del Consejo Mundial de la Paz y de la Unidad Latinoamericana, y otras por mi cuenta. Estas últimas en compañía de doña Anita. No he vuelto allá después del magnicidio y por eso no me atrevo a comparar. Pero nunca olvido el contento de las caras juveniles, la complacencia de los intelectuales y la solidaridad proletaria con el nuevo régimen. Parecía como si estos grupos representativos de la sociedad gozaran en plenitud el acontecimiento que admiraba el mundo. Chile era el primer país de América donde el socialismo llegaba al mando del gobierno por la vía de las urnas electorales. No había nada que se pareciera a dictadura. Existía plena democracia y confianza. Mucho se hablaba entonces del ejército profesional, respetuoso de la vida civil. Pocos sospechaban de la existencia de un Pinochet. Cada uno expresaba libremente su pensamiento.

A pesar de que casi todas las conversaciones giraban alrededor de la política, un día nos fuimos para la casa del sabio Alejandro Lipchutz, en el barrio Ñuñoa, en Santiago. Allí estaba él y su señora, ambos de noventa años, pero lúcidos y vitales en compañía de Delia del Carril, la Hormigueta, como la llamaba Pablo Neruda cuando eran esposos, por su incansable capacidad de trabajo. Entonces hicimos del encuentro una especie

de tertulia al estilo de las épocas románticas de versos recitados, tazas de chocolate y galletitas dulces. La Hormiguita habló de sus pinturas recientes, para iniciar de inmediato la lectura de poemas. Meses antes yo le había mandado al profesor Lipchutz varios libros de autores colombianos, entre ellos los editados por la Universidad del Atlántico, cuando era su Rector. La Hormiguita tenía entre sus manos los de Meira Delmar, la poetisa barranquillera de exquisito lirismo, y como para halagarme, comenzó a leer versos de *Sitios de Amor*, *Secreta Isla*, *Alba del Olvido* y *Verdad del Sueño*. Pasaba de una página a otra, ya doblada, que tal vez señalaban su preferencia, y leía.

Como el Hotel Carrera, donde nos hospedamos por obra y gracia del control de precios, quedaba diagonal al Palacio Presidencial, en ciertas ocasiones recibía el saludo, desde lejos, que el Presidente Allende mandaba a los transeúntes cuando entraba o salía de la Casa de la Moneda. Él había recibido en su despacho a la Comisión del Consejo Mundial de la Paz, y en esa ocasión por unos minutos conversamos a solas. Se mostraba pleno de contento y de convicciones, tal como lo expresó en su discurso ante la UNCTAD. Así lo comenté después en la introducción que le hice cuando fue publicado en *Desarrollo Indoamericano*. Porque no se trató de un discurso de protocolo, sino de una auténtica pieza de profundo

contenido doctrinario, de análisis de los problemas de los países subdesarrollados, y de un llamado a sus pueblos para que tomaran conciencia de unión y solidaridad en la defensa de sus derechos.

Con la claridad y el valor de que dio muestra hasta el día de su muerte, en su discurso, preguntaba a los asistentes a la Tercera Reunión sobre Comercio Internacional de los Países del Tercer Mundo, si ante las características de dependencia podría aspirarse a mejores destinos, para recordar, con énfasis, que la solución dependía en primera instancia de la responsabilidad que asumiera cada pueblo en la superación de los obstáculos estructurales que los mantenían en el atraso. Y se reafirmó en los principios a favor de la recuperación de las riquezas básicas, la búsqueda de equidad en el comercio con los países desarrollados, las reformas monetarias y denunció las presiones de los poderosos para impedir a los otros países el ejercicio del derecho de disponer libremente de sus recursos. El ser humano, dijo, debe ser sujeto y fin de toda política de desarrollo y de toda deseable colaboración internacional. Corresponde a nosotros los pueblos postergados, agregó, luchar sin desmayo por transformar esa vieja estructura económica anti-igualitaria, deshumanizada, por una nueva, no solo más justa para todos, sino capaz de compensar los efectos de la explotación secular de

que hemos sido objeto. "En Chile queremos echar las bases de una sociedad que ofrezca a sus hijos igualdad social, bienestar, libertad y dignidad. Consecuentes con lo que a nuestra historia y tradición respecta, estamos realizando esa transformación revolucionaria, profundizando el régimen democrático, respetando el pluralismo de nuestra organización política dentro del orden legal y con los instrumentos jurídicos que el país se ha dado, no solo manteniendo sino ampliando las libertades cívicas y sociales, individuales y colectivas. En esta nación no hay un solo preso político, ni la menor limitación a la expresión oral o escrita. Todos los cultos y creencias son practicados en la más irrestricta libertad y ante el mayor respeto. Contamos con un régimen multipartidista, un avanzado Estado de Derecho y un sistema judicial absolutamente independiente de los otros poderes del Estado; la oposición es mayoría en el Parlamento".

¿Cómo nos irá en el próximo siglo?

¿Qué será de nuestra América Latina en el siglo XXI? Esta pregunta se la ha hecho la Revista *Desarrollo Indoamericano* a sobresalientes personalidades de la vida intelectual y académica. Ya falta poco para que termine la presente centuria y se inicie otra. Y el porvenir de nuestros pueblos es motivo de inquietadora expectativa por parte de economistas, políticos, escritores, historiadores, poetas.

Las respuestas recibidas hasta el momento pueden clasificarse entre optimistas y pesimistas. Sin embargo existe un consenso en lo que se refiere al compromiso de los distintos países de la comunidad latinoamericana: Lo que pueda lograrse dependerá de nuestra propia voluntad, de los esfuerzos que se realicen, de las estrategias defensivas que se adopten, y sobre todo, de la actuación solidaria. A la integración le corresponde el papel principal, tal como lo idearon en el pasado los Libertadores.

Los juicios de los interrogados se resumen así: Para el maestro Alonso Aguilar Monteverde, ex Director del Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México, el futuro dependerá de lo que hagamos en la lucha social y política. Por ejemplo, con una estrategia alternativa de la globalización y el libre mercado.

La respuesta del doctor Aguilar Monteverde es un ensayo magistral, que analiza, con la autoridad que le corresponde, como primerísima figura del pensamiento económico latinoamericano, los fenómenos propios del mundo subdesarrollado. El argumento positivo al reto del futuro, dilucida, es la integración regional en todos sus almacenes: económicos, culturales, políticos, tecnológicos, sociales. En estos idearios y posibilidades se cuentan una misma historia y con raíces comunes.

El peruano, doctor Virgilio Roel, profesor emérito de la Universidad Mayor de San Marcos, hace saber que todo lo posible está condicionado al entendimiento integracionista y defensivo. Y el científico social D. F. Maza Zavala, actual Director del Banco Central de Venezuela y ex Presidente de la Academia de Ciencias Económicas, afirma que la globalización ha acentuado la vulnerabilidad externa e interna. Supone que en el 2020 la América Latina esté en un nivel medio de

desarrollo. Para esos logros las estrategias defensivas deben valerse de conductas como un sistema monetario único regional y de una organización de corporaciones con capacidad de producir e intercambiar tecnologías y bienes de capital y consumo.

El economista mexicano, profesor emérito de la Universidad Nacional Autónoma, doctor Angel Bassols Batalla, recomienda que primero, y ante todo, hay que indagar y tener presente, de dónde venimos y dónde estamos. Porque no puede olvidarse que la etapa colonial originó el subdesarrollo, afianzado después en el dominio imperialista. Solo el cambio de esas órdenes heredadas en un nuevo derrotero de justicia social e igualdad, podrá conducir a una situación distinta.

Víctor René Marroquín, catedrático de la Universidad de El Salvador, es enfático al opinar que la crisis del capitalismo subdesarrollado se mostrará con mayor rigor en el próximo siglo. Tampoco puede esperarse mucho, agrega, de los procesos integradores defensivos porque ellos serán anulados por los modelos impuestos por los dominantes.

pueblos. E invita a luchar por alcanzar un verdadero humanismo como lo sueña la utopía socialista. En cuanto a su México, reconoce que todo cambio positivo exige alianzas de las fuerzas progresistas: trabajadores, artistas, educadores, intelectuales y burguesía progresista.

Entre los nuestros, el ex Ministro Gabriel Betancur Mejía recomienda recoger el legado de los Libertadores. Ellos actuaron unidos y vencieron. Por eso, el retorno a los idearios integracionistas es el camino. Las riquezas naturales y las posibilidades presentes pueden convertirnos en el cuarto bloque mundial. Siempre y cuando se den acuerdos de unidad y el compromiso de formular una política fruto de nuestro pensar.

Y el doctor Juan Pablo Llinás, Presidente de la Academia de Historia de Barranquilla, con euforia y optimismo, alega que en 2175 seremos en el mundo quince mil millones de seres humanos con ingresos per cápita de veinte mil dólares.

Apolinar Díaz Callejas, veterano servidor político (ex Senador, ex Gobernador, ex Ministro), es pesimista. Se fundamenta en la realidad presente para ojear un porvenir con más subordinación y diferencia económica con los países dominadores. No obstante, podría haber un camino en la lucha por una utopía humanista.

Carlos Arboleda, escritor que tiene bajo su respon-

sabilidad la orientación de la cultura en la ciudad de Manizales, recuerda que los grandes personajes de la historia universal han anhelado o propiciado la unidad de los pueblos y de sus culturas. Pero la ambición, el egoísmo y el afán del dinero aplastan sueños. Entre nosotros, por ejemplo, los ideales de Bolívar siguen esperando.

El doctor Eduardo Arias Osorio, Director Ejecutivo de la Asociación Colombiana de Instituciones Universitarias no Oficiales, con óptica realista declara que muy poco progreso puede esperarse en la América Latina si no se adelantan las reformas estructurales y sociales que rompan los obstáculos actuales.

El Presidente de la Sociedad Geográfica de Colombia, doctor Alberto Mendoza Morales, presagia tres bloques neoeconómicos latinoamericanos. En el siglo XXI nuestros países volverán a ser refugio de inmigrantes europeos y asiáticos. Porque entonces acá todo será distinto, con esplendor y beneficio en las distintas naciones.

Juan Francisco Lascarro, Presidente de la Sociedad Bolivariana del Atlántico, memora el pensamiento del Libertador, y considera que será la guía para una integración libre de intereses personales y egoísmos partidistas, en la búsqueda de un continente feliz.

Maestro de la libertad argentina

Nadie más orgullosos de sentirse latinoamericanos que los argentinos del ayer, encabezados por sus libertadores máximos, José de San Martín y Manuel Belgrano.

En el Museo Bibliográfico Simón Bolívar de la Universidad Simón Bolívar de la ciudad de Barranquilla, Colombia, hay un salón que lleva el nombre de José de San Martín. Allí, al lado de los libros escritos sobre él, están, en las blancas paredes, frases que recogen su sentir. En ellas puede leerse:

Las naciones americanas (latinoamericanas) deben unirse si quieren ser respetadas.

No hay respeto humano que deba guardarse cuando se trata a la seguridad y de la libertad latinoamericana. Ante la causa de la América Latina está mi honor. Yo no tengo patria sin él. Y no puedo sacrificar un don tan precioso por todo lo que existe en la tierra.

Por eso la misión libertadora de José de San Martín traspasó las fronteras de su amada patria. Para él, dice su biógrafo Enrique Mario Mayochi, nada hubo superior a la independencia de América Latina, argentinidad y americanismo, opina José Pacífico Otero, son los dos términos de un binomio dinámico que se conjugaba armoniosa y solidariamente en su corazón.

Para San Martín el Nuevo Mundo era la patria común. En todas las cartas enviadas a sus amigos y en las proclamas lo hacía saber. A Ramón Castilla le expresa: "Consecuente con este justísimo principio (que los nuevos Estados americanos se hermanasen), mi primer paso era hacer su independencia y crearles una fuerza militar propia que la asegurase".

En su definido propósito de entregarse exclusivamente a la causa de la Independencia, San Martín esquivó el quehacer político partidista que en los primeros años enardeció ánimos entre sus paisanos. En 1845 le dice a su amigo Tomás Guido: "Usted sabe que yo no pertenezco a ningún partido; me equivoco, yo soy del partido Americano".

En la Argentina, o desde Chile y Perú, San Martín reclama la unidad del Nuevo Mundo. En Lima, el 19 de enero de 1822, antes del encuentro en Guayaquil

con El Libertador Simón Bolívar, expresó: "Yo no tengo libertad sino para elegir los medios de contribuir a la perfección de esta gran obra, porque tiempo ha no me pertenezco a mí mismo, sino a la causa del continente americano".

Otro gran latinoamericanista argentino es el Precursor Manuel Belgrano. Antonio Cacia Prada, el prolífico escritor colombiano, se ha encargado de escribir magníficas biografías de los héroes del hermano país. El año pasado la Universidad Simón Bolívar patrocinó su libro *El general San Martín, Libertador del Sur*, en pulcra edición de Plaza & Janés.

Ahora el amigo y consagrado escritor, directivo de la Academia Colombiana de Historia, me ofrece la grata sorpresa de su estudio sobre Manuel Belgrano.

Y qué interesante, el doctor Antonio Cacia Prada, en la primera página, nos hace saber que desde su niñez inició, a través de la lectura de Billiken, la admiración por los libertadores argentinos. Este dato es muy significativo para mí. Porque, también, era lector de la revista argentina que tantas satisfacciones prodigaba a la juventud en los años cuarenta, tiempos de los estudios de bachillerato.

En *El general Manuel Belgrano, maestro de la libertad argentina*, Cacia Prada es meticuloso y detallista. No pierde ningún acontecimiento en la prodigiosa existencia del eximio pionero de acontecimientos memorables. La pesquisa la inicia desde la infancia. Entonces, a todo el Virreinato, solo lo habitaban cuatrocientas mil personas europeas o de origen europeo, sin incluir los indígenas. A Buenos Aires le correspondían setenta mil. Y el 3 de junio de 1770 nace Manuel Belgrano.

Desde edad muy temprana Belgrano inicia su educación. Terminados sus estudios secundarios viaja a España a seguir la carrera de abogado. Y en febrero de 1789 le entregan su diploma de Bachiller en Leyes.

Como hecho curioso en una época de oscuridad religiosa, limitación en el conocimiento y en la investigación científica, con riqueza de dogmas que sometían el libre albedrío, el joven intelectual, en ansias de saber, suplica permiso al papa Pío VI, para leer y retener libros prohibidos por la Iglesia.

Cuatro años más tarde, Belgrano obtiene el título de abogado en la Universidad de Valladolid. Al lado del derecho, Belgrano se esmera en el estudio de la Economía Política y la Hacienda Pública. Precisamente, el cultivo de estas disciplinas lo introduce en los campos

de las inquietudes políticas y económicas que se ventilaban entonces. Digamos por caso, de los puntos de vista pregonados por la escuela fisiocrática francesa, con sus recomendaciones a favor de la agricultura, como base fundamental de una economía nacional, y de la libertad de comercio.

Lo curioso del asunto, que es conducta expresiva para valorar el patriotismo y la sensibilidad social de Belgrano, es que él era hijo de un comerciante que gozaba de los privilegios del comercio monopolista practicados en el Virreinato, para bien y fortuna exclusiva de sus usufructuarios.

La estadía de Belgrano en Europa fue muy provechosa en los albores liberadores. Entonces se dieron los sucesos de la Revolución Francesa y el eco de sus mensajes de libertad, igualdad, seguridad, tan distintos al actuar de los tiranos que solo conocía.

De regreso a la Argentina se vincula al Tribunal del Comercio y se inicia también de lleno en el periodismo. Con la nueva formación ideológica sopesa la injusticia de la organización comercial, en manos de monopolistas, sin nociones de servicio y solamente interesados en la acumulación de riquezas.

Todas sus observaciones las recoge, como testimonio

histórico, en sus *Memorias* y escritos autobiográficos. En ellas se revela el ciudadano íntegro, que deja constancia de errores y aciertos, limitaciones y grandezas. Nada oculta, allí está el libro abierto de su vida, su pensar y sus actos.

Manuel Belgrano es el fecundo precursor. Propende por la libertad y la independencia, la educación primaria gratuita, la actividad económica propia, el libre comercio interno, la defensa de los recursos naturales, la ecología en general, las escuelas de dibujos (pintura), etc.

En los momentos de las decisiones contundentes Manuel Belgrano supo responder ejemplarmente. Su juramento a la Patria en la decisión de arrojar por la ventana al virrey si a las tres de la tarde no renunciaba del cargo, sirvió de estímulo a sus compañeros de insurgencia el día de la histórica determinación.

Desprendido como nadie, en la inauguración de la biblioteca pública de Buenos Aires obsequia todos sus libros. Y los sueldos y prebendas que recibió en su carrera militar, los entregaba al Estado para que fuesen utilizados en la construcción y mantenimientos de bibliotecas en lugares donde se careciera de ellas.

Como periodista, Belgrano defiende la libertad de prensa. Oprimirla, opinaba, sería tanto como atar el en-

tendimiento las manos, o los pies de los ciudadanos.

En la actividad militar, Manuel Belgrano sabe de gozos y victorias, y también de humillaciones y derrotas. Disfruta los instantes en que empuña en sus manos el asta de la bandera azul y blanca, originada por él, y aceptada después oficialmente como símbolo unificador de las provincias del Río de la Plata.

Como latinoamericanista, Manuel Belgrano lucha, al frente de su ejército, por la libertad del Paraguay, Chile, Uruguay y Perú. Es respetuoso de las costumbres y de la cultura de los pueblos hermanos. A sus soldados les exige respeto y amistad, hasta el extremo que decreta la pena de muerte a quien se burle de los nativos o robe algo, aunque sea un huevo.

Al culminar su hermosa biografía, el acucioso historiador se entristece. Antonio Cacia Prada menciona el final de muchos de los héroes americanos. Bolívar, Sucre, San Martín, Belgrano, y tantos otros, fueron víctimas del abandono, la malquerencia o la ingratitud de los suyos. Tal vez los dichosos fueron los que cayeron en el campo de batalla.

La agonía de Belgrano se extiende por meses. Apenas un puñado de familiares y amigos lo socorren. Yo he

seguido la postrimería de su existencia, escribe Cacua Prada, con doloroso silencio. Y comenta apenado: "La ciudad que fue su cuna no se percató del fallecimiento del más puro de los hombres de Mayo. A las siete de la mañana del martes 20 de junio de 1820, expiró en la casa donde cincuenta años y 17 días atrás, había nacido el precursor y libertador que resumió su grandiosa existencia en frase inmortal: La vida es nada si la libertad se pierde".

En afortunada muestra del estilo pedagógico, el doctor Antonio Cacua Prada, complementa el estudio sobre Manuel Belgrano con un resumen, año por año, de los hechos significativos de su ejemplar existir. Es un complemento de buen provecho para el lector.

Nuestras congratulaciones al distinguido educador, historiador y académico el doctor Antonio Cacua Prada por este bello libro: *El general Manuel Belgrano, maestro de la libertad argentina*.

Estos comentarios a la obra del historiador y académico Antonio Cacua Prada, los inicié con un par de páginas de sabor humorístico acerca de la personalidad de algunos argentinos del presente. Lo curioso del asun-

to es que el propio Manuel Belgrano, en su tiempo, hacía observaciones semejantes a sus paisanos. Así, en carta al Gobierno desde Humahuaca, al tener noticia de la designación de San Martín en el cargo que él desempeñaba, expresaba: "Todavía quisiera más, y hablo con la franqueza que acostumbro, que V. E. le diese el mando en jefe, quedando yo en el ejército con mi regimiento, o de soldado. Por dos razones deseo esto: la primera porque es regular que tenga más conocimientos militares que yo habiendo sido su carrera, y no la mía. La segunda para dar un ejemplo a mis paisanos, pues son orgullosos, y creen que no hay quien sepa más que ellos".

Academia

Volver a Venezuela

Parece como si todo el encanto que ofrece la existencia se hubiese dado cita en Venezuela en la reciente visita.

Sus ciudades, como nunca, adornadas con las flores blancas y rosadas de sus jardines, y sus habitantes, con la sonrisa que invita al diálogo amistoso. Y como si todo eso fuese poco, la acogida generosa, con homenajes que obligan a la gratitud eterna y estimulan el ánimo para seguir cumpliendo el compromiso en la labor educativa y el trabajo intelectual.

Primero fue Barquisimeto. Allí, en la Universidad de Yacambú, compartimos momentos felices con rectores de América Latina en el Primer Congreso Internacional "Bolívar Universitario". Bajo la dinámica y autorizada dirección del doctor Juan Pedro Pereira Meléndez, su Rector, y de la doctora Gadra Sánchez de Pérez,

Vicerrectora, directivos, profesores, estudiantes e invitados especiales, escucharon la palabra autorizada de conferencistas, todos ellos autores de libros sobre el pensamiento de El Libertador.

También en la Universidad Centro Occidental Lisandro Alvarado, con sede en Barquisimeto, el señor Rector José E. Bathelmy agasajó a las distintas delegaciones y obsequió vinos y mieles producidas en la facultad de Agronomía.

Caracas fue de máxima sorpresa. Por solicitud de las academias de Ciencias Económicas, Historia, Ciencias Políticas y la Universidad Central de Venezuela, el Gobierno Nacional me concedió la Orden del Libertador en Primera Clase.

Como el señor Presidente de la República Bolivariana se encontraba en Cuba en la Reunión de Mandatarios Latinoamericanos, el acto fue presidido por el señor Ministro de Relaciones Interiores, encargado de la Presidencia, doctor Ignacio Arcaya.

Académicos y Rectores Universitarios estaban acompañándome. Doña Anita y yo disfrutamos la honrosa presencia de los gratos amigos, maestros Tomás Enrique Carrillo Batalla, Trino Alcides Díaz, Armando Córdoba,

Pola Ortiz, Gastón Parra, Armando Alarcón Fernández, D. F. Maza Zavala, Rafael J. Crazut, Luis Enrique Oberto G., y del señor Ministro de Educación y Cultura, doctor Héctor Navarro.

Con los miembros de las Academias y de la Universidad Central hubo tertulias provechosas, y obsequios de libros para el Museo Bibliográfico Bolivariano, de nuestra Universidad Simón Bolívar, recordado con admiración en la hermana República.

En Maracaibo, el doctor Neuro Villalobos Rincón, Rector de la Universidad del Zulia, y el escritor Tito Balza Santanella como siempre, ofrecieron amabilidad por montones. Con ellos volvimos a admirar la obra del pintor Gabriel Bracho y las graciosas calles, conservadas con esmero, de Altagracia.

La República Bolivariana de Venezuela bulle de entusiasmo en el campo político. La televisión, la radio y los periódicos dedican la mayor parte de sus informaciones a los debates y realizaciones de la Asamblea Nacional Constituyente. La opinión está representada por las fuerzas populares y la clase media, por un lado, y las agremiaciones económicas de industriales, comerciantes, terratenientes y ganaderos, por el otro.

El pueblo quiere y espera cambios en el manejo del

país que permita superar errores del pasado. Hasta ahora las estrategias pregonadas en el ayer por los partidos que surgieron después de las dictaduras, como el caso de la "siembra del petróleo", no se cumplieron. Por el contrario, el derroche de divisas fue máximo, y los fenómenos estructurales propios del subdesarrollo y la dependencia económica y cultural se agudizaron.

En Caracas nos hospedamos en el hotel donde se alojaban los constituyentes de otras ciudades. Y fue agradable encontrar entre ellos a catedráticos, escritores y académicos que forman parte de las nuevas fuerzas políticas que se han sumado a los movimientos deseosos de caminos distintos en la búsqueda de democracia económica y justicia social.

Sobre los usos del Idioma

Los actos culturales y académicos adelantados en la Universidad Simón Bolívar la semana que acaba de pasar, no me permitieron sentarme en mi modesta máquina portátil "Sankey", a escribir la columna acostumbrada.

Para salir del apuro y cumplir con mis generosos lectores, acudo al archivo y encuentro estas notas que nunca fueron publicadas en *El Heraldó*. Escritas hace quince años, que así decían:

Hay dos hechos en mi vida que me han creado un complejo ante el idioma: alguna vez, Darío Samper, el gran poeta que se nos fue sin despedirse, escribió una nota sobre un libro mío y dijo que apenas había encontrado tres errores de redacción. Uno de esos errores fue materia para que el filólogo José Montes del Instituto Caro y Cuervo, publicara un folleto sobre el mal uso

del término políticas. Y lo horrendo del asunto es que mi buen amigo, al explicar la falla de pluralizar lo impluralizable, lo atribuía a la nefasta influencia entre nosotros del inglés. Porque yo ni hablo ni escribo el inglés y, para colmo, me he pasado el tiempo pregonando idearios en contra de la dependencia cultural.

Dice el doctor Montes en el capítulo segundo de su estudio, que titula las "políticas" y el "desarrollismo", lo siguiente: "Una ligera observación de los textos en que aparece el plural políticas hace ver que en ellos solo comienzan a surgir a partir de 1960. El primero es el de Consuegra en *Apuntes de Economía Política*, obra publicada en 1963; aunque, dadas las limitaciones de mi análisis en cuanto a textos examinados, no puedo asegurar que este sea el primer ejemplo del uso de políticas en Colombia, sí puedo asegurar que tal plural no se encuentra en ninguna de las obras de autores del siglo pasado que examiné (Arboleda, Camacho Roldán, Ospina Rodríguez, Samper) ni tampoco en la obra de Nieto Arteta, cuya primera edición se publicó en 1942 y que, como puede verse en los textos (II, 9-13), utilizó ampliamente política como línea de conducta político-administrativa. El plural políticas tampoco aparece en A. Gómez H., *Diccionario Político* ni en *Antología del Pensamiento Político Colombiano*, 2 tomos.

"Es pues evidente que el comienzo del uso de políti-

cas (en plural) coincide exactamente con los años iniciales de la Alianza para el Progreso (la Carta constitutiva de tal alianza se firmó el 17 de agosto de 1961 en Punta del Este) y el movimiento “desarrollista” que la acompañó (recuérdese que la década de 1960 a 1970 se bautizó como la década del desarrollo). Tales procesos políticos (Alianza y Desarrollismo) conllevaron un brusco y desproporcionado aumento del influjo norteamericano en la América Española, de manera particular, por supuesto, en lo tocante a la política económica, su planeación y sus objetivos: y es este sector (la política económica) en el que, como puede verse en los textos citados, se encuentra con mayor frecuencia el uso de políticas. Por consiguiente si en la proliferación de política como denominación general de línea de conducta o proceder que se sigue en cualquier actividad que ejecute, dirija u oriente el Estado (o una corporación privada) no puede afirmarse el influjo del inglés de manera tajante, en el uso del plural políticas no parece haber duda razonable de que es imitación del inglés *policies*.

“En el caso de políticas estamos, pues, ante un ejemplo evidente y protuberante de calco morfosintáctico que si como es de suponer, no está aislado sino que se acompaña de otros similares, habrá de tener inevitables repercusiones en la estructura de la lengua española, pues en inglés el plural *policies* corresponde a una carac-

terística estructural o de forma interior en que varios autores se han fijado: la preferencia por lo individual, lo concreto, lo plural individualizador frente a lo colectivo o abstracto de otros idiomas. Se impone por lo tanto al español una forma propia de la "filosofía" o "cosmovisión" peculiar de la lengua inglesa y, naturalmente, extraña al español hasta el presente...".

Recuerdo que ante tal regaño, tan humillante cuanto aparezco en las pantallas de los consulados norteamericanos, dado mi radicalismo bolivariano y anti-imperialista, con el calificativo de *red-man* —y por eso se me ha negado la visa para hacer un simple transbordo en sus aeropuertos en mis viajes a Europa—, solo pude, a manera de excusa, responderle al doctor Montes: Para el caso de las menciones en la definición que yo uso para referirme a las políticas, o conductas que se siguen en busca de unos objetivos económicos o sociales, debo aclarar que ellas responden al deseo de distinguir estrategias en el conjunto de gestiones administrativas o de supuestos teóricos. Marx decía que toda ciencia necesita de terminología y de cierto lenguaje propio. Podría agregar que soy ignorante del idioma inglés, que en mis libros y estudios he rechazado las tesis desarrollistas, y que milito en el bando de la búsqueda de la independencia cultural y económica. Sin embargo, las críticas del profesor Montes sirven para comprender

cuán sutil es la penetración extranjera y la dependencia en general. Porque a través de sus observaciones se comprueba cómo hasta los que pretendemos de rabiosos exegetas de la autenticidad, somos víctimas de fenómenos propios de las relaciones sociales imperantes.

Desde entonces pongo mucho cuidado en cada palabra, y como escudo protector siempre estoy rodeado de varios diccionarios. Nunca recuerdo una sola regla de sintaxis u ortografía, y apenas sí la práctica acolita mis esfuerzos. Es verdad que acato lo dispuesto por "la que limpia, fija y da esplendor", pero no dejo de observar que en algunas acepciones de su *Diccionario* el dogmatismo está más cerca que el concepto científico. Hasta podría decir que encuentro un poco de abuso en este campo, especialmente cuando se trata de conceptos y acepciones religiosas y políticas.

Universidades, libros y revistas

Hace cincuenta años Barranquilla no contaba con universidades. Ahora, al terminar el siglo, se distingue como uno de los centros urbanos con máximo esplendor en la educación intermedia y superior. Colegios de bachillerato, institutos de enseñanza técnica y universidades ofrecen a la juventud la oportunidad de adquirir los conocimientos necesarios para una respuesta positiva a las exigencias de la comunidad.

A los intelectuales y académicos que llegan de otras partes tengo el cuidado de mostrarles bibliotecas, museos e instalaciones universitarias. Da gusto, por ejemplo, recorrer la vía a Puerto Colombia donde se han localizado colegios y universidades para conformar un bello conjunto. Otras permanecen en el perímetro urbano en edificaciones adecuadas para el mejor desempeño de sus funciones.

Y hay algo muy significativo que muestran con or-

gullo las universidades barranquilleras: la riqueza de publicaciones en distintas áreas del saber.

En el caso de nuestra Universidad Simón Bolívar podemos decir que se empeña en fomentar y respaldar la palabra impresa. En ella se estimula entre sus directivos, profesores y estudiantes el afecto por la creación intelectual. Constantemente edita libros de sus docentes y patrocina revistas de sus facultades.

Al lado de *Desarrollo Indoamericano*, la revista divulgadora del pensamiento económico y social auténtico de los científicos sociales de América Latina, que acaba de ser distinguida por la Asociación Internacional de Escritores, con sede en los Estados Unidos, como la primera en su género, están *Psicogente*, *Educación y Humanismo*, *Investigación Bolivariana*, *Gestión Bolivariana* y *Encuentro Bolivariano*.

Además, en la búsqueda del hábito por la lectura y la consulta, la Universidad realiza mensualmente ferias del libro. Es este un acontecimiento que cuenta con la colaboración de casas editoras de prestigio mundial, entre ellas, Plaza & Janés y Grijalbo. Libros de los más destacados autores de la literatura, el arte, la ciencia, etc., se venden a los precios de mil y dos mil pesos.

Todo esto, pues, permite conceptuar que en la Uni-

versidad Simón Bolívar, igual que en las otras universidades de Barranquilla, se rinde culto a las publicaciones y se valora el papel del libro y de las revistas, como fuentes del conocimiento y herramientas adecuadas para el estudio general.

Precisamente hoy queremos saludar con beneplácito la presencia del número uno de la Revista *Perspectiva Social*, que aparece como órgano oficial de la Facultad de Trabajo Social, bajo la dirección de las doctoras Ligia Camacho de Sanjuán, Herminda Silvera Paternina y Thirza Martínez Triana.

La Facultad de Trabajo Social nació con calurosa acogida de la juventud hace veintisiete años. Bajo la orientación de sus decanos de entonces, doctores Leonello Marthe Zapata, primero, y Jorge Torres Díaz, después, y el aporte de consagrados profesores, se abrió la ruta de una profesión dedicada al servicio social.

Como hecho digno de mencionar, es grato recordar que la primera promoción de egresados de la Facultad fue vinculada a las labores docentes y de dirección de prácticas en la comunidad, y desde entonces permanecen en sus cargos ofreciendo el fruto de sus conocimientos y experiencias a las generaciones actuales.

Amí me complace sobremanera cuando visito hospitales, clínicas u otras dependencias de servicios públicos o privados, recibir el saludo fraterno y agradecido de las trabajadoras sociales de las universidades de Barranquilla vinculadas a esos organismos.

Por todo eso, y por la admiración que siempre hemos tenido por la profesión del trabajo social, con suma complacencia saludo esta primera edición de *Perspectiva Social*.

Es mejor hablar bien

En nuestros días el castellano es víctima de descuidos y deformaciones en el habla general. Las absurdas reformas introducidas en los estudios de bachillerato en el aprendizaje de la literatura y el idioma, facilitan la pobreza en el hablar.

Como nunca ahora la correcta expresión oral se distancia del rigor y el cuidado del ayer. Incluso en las conversaciones, en las conferencias, en la cátedra, etc., las personas cultas suelen caer en el dequeísmo y en la repetidora de términos como "al interior", "a nivel", "inclusive", y palabrejas extranjeras, digamos por caso "okey".

Y aún más desconcertante. El "no" precede a toda frase, aunque sea para afirmar algo. El abuso del "no" es desconcertante. Y debe serlo más para extranjeros no acostumbrados al disparate de anteceder todo lo dicho con el adverbio negativo.

El profesor Luis Felipe Palencia Caratt en pasada reunión con sus nuevos compañeros de bohemia, comentaba: Desde los días de estudios en Bogotá, hace poco más de medio siglo, me la paso con escudo en mano y cubierto de coraza, para impedir que el "noísmo" se me pegue. Y hasta ahora he ganado la batalla, aunque algún amigo perequero diga lo contrario.

No se pretende exagerar en procura de purismos aristocráticos. Pero, mientras llegan los futuros tiempos de unidad universal lingüística, es necesario preservar lo propio. Sobre estos temas alguna vez hice saber que los habitantes de estos países indoamericanos nos sentiríamos muy a gusto si todos habláramos quechua, azteca, chibcha o aruaco. Pero si desde hace quinientos años los conquistadores españoles nos impusieron su lengua, y esa prevalece en nuestros territorios como instrumento en potencia de la anhelada unidad bolivariana, es necesario y correcto cuidarla y sacar de ella el mejor provecho.

Sobre este tema de palpitante actualidad escribe un ensayo en la Revista *Desarrollo Indoamericano* el jurista y catedrático, doctor Pedro Vargas Vargas.

En su análisis sobre la situación desventajosa en que se encuentra el hablar y escribir, el profesor Vargas

enjuicia al bachillerato de estos tiempos, limitado en la enseñanza de la literatura, la ortografía y la redacción. Hoy todo se ha olvidado. Ya la gramática carece de importancia.

El doctor Vargas respalda su alegato con citas de autores europeos y latinoamericanos. Miguel del Toro, comenta: "En España el estudio de los clásicos apenas existe, y puede un muchacho obtener título de bachiller sin haber leído *El Quijote*... En cuanto a la ortografía no la sabe casi nadie. He tenido ocasión de leer cartas escritas por médicos, abogados, maestros y maestras de escuela, que daban verdadera lástima".

También los escritores cubanos han protestado. Mariano Aramburo, dijo: "Se abomina de la gramática, porque la imaginan rugosa, polvorienta y apergaminada como tantas otras disciplinas propias de dómines, que el progreso ha barrido de nuestro mundo intelectual. Y es este otro yerro de la ilusión, que brota de la pereza y del horror al estudio, unidos en feo maridaje. No, la gramática vive y vivirá siempre fresca y lozana, en perpetua juventud. Y no quita lo gramatical a lo artístico; antes bien, lo comprende y supone".

Edmundo de Amicis hacía saber: "No hay que confundir la transformación natural e inevitable de la

lengua en la corrupción, la cual consiste en la introducción (que hoy es cosa corriente) de palabras y frases extranjeras e innecesarias, de idiotismos inútiles, de expresiones espurias, de formas que están en pugna con su índole”.

En su libro *El Diccionario y la Gramática*, Amunátegui Reyes escribe: “Las reglas gramaticales no se asemejan por ningún capítulo a instrumentos de tortura que descoyuntan o mutilan el pensamiento... No concibo cómo pueden desestimarse reglas establecidas para que los hombres logren comunicarse lo que piensan, sienten y quieren, sin dar lugar a obscuridades, dudas, vacilaciones, litigios. Ningún literato se siente cohibido por esas pretendidas trabas”.

Gratitud y olvidos

Son cosas de la vida, mi negra no te aflijas, decía la canción cubana de mi niñez. Los franceses lo resumen todo en *C'est la vie*. Y en estos días de iniciación de invierno, de nubes pródigas que despiertan a la vida los árboles en deshoje y llenan de ilusiones a los campesinos, recuerdo a Beethoven: es la misma lluvia que hace crecer zarzas y espinas, y en los jardines flores.

Por un lado, la gratitud que compensa sacrificios en el deber cumplido; por el otro, reproches por olvidos involuntarios, muy propios de memorias vencidas por tres cuartos de siglo.

El doctor Rafael Bolaño Movilla, Secretario General de la Universidad Simón Bolívar, me consuela y cuenta historias que él recibe con la jovial sonrisa que lo acompaña cuando su Junior favorito no es goleado en estadios lejanos.

La otra tarde, me dice, don Manuel Figueroa Ruiz, su cuñado, hombre parco en transmitir informaciones molestosas, le hizo saber que un colega se quejaba de la omisión de su nombre en una lápida que aparece en una de las bibliotecas. Lo culpaba porque, en su condición de Secretario General, le corresponde redactar los contenidos de esas inscripciones.

Comparta con nosotros los mensajes estimulantes del mundo académico con motivo de la inauguración de la nueva sede de la Biblioteca Central José Martí, fruto del empeño del Rector José Eusebio Consuegra Bolívar y el arquitecto Ignacio Salomón Consuegra Bolívar, y de los funcionarios y colaboradores, me aconseja el doctor Bolaño.

Y en verdad que todos los señores Rectores de las universidades colombianas y personalidades del país enviaron mensajes de congratulación. El señor Presidente de la República, doctor Andrés Pastrana Arango, en expresiva carta, dice: "Quiero manifestarles, en nombre del Gobierno Nacional, el reconocimiento por la valiosa labor que adelanta la Universidad Simón Bolívar en beneficio de la educación colombiana, y expresarles mis felicitaciones por estos logros".

Nuestro gran Alfredo de la Espriella, el ciudadano

ejemplar, padre y guardián del Museo Romántico, en caluroso mensaje, expresa: “Gracias por la espléndida noche de gala cultural que nos brindó la Universidad. Por ese espectáculo sobrio que nos regaló al inaugurarse con la pompa que exigía la circunstancia histórica la Biblioteca que lleva el nombre del protomártir y poeta cubano José Martí. Un conjunto armonioso donde libros, paredes, muebles y anaqueles, cuadros y bustos, espacios vitales, en fin, se convirtieron en confidentes de esa función social tierna que invita al regocijo de la lectura, como las capillas a la devoción y el hogar al respeto de sus mayores. Cantidad notable de libros, útiles todos, al alcance de la vocación de estudiantes, investigadores y profanos aunque tendrán la oportunidad de solazarse con ese esfuerzo que han hecho en beneficio de la cultura atlanticense que tanto, además, debe al mecenazgo y la conciencia pedagógica. Cómo deben sentirse de orgullosos, felices y agradecidos, alumnos, profesores, catedráticos y personal administrativo de la Universidad Simón Bolívar con semejante tributo”.

El ilustre Rector de la Universidad del Norte, doctor Jesús Ferro Bayona, en fraternal misiva, expresa: “Con inmenso beneplácito celebro con ustedes la inauguración de la Biblioteca Central José Martí, acontecimiento que se constituye en un significativo logro para la comunidad académica. Reciban mis felicitaciones y

deseos porque esta Biblioteca sea el núcleo del quehacer académico en la Universidad Simón Bolívar y estimule la búsqueda permanente del conocimiento entre estudiantes y profesores, contribuyendo al fortalecimiento de la Educación Superior en nuestra región”.

Y el Concejo Distrital de Barranquilla, por iniciativa de su miembro doctor Ascanio Osorio, aprobó por unanimidad un saludo de congratulación, y hace saber que “el pasado viernes 23 de abril nuestra ciudad vivió un acontecimiento de mucha importancia como fue la inauguración de la Biblioteca Central José Martí, y por esa razón le concede a la Universidad Simón Bolívar la condecoración Barrancas de San Nicolás”.

Un homenaje para todos

Debo expresar, en nombre de los exponentes del pensamiento económico y social de América Latina, suma complacencia por la estimulante decisión de International Writers and Artists Association, al escoger a la Revista *Desarrollo Indoamericano*, como la primera en el mundo en el año de 1998, en el género económico y social.

Es un honor que ofrezco a Barranquilla al festejar, el siete de abril pasado, sus ciento ochenta y seis años de existencia. Porque *Desarrollo Indoamericano*, que antes editaba don Eduardo Salazar, en Bogotá, ahora se imprime en los talleres de Editorial Mejoras, bajo la responsabilidad de la familia Salcedo.

Siempre se ha dicho que uno puede dudar de lo que oye y hasta de lo que ve, pero jamás de lo que se hace con sus propias manos. Y con orgullo y satisfacción

ante el compromiso que se tiene en la comunidad, ha de aceptar complacido y sin falsas modestias lo que le corresponde.

Aristóteles al referirse a ciertas conductas, comentaba: Decir uno de sí mismo menos bien de lo que puede y debe, es necedad y no modestia; contentarse uno con menos de lo que vale, es cobardía y pusilanimidad. Fontenelle, por su parte, recordaba que la vanidad es el amor propio al descubierto y la modestia es el amor propio que se esconde. Y Chamfort, con humor y franqueza, solía opinar que la modestia es la más decente de todas las mentiras.

Bueno, dejo a un lado innecesarias lucubraciones, para expresar gratitud a la Asociación Internacional de Escritores y Artistas, con sede en los Estados Unidos, que preside la poetisa brasilera Teresinka Pereira, y al Comité seleccionador de los creadores intelectuales y de las publicaciones que se destacan en el mundo cada año. Dicho comité evaluador estuvo integrado por escritores y científicos de Corea, India, Francia, Brasil, Puerto Rico, Estados Unidos, Rusia, Cuba, Japón y Panamá.

Nuestra Revista *Desarrollo Indoamericano* edita ya doce mil ejemplares con un libro de suplemento, que se distribuyen, a manera de canje, en las bibliotecas de las

universidades de Colombia, demás países de América Latina, Estados Unidos, Rusia, España, Japón, China, etc., y se obsequia a los profesores y estudiantes de la Universidad Simón Bolívar. Precisamente, mi nieta Arlencita, quien acompañó a su padre la semana pasada a una reunión de Rectores en la Universidad de Harvard, le contaba a su mamabuela que al visitar la hemeroteca de esa famosa casa de estudios, comprobó que ya habían recibido la edición pasada, la número 105, de *Desarrollo Indoamericano*.

Pero, un poco más allá de estos hechos de por sí significativos (tiraje y adecuada distribución), lo que distingue a *Desarrollo Indoamericano* es que desde hace más de treinta años se ha empeñado en divulgar el aporte de los científicos sociales, investigadores y catedráticos de América Latina, en procura de la formulación de una teoría económica para el desarrollo económico y social de nuestro continente, como reza su epígrafe.

Así, las figuras destacadas de la insurgencia y de la originalidad, han escogido sus páginas para dejar el testimonio del compromiso histórico. De la Argentina, Raúl Prebisch, Oreste Popescu, Ezequiel Ander Egg, Jorge Greco; de Brasil, Josué De Castro, Celso Furtado; de Cuba, Carlos Rafael Rodríguez, Hermes Herrera; de Chile, Alejandro Lipchutz, Salvador Allende, André

Gunder Frank, Sergio Vuscovich; de Ecuador, Manuel Agustín Aguirre, René Báez, Eduardo Larrea; de El Salvador, Salvador Brand, Rafael Menjívar.

De Guatemala, Saúl Osorio Paz, José Luis Barcarel; de Honduras, Marco Carías, A. Euceda Gómez; de México, Lázaro Cárdenas, Cuauhtemoc Cárdenas, Jesús Silva Herzog, Ramón Martínez Escamilla, Arturo Bonilla, Alonso Aguilar, Pablo González Casanova; de Panamá, Justo Arroyo, Luis Carlos Reyes; del Perú, Humberto Espinoza Uriarte, Jaime Serruto Flórez; de Puerto Rico, Obispo Antulio Parrilla Bonilla, Manuel Maldonado Denis; de la República Dominicana, Bolívar Batista, Marcio Mejía Ricart; del Uruguay, Vicente Rovetta, Carlos Rama, Carlos Borche.

De Venezuela, D. F. Maza Zavala, Gastón Parra, Mario Briceño Perozo, Eloy Párraga Villamarín, Federico Brito Figueroa, Guillermo Morón, Isbelia Sequera; de Colombia, Antonio García, Gerardo Molina, Isidro Parra-Peña, Orlando Fals Borda, Néstor Madrid Malo, Arturo Valencia Zea, David Sánchez Juliao, Raúl Alameda, Antonio Cagua Prada, Carlos Villalba, Luis Felipe Palencia, Gumersindo Serje, Abel Ávila, Otto Morales Benítez, Vicente Pérez Silva, Florentino Rico Calvano.

Del material de los ensayos publicados en los treinta

y tres años de labores de *Desarrollo Indoamericano*, se han editado varios volúmenes, entre ellos los once de la *Antología del Pensamiento Económico y Social de América Latina*, a cargo de las editoriales Plaza & Janés y Grijalbo.

Gracias, pues, a la Asociación Internacional de Escritores por este galardón que tanto anima para seguir adelante.

Costumbres y Tradiciones

La Navidad en el sur

En Barranquilla, como en Bogotá y muchas ciudades del país, el sur es habitado por los proletarios y miembros de la clase media baja y media.

Y qué grato es comprobar que ese sur bullicioso y vital representa la Barranquilla auténtica, plena de gracia, desbordante de alegría, siempre en disposición y ánimo para el festejo colectivo.

Muchas de estas noches he recorrido las calles del sur en compañía de familiares y amigos de otras partes. Y siempre la sorpresa regocija.

La calle Murillo y la Avenida del Papa parecen carecer de horarios que incluyan reposo. Porque, siempre los centenares de sitios dedicados a la oferta de comidas, helados, juguetes, cervezas, etc., se mantienen repletos de contertulios. Y no hay residencias con puertas cerradas, y apenas, unas pocas, se revisten de rejas.

Todas las familias están sentadas en las puertas de sus casas, o bailando los ritmos apropiados de las festividades navideñas.

Son decenas de miles de vecinos saturados de alborozo que llenan las casetas descubiertas, o aprovechan las aceras para danzar al compás de la sonoridad de los *pickups*. Y lo más agradable y ejemplar: En esa multitud que camina, baila, grita y degusta licores, hasta ahora no hemos visto la custodia policial.

Y tal vez es así porque no se necesita. Los que allí están parecen entregados exclusivamente al disfrute, sin espacio en los ánimos para reyertas ni disgustos.

En cuanto a los adornos navideños, las calles y las residencias están iluminadas. Pero con detalle digno de mención: Todo es el fruto del esfuerzo comunitario.

En uno de los paseos, el ex Ministro doctor César Esmeral Barros forma parte de la caravana. Sus nietas Dayán y María Angélica lo acompañan. Ellas residen en Bogotá y poco conocen a Barranquilla. Pero la admiración es de los tres. Al pasar por la calle del barrio Las Palmas, donde antes visitábamos al compadre Manuel Figueroa, no podemos resistir la tentación y bajamos de los vehículos a conversar con conocidos del ayer. Allí estaban también, al igual que en el monumental centro

comercial del sector, estudiantes bolivarianos. Y ellos de inmediato sueltan la lengua para relatar sus vivencias de estas noches frescas.

Y hay otro acontecimiento recuperado con fuerza espiritual en estas navidades. En toda la ciudad las Novenas de las siete de la noche congregan a los niños. Y ellos se encargan de la liturgia.

Los niños leen los pasajes del texto religioso y cantan acompañados de sus padres. Los más pequeños obsequian la gracia de sus lecturas. O, mejor dicho, de los canceos. Y se aplauden las ocurrencias infantiles.

Las Novenas ante todo cumplen el papel de aglutinantes del vecindario. En la ceremonia están presentes los que moran en el edificio, en la cuadra o en el barrio. Allí se reconocen y familiarizan. Y hasta saborean refrescos y sabrosuras. También a los niños se les adelanta el Niño Dios con juguetes y obsequios. Y, como todo es al descubierto, en el parque o la calle, las brisas de diciembre regalan caricias, y una Luna llena, grande y brillante como nunca, parece coquetear con su límpida hermosura.

Bueno, que todo siga así, en esplendor de fraternal coexistencia en los barrios del sur, en toda Barranquilla, y en las ciudades colombianas.

Navidad y luces

Aprovecho la visita de la doctora Gadra Sánchez de Pérez, Rectora de la Universidad Yacambú, de Barquisimeto, y del doctor Mario Arenas Rodríguez, veterano catedrático de la Universidad de San Agustín, de Arequipa, para salir a admirar, en compañía de doña Anita, el colorido de las luces navideñas en las residencias barranquilleras.

Los amigos abren bien los ojos para no perder detalles. Ni en Venezuela ni en el Perú las familias acostumbra esta clase de festejos. En Maracaibo el gobierno municipal ilumina las calles, y nada más. Lamentablemente, en el hermano país los habitantes de las ciudades están sometidos a un fenómeno incomprensible para nosotros. Hace unos días estuve allá y anhelaba aprovechar la visita en procura de tranquilidad y sosiego, alejado de la violencia que dobliga el territorio colombiano. Pero nada de eso fue posible. Porque, de manera

extraña, la barbarie florece en Colombia y en Venezuela la padecen. Allá todo el mundo anda atemorizado. En Caracas, Maracaibo, Barquisimeto y Valencia, las urbes que visité, muy pocas personas disfrutaban las caminatas, y en las noches, mucho menos, salen a recibir las brisas veraniegas. Hasta los choferes no permiten que en sus taxis los pasajeros bajen los vidrios, casi todos oscuros, para contemplar el paisaje o los jardines.

En el Perú los festejos navideños están anclados en el pasado. Solo en las iglesias se pueden mirar los nacimientos. Y, naturalmente, con abundancia de rezos y rogativas de milagros.

Gadra y Mario gozan de la alegría popular contagiados con los festejos. Y obligan a César Ruiz, siempre apurado como buen taxista, a detener la marcha en cada una de las casas y edificios. Por eso los paseos, que comienzan a las siete, se extienden hasta la media noche.

Allí están, mostrando el cuidado y la gracia de los decoradores, el Papá Noel de las religiones del Norte, al lado de las imágenes del Oriente. La armonía simbólica está presente, sin ninguna clase de exclusiones. Lo que importa es contribuir a la búsqueda de plenitud en la conmemoración.

Y en buena hora las lluvias se alejan para ceder el campo al ambiente veraniego. Porque la gracia de la Costa es esa, su cielo azul y sus brisas refrescantes. Así se lo decía a mis colegas los rectores de las universidades del país que se reunieron acá la semana pasada. Llegaron escapados de las lluvias andinas y encontraron lo mismo. Y todavía en Cartagena persisten, para molestia de los turistas.

En Cartagena asistimos a los grados de la Universidad Simón Bolívar y de la Universidad IAFIC. Y qué grata sorpresa. La Heroica muestra orgullosa el derroche de sus viviendas primorosamente iluminadas. Hace cuatro años el doctor Fernando Tinoco, Secretario de Gobierno Municipal, colocó ramilletes de luces en su casa de Bocagrande. Él estudió Derecho en la Universidad Simón Bolívar, en Barranquilla, y se llevó la buena costumbre. Ahora Cartagena emula con Barranquilla. Con manifiesto regocijo el doctor Tinoco nos invita al recorrido nocturno. Y en la terraza del edificio, donde vive toda la familia, está su padre, el educador universitario Carlos Tinoco, la doctora Katty, hermana y Rectora, y demás parientes. En el jardín hay un coche con Papá Noel de pasajero, rodeado de luces multicolores.

A las doce de la noche, al pie de las murallas, los fuegos artificiales que patrocinan las autoridades del

Distrito, avivan la algarabía de adultos y niños. Doña Anita insiste en instalarse lo más cerca posible para no perder detalles. Y miles de capullos encendidos se abren en las alturas para propiciar la orgía placentera.

La televisión permite conocer que en Medellín, Cali, Bogotá y otras ciudades, la buena costumbre barranquillera se ha extendido.

Y, como para cerrar con broche de oro la presencia de Gadra y Mario, en la Universidad Autónoma del Caribe recibimos de manos de su ilustre Rector, doctor Mario Ceballos Araújo, y del educador de tantas generaciones, doctor José Stevenson Collante, la Revista *FEP Veinte Años*. En el agasajo ofrecido en el amplio y moderno Salón de la Casa de Eventos, la poetisa Rosanna Molina deleitó a los asistentes con la lectura de poemas compilados en su libro *Iluminación sin Prejuicios*.

Y llegó el momento triste de la despedida. Entonces la doctora Gadra y el profesor Mario solicitan un nuevo paseo por las calles barranquilleras con un comentario que obliga: La última mirada es la que más perdura. Y queremos aprisionar en el recuerdo, dicen, el brillo encantador de las luces navideñas de las viviendas de Barranquilla.

Sobre los usos del Idioma

Sin pretender seguir los pasos de Luis Felipe Palencia Caratt, Elías Muvdi, Homero Mercado, o Benjamín Sarta, a ellos mismos les he dicho que no entiendo, sea por el caso, por qué no se acepta 'repitente', al lado de 'repitiente', como participio activo de repetir, si así se dice entre nosotros. Remitir es un verbo que se conjuga como repetir, y su participio activo es remitente y no remitiente. Sobre este tema hablé un día con Muvdi, y unas horas después me envió esta esquela:

"Con respecto a repitente o repitiente, solamente en el *Lexicón de Colombianismos* de Mario Alario Di Filipo he encontrado que el primero se usa en Colombia por el segundo; es decir, que repitente es un colombianismo que usamos con el significado de repitiente.

"En cuanto a su función gramatical, y en general sobre los participios activos y los participios de presente

que tienen la misma terminación en ante, ente, iente, te estoy incluyendo (tal vez el doctor Muvdi quiso decir te incluyo, para evitar el abuso del gerundio) fotocopias del magnífico *Diccionario Gramatical y de Dudas del Idioma*, de Emilio M. Martínez Amador, que aclara esta cuestión. Estas palabras con esta terminación parece que ya no funcionan tanto como verbos o derivados, sino más bien como adjetivos y sustantivos”.

Pero sigo con la inquietud, pues no encontré claro el asunto.

En la edición decimonovena del *Diccionario de la Lengua Española*—porque no he recibido la vigésima—solo se acepta como incunables a “las ediciones hechas después de la invención de la imprenta hasta principios del siglo XVI”. Sin embargo entre nosotros este término es de uso común para todo libro de ediciones agotadas después de pasar algún tiempo prudencial. En Colombia se llama con este nombre a una colección de libros reeditados que se publicaron en el siglo pasado, y de los cuales apenas se conservan ejemplares en las bibliotecas.

Tenía entendido, como en el caso de política, que ‘gente’ tampoco admitía plural. Las diferentes acepciones del *Diccionario* son confusas. En la primera, de manera clara y enfática, define la palabra como

pluralidad de personas, pero en otras, como en la 12, admite plural, aunque aclara que "hoy solo tiene uso la expresión el apóstol de las gentes", pero como antiguo o anticuado, y en la 6, remite a la consulta de decir, 'dicho de las gentes', para, a su vez, en la acepción 6 de 'dicho', acoger, como propio del lenguaje forense, a 'dicho de las gentes', sinónimo de murmuración o censura pública.

La gente, sin embargo, suele decir 'gentes' en muchos casos y para casi todos los casos donde quiere referirse a muchas personas o cosas.

En las regiones de marcado machismo no se aceptan las nuevas recomendaciones de los académicos en el uso del femenino. Esta resistencia se observa en filólogos y en las mismas mujeres. Al profesor Palencia Caratt, por ejemplo, no le gusta decir la jueza, en vez de la juez, o la jefa, en vez de la jefe. Él se excusa, con sonrisa maliciosa de machismo solapado, en busca de una mejor eufonía. Algunas universidades expiden diplomas de abogado a la abogada, y de trabajador social a la trabajadora social. Una sobrina política mía, excelente profesional, cuyo virtuosismo a lo mejor envidian algunos de sus colegas, insiste en su título de odontólogo y no de odontóloga, porque así aparece en la credencial que le otorgó la Universidad de Cartagena.

En Colombia se ha hecho corriente la expresión 'so-

fisticado' para referirse a algo muy complejo, moderno y de máxima técnica. Palabra rara en apariencia, por venir de falseado. Para la academia, sofisticar es adular, falsificar con sofismas, y sofisticar, calidad de sofisticado.

El *Diccionario* es amplio con el vocablo 'inclusive'. Pero Manuel Seco, en su *Diccionario de Dudas*, parece más correcto. Para él 'inclusive' solo debe usarse como adverbio de modo: "incluyendo el último objeto nombrado", y nunca como adjetivo, sea el caso del "3 al 10, ambos inclusivos", por ambos inclusive. Por su parte incluso es adverbio oracional equivalente a "aun, hasta, también", aunque además puede funcionar como preposición: "Todo me parecía bien, incluso la persona de doña Javiera".

No quiero ahora que ninguno de mis buenos amigos gramáticos se me venga encima con un rosario de citas, para aclarar o refutar mis dudas. Entiendo a la filología como una disciplina viva, siempre bajo el influjo del creador, ya se llame escritor o pueblo. Si a los nuevos términos y modismos se le interpusiera la inflexibilidad de la regla, el estudio del idioma sería algo momificado. Desde este punto de vista, apenas si me gustaría saber qué piensan ellos, pero con el respaldo de nuestra realidad parlante. Ya decía Cuervo que el instinto popular

verdad necesaria y vital. Recuerdo que hace algunos años mis hijos se reían de Pepa porque decía 'la calor'. Yo les aconsejaba: así dicen en Juan de Acosta y en Rebolo, y el pueblo es el pueblo. Por algo, como dice la sabia sentencia, su palabra es divina. Ahora ya supimos, por boca del doctor Muvdi, la noche de la presentación de sus *Apuntes de Español*, que la Academia acepta el concepto ambiguo, lo que quiere significar que bien puede decirse 'el calor' o 'la calor'.

Las fiestas de San Roque

El 16 de agosto, desde muy temprano estoy en la esplendorosa Iglesia de San Roque en compañía de doña Anita, para asistir a la misa que oficiará el señor Arzobispo monseñor Rubén Salazar Gómez, y a la ceremonia de posesión del nuevo párroco, sacerdote y doctor Gervasio Fornara.

El templo, como en los mejores días del padre Matutis, estaba bellamente adornado con flores y repleto de feligreses.

En el momento de la comunión las filas parecen interminables. Cientos de cristianos, con sus vestidos sencillos y rostros expresivos de felicidad se acercan al altar principal. Es el pueblo moreno que simboliza la auténtica Barranquilla, de hombres y mujeres de manos laboriosas.

San Roque sigue siendo el patrono popular de la

ciudad. Él con su pierna maltratada por la herida perniciososa y el perro fiel, aglutina a los creyentes y a los ñeros auténticos. Por eso están allí Alfredo de la Espriella, pese al malestar estomacal que lo acongojaba; Gustavo Raad, quien postergó compromisos sociales con turistas gringas; Luis Felipe Palencia Caratt, y muchos otros. El doctor Rafael Iglesias, amigo del ilustre Presidente de la Sociedad Bolivariana, con regocijo y complacencia, hacía saber que el doctor Francisco Lascarro le comentó desde muy temprano: "Amanecemos sin servicio, pero allá estaré con Sarita compartiendo alegrías".

De regreso a la casa los recuerdos se me acercan. En la niñez y la primera juventud las fiestas de San Roque expresaban el jolgorio colectivo. La calle de Las Vacas recibía a los barranquilleros que iban a disfrutar la variedad de las distracciones. Entonces no se conocía la violencia fratricida del presente, y en las tardes y en las noches las familias disfrutaban las ofertas y espectáculos.

La multitud sacaba provecho de lo religioso y del esparcimiento. En las procesiones la multitud piadosamente seguía la imagen de San Roque, cargada en andas. Y durante varios días el gozo era general. De tarde, la corraleja. De noche, la vaca loca, los castillos, las cumbiambas, las ruletas, el boxeo, las fritangas.

Entonces todo el mundo comía en su casa, y apenas

el disfrute del paladar estaba a cargo de los raspaos, el guarapo, las arepas y las cúcas. Nadie se asustaba con el sonido estruendoso de los cohetes, buscapiés y demás juegos pirotécnicos, porque los otros tiros no se conocían. Los agentes de la Policía solo usaban bolillos, y eso, más que todo, como símbolo de autoridad

Detrás de la vaca loca corrían adultos y niños. No importaba el brillar de los voladores, triquitraques y bengalas. El contagio de la algazara y el bullicio alejaba temores. Después, al encenderse los castillos las miradas todás estaban pendientes del colorido y del movimiento de los carruseles con chorros luminosos. Y, de inmediato, el gran aplauso para el lienzo con la efigie de San Roque, que aparecía al apagarse las luces.

En la misa del dieciséis pasado también los aplausos estuvieron presentes. Al entrar a la iglesia el Arzobispo y el nuevo Párroco, fueron recibidos con palmadas.

Y los discursos regocijaron a la audiencia. El señor Arzobispo, en su sermón, trató con acierto el tema de la injusticia social. Y añoró para Colombia un mañana distinto, de campesinos con tierra, familias pobres con viviendas, y riqueza adecuadamente distribuida. Por su parte, el párroco matizó su intervención con palabras saturadas de humorismo, que hicieron sonreír y expresar complacencias en repetidos aplausos.

Barranquilla y Puerto Colombia

En estos días he sabido de polémicas limítrofes entre barranquilleros y porteños. Saco el cuerpo y pienso en los absurdos del actuar pasado.

Llego a Puerto Colombia en compañía de doña Anita y directivos de la Universidad Simón Bolívar con cajas de libros para la Biblioteca Pública del Municipio. Allá nos esperan el señor Alcalde, doctor Humberto Rosales, la directora de la Biblioteca, rectores y profesores de los colegios de bachillerato, la doctora Darcy Gallardo, los secretarios del despacho y un centenar de jóvenes estudiantes.

El encuentro es sencillamente grato. Los estudiantes cantan himnos y expresan satisfacciones. Todos los visitantes, como siempre lo hacen, han llevado sus obras. Los doctores Leonello Marthe, César Esmeral Barros, Rafael Bolaño, Antonio Spirko, son pródigos y obsequian libros y estudios de su autoría.

Después del acto todos vamos a recorrer la plaza, ahora embellecida con apropiada remodelación, y a mirar el muelle. Entonces el recuerdo predomina en la conversación.

Y todavía es difícil aceptar que la dirigencia barranquillera de los años nefastos del ayer hubiese sido tan escasa de imaginación y tan errada en las iniciativas.

Porque la bahía de Puerto Colombia, que alcanzamos a conocer y disfrutar en los baños dominicales, era esplendorosa. Se contaba con el segundo muelle más largo del mundo, obra orgullo de la ingeniería, carretera y ferrocarril.

¿Desde cuándo no estaría Barranquilla en Puerto Colombia? Si en vez de traer el puerto terminal marítimo para Barranquilla, se hubiese pensado en ampliar la carretera y modernizar el tren, las barriadas barranquilleras hace rato estarían en las orillas del Caribe, tal como están, en el sur, en Soledad y Malambo.

Y lo más importante: allá permanecería la hermosa bahía recibiendo barcos y turistas, y la canalización arbitraria del caudaloso y precipitado Magdalena no hubiese atropellado el regalo de la naturaleza. Además, de seguro, Barranquilla mantendría la importancia por-

tuaria de antaño, libre de las perturbaciones limitantes de los calados de Bocas de Ceniza. Y naturalmente, Puerto Colombia sería una gran ciudad

Bueno, en estas notas, apenas deseaba referirme a los avances urbanísticos de Barranquilla y Puerto Colombia.

La semana pasada estuvo acá, con sus familiares, el señor Secretario de Gobierno del gobierno distrital de Cartagena, doctor Fernando Tinoco, y la doctora Katty de Char, Rectora de la Universidad IAFIC. Al preguntarles cómo encontraban la ciudad, la respuesta fue inmediata: Las calles están limpias y algunas ampliadas. Los grandes almacenes se ven llenos. Barranquilla se afianza en su condición de capital comercial de la Costa. Lo único desagradable es la abundancia de pasacalles que perturban la visualidad.

Puerto Colombia también se encuentra en pleno despertar. Nuevos barrios, algunos de ellos habitados por barranquilleros que llegan en busca de aires menos contaminados y precios razonables de los servicios públicos. Por su parte, la administración municipal construye malecones, arregla parques y patrocina la educación de la niñez y la juventud.

Es cierto que el centralismo y la globalización golpean

la actividad industrial de Barranquilla. Más fábricas se trasladan al centro andino y las pequeñas industrias cierran sus puertas ante la presencia desleal que patrocina el neoliberalismo, pero, mientras el país recupera su dignidad ante la imposición estratégica de las grandes potencias, y el centralismo negativo encuentre el rechazo de las regiones golpeadas con la inequitativa conducta, la ciudad ofrece a la región costeña la oferta abundante de su sector comercial.

Por la urbanidad y el civismo

Me paseo por las calles de Barranquilla en compañía del profesor Luis Felipe Palencia Caratt. Observamos el comportamiento de los paisanos, y coincidimos, al invocar el pasado, que nosotros los de entonces, como dijera el poeta, ya no somos los mismos.

Los años pasan y también los comportamientos. Hasta en los comienzos de la era cristiana los romanos solían exclamar: *Oh tempora, oh more* (Oh, tiempos; oh, costumbres), tal vez sorprendidos ante los cambios en el actuar de los ciudadanos.

Sin embargo, entre nosotros parece que se exagera la nota. Hace un millón de años, según los científicos, el hombre abandonó las ramas de los árboles y se irguió para convertirse en el rey y señor, en disposición y ánimo para dominar la naturaleza.

Ahora nos empeñamos en retornar al pasado. Siem-

pre, los barranquilleros, sea cual fuese el sitio, la edad o condición social, estamos recostados en algo. Nadie puede conversar con otro, o permanecer en un lugar, si no está agarrado o inclinado al mueble más cercano. Y todavía peor: la posición favorita es la que muestra una pierna doblada con el pie colocado en el muro. Y no importa el color de la pared ni el lugar. En la Universidad Simón Bolívar, nos empeñamos en vano en mantener la blancura de sus instalaciones. Pero el compromiso es derrotado. Los Genaros y Villitas pintan y los muchachos ensucian. Hasta en los sagrados recintos de las bibliotecas están, expresivas y horrorosas, las huellas de las suelas de los gigantes tenis que ahora se usan.

En el recorrido conversamos con amigos. El doctor Rafael Salcedo y el marmolista Moisés Consuegra se burlan de los que pasan a su lado con camisas desabotonadas y cadenas en el cuello, con medallas y amuletos en alardes unisexistas. Ellos comentan que no soportan ese afán de mostrar senos inexistentes.

Y lo más desagradable, comenta el profesor Palencia, es el uso y abuso de pantalonetas y chancletas. Hasta en los templos y sitios, antaño respetables, el novedoso espectáculo es común. Mi comadre Teresita, aún bajo el recuerdo de su esposo, tan dado a la pulcritud y corrección en el vestir, no sabe de dónde vienen esas modas.

Porque ella se la pasa visitando ciudades norteamericanas y europeas, y admira allá el acatamiento de las familias a las buenas costumbres. Y en Barranquilla hasta en la Santa Misa, personas mayores y menores, asisten con esas vestimentas, o con el imprudente teléfono celular.

Llego con el profesor Palencia Caratt a la primera sede de la Universidad Simón Bolívar. Allí los arquitectos Ignacio Consuegra Bolívar y Gustavo Raad dirigen el equipo de decoradores y a los muralistas Édison Roa y Moisés Manotas en el embellecimiento de la Biblioteca Central José Martí, que fue inaugurada el viernes pasado.

Todo allí es alegría y entrega en la loable voluntad de contribuir al adelanto cultural de la urbe. Pero ¡quién lo creyera!, en todo el frente, pegado a la acera, están instalados los lavadores de carros. Esto sucede en la esquina donde se inicia la avenida o bulevar más bello e histórico de la ciudad. Ante el pesar y la molestia, el doctor Antonio Spirko, como Director del Consultorio Jurídico y buen conocedor de las normas legales del Distrito, nos consuela diciéndonos que algún día los caritineros y lavaderos serán obligados por las autoridades a localizarse en otros lugares.

Porque no son sólo los muchachos lavaderos o los

dueños de cantinas los merecedores de críticas, sino, además, y sobre todo, los propietarios de automóviles y los estudiantes y profesores clientes de esos lugares, agrega el doctor Spirko.

Hay que volver a la cátedra de Urbanidad, recomienda el profesor Palencia Caratt. Ya la Universidad Simón Bolívar ha patrocinado ediciones del *Manual de Urbanidad y Buenas Maneras*, de Carreño, que obsequia a sus profesores y estudiantes. Ahora, todo lo que se haga en pro de la urbanidad es saludable.

La niñez y la poesía

Amigos y críticos admiraban mi memoria. Los escritos literarios empapados de recuerdos han sido generosamente recibidos. Ahora las cosas no son como antes, pero debo confesar que, en el campo de las reminiscencias, también me complace la situación actual. Porque si es cierto que la retentiva para los sucesos del pasado cercano ya no ofrece la virtud del ayer, sí mantengo lucidez en las remembranzas de la niñez.

Con graciosa sonrisa Arlencita, la nieta, comentaba la otra tarde: "Yo no entiendo a papabuelo. Cuando tiene que mencionar lo que aconteció hace pocos días, solicita la ayuda de mamabuela. Sin embargo, en los temas de la infancia se desborda en detalles e informaciones".

Con mis sueños es igual. En ellos predomina el paisaje y el mundillo de la infancia. Y yo los gozo. Al fin y al cabo los primeros años de la vida ofrecen sabor especial, digno de acariciarse en el recuerdo. ¿Cómo

puedo olvidar las travesuras en las calles de mi pequeño pueblo? Los baños compartidos con los otros niños en las pozas del arroyo, ahí están, con toda la sabrosura del frescor de las aguas. Y en las noches de Luna llena los juegos del escondite y el deleite de los cuentos de los abuelos en la loma de la iglesia. Allí, en esas evocaciones ajenas a los sinsabores de la edad adulta, están inmersos deleites.

Ya los escritores lo han dicho. Montalvo, por ejemplo, pensó que los niños son en la tierra lo que las estrellas en el cielo: inocentes, puros, brillantes. Y agregaba: Si como distinguimos con la vista esos cuerpecillos luminosos que están estremeciéndose en el firmamento, oyéramos su voz, ¡cuán suaves, cuán deliciosos acentos fueran esos! ¿Lloran, ríen las estrellas en la bóveda celeste? Es la suya una melancólica alegría, pero cuando se las contempla despacio y con amor, parece que están saltando de placer en el regazo de su gran madre naturaleza. Así son los niños: Si el hombre no pasara de cierto número de años, fuera quizá un ser tan puro y amable como los ángeles.

Chesterton también opinaba: Lo maravilloso de la infancia es que cualquier cosa en ella es una maravilla. Y Edgar Poe profería que la infancia conoce el corazón humano. Otro poeta, Goethe, solía indicar: Debe preguntarse a los niños y a los pájaros a qué saben las cerezas y las fresas. Y Milton dedujo que la infancia muestra al hombre como la mañana el día.

Por todo lo que significan para mí las vivencias del ayer, guardo gratitud con los poetas que le cantan a los niños. En estos momentos saboreo el deleite de la lectura de los *Veinte Poemas para Niños*, de Jorge Emilio Sierra Montoya, el poeta escritor y periodista, director del Diario *La República*.

En diciembre del año pasado la Editorial Plaza & Janés entregó a los lectores de Colombia y América Latina *Buenos Días, Amor*, un hermoso libro de Jorge Emilio Sierra Montoya, bellamente ilustrado por los pintores Édison Roa y Moisés Manotas, muralistas de la Universidad Simón Bolívar. En cien páginas el poeta rinde tributo al sentimiento sublime, el amor. Allí le confiesa a la amada que ve en su rostro la paz que trae la esperanza y la luz que brilla en el ensueño.

Ahora la inspiración la pone el poeta al servicio de los niños. Y versifica para ellos. Y se vale de los pajaritos, de la lluvia, de la Luna, del Sol, y hasta de la arañita y los árboles para contarles anécdotas bajo el ropaje de la palabra endulzada. Y les da consejos para que cuiden la naturaleza y amen sus frutos.

En el poema *El Pajarito y la Lluvia* les cuenta que a un pajarito no le gustaba la lluvia y prefería el Sol para calentar sus alas y poder cruzar el cielo. Por eso, desde muy temprano se iba en busca de sus brillantes rayos.

Y también describe a otro pajarito que quería aprender a volar y daba saltos en lo alto de un ramal. En un principio sus esfuerzos eran en vano. Cada vez que alzaba el vuelo, otra vez volvía a caer. Y entonces el milagro se hizo: "De pronto cerca, muy cerca/ vio cruzar veloz, fugaz/ una bella pajarita,/ tan bella como el rosal./ Y sin pensarlo dos veces,/ sin miedo ni nada igual,/ se lanzó en busca de ella./ Es que el amor, amiguitos,/ nos va enseñando a volar".

En el seno familiar los primeros pasitos de los niños son motivo de máximo festejo. Y el poeta describe las escenas con pincel multicolor: "Da un pasito, niño bello. Eso es. Dalo solito. Mamá te lleva en sus manos. Mira cómo brillan sus ojos, con brillo de felicidad. Y cuando marche muy solo/ por la vida, con afán,/ recuerda cómo en la infancia/ el amor te enseñó a andar."

La lección de matemáticas es, sencillamente, preciosa. El poeta juega con la metáfora para enseñarle a contar a los niños. Y les dice que uno más uno son dos, y dos manos tienen para abrazar a mamá.

Bueno, mil gracias periodista y cantor insigne, doctor Jorge Emilio Sierra Montoya, por este rosario de perlas que editará Plaza & Janés.

Retratos y libros

Este Carnaval ha sido pródigo. Además del derroche de alegría y colorido de las danzas y cumbias que en las calles parecen emular con las brisas frescas en la oferta de deleites, en dos sitios distintos disfruté de la complacencia de admirar los retratos de Samuel Tcherassi.

Primero fue en las bellas instalaciones de Com-familiar, la tarde de la lectura del bando. Después del espectáculo y la histórica ceremonia en el Museo Romántico, Gloria Gallardo y otros contertulios me llevaron a contemplar la exposición. Y unas noches después, en el homenaje que Barranquilla le rindió en el salón principal del Hotel El Prado al fiel guardián de su ancestro cultural el gran Alfredo de la Espriella, complementé el gozo compartido, al detenerme en cada una de las fotografías de la muestra.

El concepto unánime de los visitantes, expresados

en voz alta, coincidió: Esta exposición debe ser vista en toda Colombia y el mundo: Bogotá, Medellín, Cartagena, Cali, Bucaramanga, Nueva York, París, Miami, etc. Sería la embajadora de la autenticidad folclórica de nuestra ciudad y de la gracia y prodigiosa imaginación creativa de sus habitantes en los predios del jolgorio carnavalesco.

Porque la entrega espiritual del retratista y el dominio de la técnica en el arte fotográfico, le permite recoger el sentimiento jubiloso de los danzarines y disfrazados. Los personajes que perduran en la memoria y que todos los años nos obsequian sus dichos, bromas, cantos y bailes, están allí, como en vivo, en su máxima caracterización.

Bueno, que sea la oportunidad para decirle a Samuel Tcherassi, en nombre de los amigos que estuvieron presentes en el Museo Romántico y en el Hotel El Prado, ¡gracias, muchas gracias, y adelante!

En la actividad libresca el viernes pasado, y desde muy temprano, para no perturbar la presencia de sus admiradores al desfile de la Guacherna, en la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar se presentó el tomo tercero de la Compilación de Escritores Costeños del sociólogo Abel José Ávila Guzmán.

La obra investigativa y divulgadora de Ávila Guzmán merece el agradecimiento de la Costa. Así lo ha comprendido la Universidad Simón Bolívar, y por eso aprovechó la ocasión de la presencia de amigos la tarde del festejo y bautizo de su esfuerzo intelectual, para otorgarle su más alta condecoración, la Orden que lleva el nombre de nuestro Libertador.

En una de estas columnas pasadas y en el prólogo del libro, tuve la feliz y honrosa oportunidad de expresar opiniones sobre el alcance y trascendencia del trabajo del escritor doctor Abel José Ávila Guzmán. Su empeño y patrocinio del aporte literario de los autores costeños es una actitud y conducta loable que cumple también positiva misión ante el aislamiento centralista.

Nunca como ahora el centralismo golpea a la Costa en todas las materias. Entre ellas la relacionada con el menosprecio y desconocimiento de sus frutos intelectuales.

Sin embargo, tal vez con mayor preocupación, el centralismo, como lo observa el escritor Ávila Guzmán, origina complejos de inferioridad y rivalidad inútiles en las comunidades sometidas a su rigor discriminatorio. Barranquilla, por ejemplo, al decir de David Sánchez Juliao, la dobla el síndrome del cangrejo. Según él, en

su tierra loriqueña los mejores platos de cangrejo exigen que estos martirizados crustáceos se metan vivos en la olla. Y cuando esto sucede y alguno de ellos intenta salirse, los demás lo agarran con sus múltiples tenazas y lo regresan al agua que hierve.

En fin, bien por el cometido del hijo mimado de Lata, el corregimiento del singular municipio del Guamo.

Aruba y el paraíso

El Caribe, en general, es esplendoroso. Los variados colores del mar y de la arena convierten a sus playas en sitios adecuados para el descanso y el deleite de la vista.

Todo esto lo ofrece Aruba. Pero, además, hay complementos que permiten imaginar un paraíso de estos tiempos: Construcciones antiguas y modernas que semejan ricos muestrarios de matices que obligan a la contemplación.

Calles limpias con amplias aceras que aprovechan las damas para mirar sin afanes vitrinas repletas de variadas ofertas.

Pero, tal vez, lo más significativo para el visitante colombiano, es el ambiente de tranquilidad y confianza. Nadie recela de nadie, y todo parece transcurrir bajo

el sello de la amistad o del conocimiento previo. Los miles de visitantes y criollos se saludan con buenos días, buenas tardes o buenas noches. A veces se agrega el ¿cómo está? Es una simpática modalidad. Por cierto contagiosa y agradable.

Los arubanos se distinguen por sus conversaciones en tono alto. Aunque las señoras, señores y jóvenes se encuentren apenas separados por centímetros, hablan como si estuviesen en distancias de metros. También los estadounidenses son fáciles de reconocer. Para ellos la belleza de sus aguas, el atractivo del baño refrescante, en fin, el obsequio gracioso de la naturaleza, en nada los conmueve. Todos están leyendo novelas y con la vista fija en las páginas impresas, sin importar las sugerencias del disfrute del entorno. En todas partes, (vestíbulos, hoteles, restaurantes o bancas de las calles), el comportamiento es igual.

A los arubanos les gusta relatar su historia. Cuando llegaron los españoles y no encontraron oro en la isla la llamaron inútil. Después regresaron para llevarse como esclavos, a la Hispaniola, a la mayoría de los indios Arawak que la habitaban. Más tarde vino la presencia de los africanos y holandeses.

A causa de los vientos permanentes el ramaje de los

trupillos arubanos se mantiene inclinado. Solo los cactus desafían las brisas. Un paseo por los treinta kilómetros de largo y quince de ancho de la isla, permite degustar, a vuelo de pájaro, como suele decirse, la variedad de atractivos. Museos bien resguardados, molinos al estilo holandés, santuarios de aves migratorias, puentes naturales en las rocas golpeadas por el fuerte oleaje, aguas tranquilas y cristalinas que invitan al baño, seguidas de zonas profundas apropiadas para el buceo. Y, como si todo esto fuese poco, un submarino lleva a los turistas a profundidades de cincuenta metros, donde el éxtasis de contemplar los corales y los peces suprime los nervios. Así lo experimentó la doctora Magdalena Machado de Consuegra, en un comienzo muy insegura e indecisa a la aventura, y después con ganas de repetirla. Es tanto el regalo de las entrañas marinas que trueca temores en sonrisas y deleites.

Pero, siempre hay uno o dos peros. En Aruba parece que se dieran cita los fumadores del mundo. Hoteles, calles, tiendas y restaurantes son muestrarios elocuentes de la polución de cigarrillos y tabacos. Padres y madres fuman al lado de sus pequeños hijos. Ni siquiera los alisios limpian el ambiente. Una tarde, por mera curiosidad, entramos a conocer el casino del hotel, y de inmediato traje a la memoria los tiempos de la pubertad, cuando asistía a las cercanías de mi pueblo, a las

quemazones de verano que servían para las siembras de abril.

También el festival nocturno de cohetes y sus ruidos que, en buena hora, han comenzado a erradicarse en Barranquilla. Es tanto el jolgorio de los juegos artificiales que las orillas de los andenes se mantienen repletas de los cartuchos utilizados en días anteriores.

Bueno, por último, Aruba, con un transporte aéreo de decenas de aviones diarios, necesita ya de un aeropuerto más apropiado.

Más luces, más brisas y más libros

El profesor Tomás Wilches viene de Cúcuta y exclama: Si este espectáculo lo ofreciera una ciudad norteamericana o europea los puentes del interior del país harían colas en los aeropuertos para recrear la vista. Pero como es Barranquilla, prefieren viajar a Miami.

Y es que la iluminación de las viviendas y de las calles rebasa lo acontecido en años pasados. Ahora el jugueteo de los miles de bombillos en cada casa obliga a la contemplación.

El ex Ministro y ahora catedrático de la Simón Bolívar, doctor César Esmeral Barros, comenta con orgullo: Desde el día primero todas las noches salgo temprano a recorrer calles y carreras. Y siempre encuentro nuevas decoraciones luminosas. Ahora quiero recuperar los muchos años que estuve en Bogotá contemplando el arte espontáneo de las familias barranquilleras.

Y Jorge Pérez, el ponderado editor y gerente de Grijalbo, con sonrisa placentera le dice a doña Anita: Este es el gran aguinaldo. Primero, la acogida, en plena calle, del libro de Ignacio, y después el feliz complemento del paseo.

El doctor Pérez no quería que la excursión terminara. Solicitaba más recorrido. Y en cada una de las moradas se bajaba del vehículo a disfrutar la novedosa experiencia. Y hasta le molestaba el ruido de las campanillas de los paleteros y el olor a cigarrillo de imprudentes fumadores. Esto es para disfrutarlo libre de perturbaciones, apenas con el rumor del viento y de la risa de los niños.

La presencia de miles de visitantes de los distintos barrios y de las poblaciones del Atlántico, estimulan a las familias que permanecen en las puertas de sus residencias satisfechas por la misión cumplida. En las carreras 58, 59, 60, 61, etc., decenas de buses permanecen estacionados esperando a los visitantes y centenares de carros circulan pausadamente para facilitar miradas.

El doctor Jorge Pérez mencionó la presentación del libro *Barranquilla: Umbral de la Arquitectura en Colombia*, de Ignacio Consuegra Bolívar. Y en verdad que, por su originalidad, será recordada por los asistentes. La calle

Real, como en los inolvidables tiempos del ayer, volvió a vestirse de gala para ofrecer confianza.

Allí estaban intelectuales de la ciudad y de América Latina, encabezados por Katia González Ripoll, Juan B. Fernández Renowitzky, Meira Delmar, Luis Felipe Palencia Caratt, Christian Ujueta, Rodolfo Zambrano, Felipe Domínguez, Yolanda de Muvdi, Lucy Abuchaibe, Ernesto Cortissoz, José Consuegra Bolívar, Alberto González Rubio, Roberto Angulo, Carla Celia, Gustavo Anaya, Alberto Zamudio, Leslie Arbovin, Alfredo de la Espriella, Rafael Iglesias, Leo Orellana, Jorge Moscato, Susie Schmulson, Margarita Galindo y tantos otros que ocuparon asientos en la mitad de la calle, en el espacio de los callejones Veinte de Julio y Cuartel.

En este libro se recoge la historia de la arquitectura barranquillera del ayer y de hoy, con el análisis crítico del autor, que pondera el significado del aporte de nuestra ciudad en el contexto nacional.

Y la noche azul y fresca de diciembre facilita el festejo. Yo estaba enfermo, pero también disfruté en plenitud. La garganta la tenía postrada, fruto del absurdo. Una noche anterior departí con amigos en un salón cerrado de un club social. Y allí los acondicionadores de aire obligaban a soportar bajas temperaturas inapropiadas para las sabrosuras del trópico.

Y esto antes era distinto, vale decir, más nuestro. Ahora las nuevas costumbres doblegan gustos. A los amigos les comentaba: Hace unos cincuenta y tres años mi hermano Eusebio se desempeñaba como jefe de personal de la fábrica Rayón Viscosa y mi padre dirigía el casino. En una de las vacaciones regresé de Bogotá, donde adelantaba estudios en la Universidad Nacional.

En la fábrica, donde solía visitarlos, conocí un empleado, bogotano, de piel blanca, y cachetes rosados. Ya en amistad le pregunté si le agradaba la ciudad. Y me respondió: Mucho. ¿Y qué le gusta más?, volví a indagarle. Entonces, y de inmediato, me contestó: ¡dormir desnudo!

La sorpresiva respuesta me obligó a comparar las alcobas frías de las casas coloniales bogotanas que servían de pensiones y hoteles a los estudiantes, con las muchas cobijas y pulgas. Y razón le concedía al nuevo amigo bogotano que, a lo mejor, nunca había sabido del disfrute de nuestro clima.

Y lo inconsecuente. Ahora, cuando los bogotanos han abandonado los abrigos y vestiduras de antaño y parecen calentanos, nosotros despreciamos el aire natural, hasta el muy delicioso del verano, para arroparnos en

las noches con gruesas mantas y así poder soportar el frío del aire acondicionado.

Bueno, ya lo decía Cicerón: ¡Oh tiempos, oh costumbres! Ahora abro bien las ventanas para saborear las páginas del hermoso libro *Carnaval de Barranquilla*, de Samuel D. Tcherassi, que me obsequia Servientrega. Es algo primoroso, elocuente fruto de la calidad artística del fotógrafo y autor. Como acertadamente comenta el gran Alfredo de la Espriella, la luz de las fotos fue la de los propios ojos de Samuel.

Urbanidad, costumbres y Navidad

El doctor Jaime Gómez Téllez me escribe una carta preocupado por mis observaciones a contertulios y amigos en las reuniones intelectuales que se llevan a cabo en las instalaciones de la Universidad Simón Bolívar.

Y las considero muy correctas, aunque casi todas las personas a quienes se las hago reconocen de inmediato que tengo razón.

Sea el caso de la manera muy barranquillera de recostarse de espaldas en muros y paredes con una pierna doblada y la suela del zapato ensuciando tapias.

En la Universidad Simón Bolívar nos afanamos por mantener sus paredes blancas. Pero los jóvenes estudiantes acostumbran a doblar piernas y dejar en ellas las huellas de las suelas.

Cuando los encuentro en esas posiciones les recuerdo

que en mi niñez y pubertad mi familia, como muchas otras que habitaban en el centro o en los barrios del sur, los domingos alquilaban una o dos horas de los automóviles de servicio público para pasear por las calles del barrio El Prado y ver, con ojos bien abiertos, las majestuosas mansiones de los ricos criollos y extranjeros.

Entonces les digo: En esos tiempos los oriundos de los pueblos o residentes en el sur, como ustedes, apenas sí desde lejos, con máxima admiración y boca abierta, podíamos gozar del fastuoso espectáculo.

Y les agrego: Ahora todo esto, artísticamente restaurado y embellecido, es de ustedes, para su usufructo y provecho. Y por eso deben resguardarlo.

El doctor Gómez Téllez me comenta que en el ayer, en las veladas y recepciones, las personas cruzaban sus piernas adecuadamente, de manera decente, como aconsejaban profesores y madres. El gran Manuel Antonio Carreño recomendaba: Las personas de buena educación, cuando se encuentran en una asamblea cualquiera, no solo tributan al cuerpo y a cada uno de sus miembros aquellos homenajes que están prescritos por sus particulares estatutos y por las reglas generales de la etiqueta, sino que cuidan de no olvidarse en ellas de sus deberes sociales, guardando a los contertulios todo

el respeto que no perturbe a los demás, especialmente en la forma de sentarse.

Porque lo desagradable no es cruzar las piernas, sino hacerlo como ahora se practica, colocando una sobre otra a una altura tal, agrega el doctor Gómez Téllez, que permite ver a los vecinos la suciedad de las suelas.

Y aún peor: Se mueve el zapato, como para sacudirlo, o se acaricia y soba con una de las manos.

El asunto, pues, no es cruzar las piernas. Es hacerlo como en el pasado. Digamos por caso, concluye el distinguido amigo, "como lo hacían mis abuelos, o como lo hace el presidente Pastrana en sus alocuciones de los jueves por televisión, sentado en un mullido sofá, con un discreto cruce de piernas".

Bueno, en fin, a mis familiares les he prometido que de ahora en adelante nunca más fastidiaré a los amigos, contertulios y estudiantes con las amistosas observaciones en el estilo de recostarse o sentarse.

Y mucho menos con regaños, aunque diga, como excusa, que yo no censuro al hijo del vecino sino al de mi casa. Para eso es la Navidad. Es el tiempo apropiado y oportuno de los cambios.

Y en cuanto a la Navidad nuestra, hay que expresar gratitud a las familias que adornan las fachadas de sus casas con luces multicolores. Ya Barranquilla tiene los carnavales y ahora la iluminación navideña, dos de sus más expresivas características del espíritu festivo de sus moradores.

De seguro muchos compatriotas de otros lugares vendrán en diciembre a admirar el festín de los bombillos titilantes. Y ojalá para entonces los candidatos de las pasadas elecciones hayan mandado a limpiar postes y paredes, que aun permanecen con sus retratos. Esta sería una conducta correcta que sabríamos reconocerles.

Flores y brisas

La primavera se ha adelantado. Apenas estamos a quince de noviembre y ya las flores, las brisas y el cielo azul, inician el festejo de la belleza veraniega barranquillera.

Despierto temprano para saborear el amanecer. Apenas la Luna y Marte permanecen en sus sitios defendiendo hermosuras. Ya la iluminación eléctrica impide contemplar estrellas. Hasta en Isabel López, mi pueblito de infancia, el encanto de las noches pertenece al pasado. Antes, el obsequio del cielo era sin límites. En la loma de la iglesia niños y adultos contaban luceros y se divertían contemplando el andar presuroso de los astros fugaces.

Les hablo a familiares y amigos del verdor de los patios y campos, y nadie parece tener tiempo para esas nimiedades. Y mucho menos para ver flores. En sus

carros modernos el placer de la vida se reduce al tributo a la velocidad.

Doña Anita y yo hemos domado a don César Ruiz. Él conduce su automóvil, que no puede pasar de treinta en la ciudad y de cuarenta en las carreteras. Y está feliz. Dice que es el primer chofer de taxi que realiza esta hazaña. Y hasta disfruta también la oferta del paisaje.

El invierno caprichoso de agosto, septiembre y octubre parece ser el promotor de esta primavera anticipada. Porque en el ayer solo en diciembre se iniciaba el festín. Recuerdo que desde el primero las Hijas de María iban todas las tardes al camino del jagüey a recoger flores para el altar de la Inmaculada Concepción.

La gran fiesta del pueblo era el ocho de diciembre, pero el rosario de la novena se rezaba con su debida anticipación. Y a la santa patrona se le adornaba el pedestal con los colores de los cortejos, los matarratones, uvas bellísimas, y demás flores silvestres.

Son las mismas que contemplé el domingo camino a Puerto Colombia. Y las que están en Barranquilla, con el feliz complemento de jardines con rosas, gardenias, musaendas, trinitarias, capitanas, cayenas y corales.

Y, a propósito, como suele decirse, he rectificado un poco el reproche al enjuiciamiento de las viviendas, fruto, tal vez, al temor de la violencia que nos agobia. Ahora observo que en las casas enrejadas hay más jardines que en las descubiertas. Y esto compensa el desagrado de las verjas individualizantes.

Las brisas facilitan la alegría de los paseos y caminatas. Ya no es necesario el refugio en locales refrigerados por los acondicionadores de aires. Los costeños de nuevo cuño dejan de quejarse por el calor. Como si ese clima que la madre natura obsequia no fuese la gracia de estas tierras.

Yo le repruebo a los cartageneros sus quejas por la temperatura en algunos meses. Entonces les replico: Gracias al calor y a la tibieza de las aguas caribeñas, llegan hasta acá a contemplar murallas los gringos, europeos que huyen de sus gélidos inviernos, y los andinos de sus frías alturas. Y a los barranquilleros les comento: ¿Cuándo se ha sabido que en estas costas se haya muerto una persona de calor? Sin embargo, en los Estados Unidos todos los años en el verano los muertos por el calor son muchos.

Y de igual manera les hago burlas a los residentes en la bella capital bogotana, porque el saludo cuando llego

allá a compartir festejos intelectuales, es el mismo: ¡Qué frío, ala! Entonces les respondo: Están equivocados. Esto es lo sabroso. Si no fuera así, ¿qué calentano o costeño subiría a estas lomas con oxígeno limitado? Acá arriba, amigos, a gozar frescuras.

En mi niñez, que no había tiempo para sentir bochornos, las brisas patrocinaban el vuelo de los cometas. Con un centavo se compraba el papel en colores. De la caña brava se hacía el andamiaje y el hilo de carrito complementaba la materia prima. Cada niño hacía su cometa. De los trapos viejos, unidas las tiras, se preparaba el rabo.

Y bien temprano de la tarde, el vuelo de los canarios, pitirres, cucaracheros, tuertoluses y goleros, cedía el espacio a las cometas zumbadoras.

Bueno, pensaba hablar en esta columna de libros. De los dos mil ochocientos libros (contados por el doctor Jorge Greco) del Museo Bibliográfico Bolivariano de la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar. Lo haré en la próxima.

Cartagena embellecida

Viajamos a Cartagena a compartir regocijos con Katty Char y las familias Tinoco y Rico. Doña Anita apresura la visita para gozar la oportunidad de contemplar la blancura de las paredes recién pintadas, antes de que los candidatos a las corporaciones públicas y a las administraciones departamental y municipal, las cubran con sus avisos proselitistas.

Y en verdad el espectáculo es sencillamente placentero. Distinto a Barranquilla, todavía la ciudad amurallada y los barrios circundantes se encuentran libres de carteles y anuncios de los aspirantes.

En Barranquilla la orgía de las letras y palabras en todos los colores y dimensiones desborda antecedentes. Decenas de pretendientes solicitan al transeúnte el respaldo en los próximos comicios.

Siempre, en los tiempos preelectorales el cotarro se alborota y las aspiraciones dormidas despiertan muy activas. Al primer cartel, discurso o anuncio, aparecen centenares de postulantes con derroche de disposición y ánimos. Como graciosamente comentaba un pariente, ese fenómeno guarda parecido con las compañeras de los caninos en días de celo. Porque todo está tranquilo en las casas hasta cuando el olor incitante enloquece a los machos. Entonces los de la cuadra abandonan sus puestos de vigilancia en busca de la apetitosa oportunidad.

Tanto es así que los presupuestos familiares se maltratan. En la Universidad Simón Bolívar los colegas del Decano de Derecho, doctor Carlos Llanos, no salen del asombro. Dicen ellos que el novel candidato a la Asamblea, muy parco en erogaciones dinerarias, ahora sus ahorros van a dar a las imprentas donde le imprimen las calcomanías que pega en los vidrios de los automóviles de los compañeros de labores pedagógicas que lo acolitan.

Bueno, vuelvo a Cartagena, para expresar complacencias: Un paseo por el Corralito de Piedra, Bocagrande o Getsemaní, satisface exigencias. Balcones iluminados con faroles al estilo antiguo y adornados con matas florecidas; edificios pintados de blanco o suaves colores. Y, como siempre, la acogida generosa de sus habitantes.

En las murallas las parejas de enamorados le sacan provecho al sentimiento sublime. Esa hermosa realidad es la antítesis del pasado. Antes, en el día y la noche los vigías permanecían allí oteando el horizonte para detectar piratas; ahora esos sitios solo sirven de agradable respaldo para contemplar un mar que cumple la bella misión de adecuado panorama a los tórtolos.

De regreso a Cartagena el correo me depara más deleites. Recibo nuevos libros remitidos por generosos amigos. La actividad intelectual creadora no descansa. De todas partes de Colombia el legado de los escritores se acrecienta.

De Antonio Cacua Prada leo un ensayo sobre la Cultura y el Lenguaje, que presentó como tesis la pasada tarde cuando fue recibido como Miembro de Número de la Academia Colombiana de la Lengua. Una vez más el erudito, historiador y filólogo, permite apreciar el estilo de un maestro de las letras.

Carlos Arboleda González, Director del Instituto Caldense de Cultura, me obsequia dos volúmenes que recogen los estudios de Max Grillo sobre Francisco de Paula Santander.

Desde Armenia Raúl Flórez Duque envía el apa-

sionante análisis de la presencia europea en la América India. Humberto Senegal, en el prólogo, dice: "Mediante una prosa casi ficcional, elegante, periodística en ocasiones, de inocultable vuelo lírico, el autor nos invita a participar de su mirada retrospectiva de un período cruento, inhumano y capaz de todos los excesos como lo fue el de la Conquista".

De Sevilla, España, la Escuela de Estudios Hispano Americanos, llega también un grueso tomo acerca del comercio y la historia económica y cultural de la época colonial.

Y el señor Cónsul de la República Popular China, doctor Gu Jiaying y su señora doña Liu Heyi, me entregan revistas y libros, entre ellos, *Geografía Física, Economía y Humana China* y *China, hechos y cifras 2000*.

Que Cartagena continúe embelleciendo sus calles y monumentos, y los escritores colombianos y del mundo se mantengan con la pluma en la mano, son acontecimientos que alimentan la alegría de vivir.

La muerte en la poesía

En la Universidad Simón Bolívar hay dos cultores de la poesía sobre la muerte. El doctor Leonello Marthe Zapata las compila y comenta, y el doctor Antonio Spirko se las aprende de memoria para recitarlas a los contertulios en los velorios.

Estos dos amigos, con sus ocurrencias, me conducen al recuerdo de la infancia. Allá en Isabel López los velorios eran motivo de encuentro nocturno para los campesinos. Y siempre había oportunidad para la asistencia. Porque unos empataban con otros, ya que las ceremonias se extendían hasta el cabo de año: Primero, los rigurosos nueve días, de llantos recordatorios de las señoras; después el mes, con rosario y café caliente. Y si no se daba otra defunción de reemplazo, hasta completar el año.

Las largas bancas de las dos escuelas, de los niños y

las niñas, porque entonces no se conocían los pupitres, las prestaban los deudos desde las seis de la tarde. Y allí estaban todos los paisanos contando las historias de los aparecidos y fantasmas.

Los niños, a pesar del miedo a las almas en pena, llegábamos a escuchar. Recuerdo que una noche, a dos cuadras de distancia de la casa, en el velorio de mana Manuela Fábregas, al oír los gritos de mi padre a la hora de ir a dormir, salí corriendo con los ojos cerrados, y en el trayecto tropecé con una vaca que dormía y fui a dar a la pila de sus excrementos.

El cementerio propiciaba temor. Casi todos los que por algún motivo pasaron cerca de sus predios a las doce de la noche, vieron el desfile de sus huéspedes con las faldas blancas. Porque a las doce de la noche, sin falta, salían a recorrer los pasos los enterrados.

Ya la luz eléctrica acabó con ese mundo de fantasías, pero ahí están los intelectuales que sacan provecho a las creencias del ayer.

El doctor Leonello Marthe Zapata es médico y director supremo del Cementerio Universal, testimonio arquitectónico de la historia barranquillera. Porque ahora, cuando ya las tumbas no tienen cabida en los cemen-

terios modernos, él y sus hermanos de la Sociedad de Caridad, cuidan sepulcros y embellecen monumentos.

Al doctor Marthe Zapata no le llega la historia del gracioso de mi pariente Armando Consuegra, siempre en disposición y ánimo para disfrutar sonrisas, curandero y carpintero, quien puso un letrero en la puerta de su establecimiento: Se atienden enfermos y se hacen cajones: Servicio completo.

Y digo lo anterior porque el doctor Marthe Zapata, como ginecólogo, recibe a los nacientes en el despertar de la vida, y apenas, desde lejos, propicia una morada a los que parten.

Y lo sorprendente del asunto es que el doctor Marthe Zapata ha involucrado en la singular inquietud, de escribir un libro sobre la poesía a la muerte, a toda su parentela. De estímulo e inspiración le sirve doña Josefina Turbay de Marthe, la esposa a quien le dedica el libro en nota pesimista y tal vez poco agradable para quien ha sido la compañera inseparable: "Podría ser este mi último esfuerzo intelectual". Y Norma y Juan, los hermanos, compilaron el material en las bibliotecas de las Universidades del Norte y Simón Bolívar. Ni siquiera la secretaria, doña Lourdes Roca Cantillo, se escapó de tan original esfuerzo intelectual.

En este nuevo libro el autor responde a su tradición de meritorio analista e investigador. Entre sus obras anteriores hay algunas donde puede valorarse su espíritu altruista y su ejemplar conducta de intelectual agradecido, que sabe exaltar el legado de los servidores de la cultura.

Hace una década editó las cartas que el idealista y romántico tío Manuel Marthe Carrasco, escribió desde las trincheras francesas en la Primera Guerra Mundial, donde espontáneamente fue a luchar a favor de la patria de sus antepasados. Recuerdo que en la nota de presentación de esa obra, escribí: El epílogo del tío Manuel fue simple y doloroso. El caporal comunicó a la familia el desenlace. Las esquirlas de los cañones boches le abrieron la sien. Lamentable fatalidad para un hombre que en todo instante tenía presente a los suyos. Por eso les hacía saber en sus misivas: "Si me matan moriré con el placer de haberlos amado mucho. Si continúo viviendo los amaré más".

También en la historia de la Sociedad de Hermanos de la Caridad, el doctor Leonello Marthe rinde homenaje a los compañeros que en el pasado rompieron la tradición de la intolerancia religiosa, para dejar a un lado toda clase de discriminaciones en el servicio y uso de los camposantos. Pleno de regocijo reconoce el

actuar de compañeros que han dedicado empeños y desvelos en forma filantrópica al cuidado del histórico Cementerio Uníversal de Barranquilla.

Para presentar el esfuerzo y justificar la misión, el doctor Leonello Marthe Zapata, ha escrito, recordando a Azorín y Paul Valery: "No se puede mirar inteligentemente al futuro, a menos que esté uno preparado a mirar atentamente el pasado. No apostaría un centavo por el futuro de un pueblo que no reconoce el pasado".

Cultura

La actividad cultural en la Costa

Las universidades de la Costa se reunieron en días pasados en los amplios salones del Hotel El Prado. Fue un espectáculo de compromiso con la cultura y la creación intelectual. Miles de estudiantes adquirieron libros y revistas que todos los centros de educación superior ofertaban en sus respectivos pabellones.

Allí estaba el fruto del compromiso de profesores e investigadores que responden con creces a la confianza depositada por la comunidad estudiantil. Yo tuve la grata y estimulante oportunidad de asistir a las conferencias y de disfrutar el alborozo de la juventud, deseosa de empaparse de las realizaciones de las distintas instituciones y de las facilidades de acceso programadas para la iniciación del año dos mil.

Y es que las Universidades están respondiendo con acierto a la labor que adelantan, en el campo de

la cultura, organismos oficiales y sin ánimo de lucro. Todos los días en Barranquilla las salas y teatros cons-truidos para esos fines presentan libros o inauguran exposiciones de pintura o escultura. La Gobernación Departamental, la Alcaldía Distrital, Comfamiliar, Bellas Artes, etc., y las universidades barranquilleras, patrocinan dichos actos. La semana pasada, sea el caso, la Universidad Metropolitana festejó sus veinticinco años de existencia y la ceremonia central fue la entrega, a los centenares de invitados que compartieron el regocijo, del libro de su ilustre Rector Eduardo Acosta Bendeck, *Pedagogía Siglo XXI*.

E igual que en Barranquilla, en las capitales y ciudades de los departamentos de la Costa la actividad cultural es digna de admiración y reconocimiento. En Cartagena la semana pasada se reunieron economistas de la región y del país en el aula máxima de la Universidad IAFIC, y muchos fueron los nuevos libros presentados por sus autores. Y en el Teatro Heredia, esa joya del arte del pasado felizmente remodelado, la Sociedad de Amor a Cartagena, en sus cincuenta años de fructífera vida, expresó gratitud a sus amigos y benefactores en ceremonia precedida por la hermosa actuación de jóvenes estudiantes en distintas expresiones artísticas.

De Montería, Sincelejo, Valledupar, Santa Marta,

Riohacha y San Andrés recibo permanentemente invitaciones para que asista a la presentación de libros y a las exposiciones de pintura. La producción libresco y artística está a la orden del día. Y en todas partes se valora el esfuerzo creador de los escritores, pintores y escultores. En la patria chica de David Sánchez Juliao lo recibieron hace poco con honores, y las calles se engalanaron para bailar en su nombre por la entrega de nuevas novelas. Allí estuvo presente la Editorial Plaza & Janés. Y próximamente Grijalbo, la otra editora de sus cuentos y relatos, también llegará a Lorica al bautizo de *De Viaje*. Para este acontecimiento los dinámicos gerentes de esas dos prestigiosas editoriales de la lengua castellana, los doctores Jorge Pérez y Benjamín Ramírez, actuarán solidariamente para extender a los escritores de la Costa el reconocimiento al fecundo loriqueño.

El papel que les corresponde a las Casas de la Cultura de los departamentos, municipios y universidades es expresivo y fecundo. Estas dependencias auspician y reconocen el trabajo intelectual. En Barranquilla y en todas las ciudades costeñas su labor es ejemplar. Y ellas reciben respuestas afirmativas de la ciudadanía que siempre llena sus instalaciones con presencia solidaria.

Ante esta espléndida realidad de fomento de la

cultura deseo dejar constancia de mi admiración por la Universidad de nuestra Costa Caribe y por todas las instituciones que tienen a su cargo la valoración del libro y del arte. El acaecimiento del Hotel El Prado organizado por el CRES Norte, el organismo que agrupa las Universidades de la Costa, certifica el compromiso de las casas de estudios superiores con el resguardo y promoción de la cultura de la Costa y de Colombia.

Una fiesta inolvidable

La Sociedad Hermanos de la Caridad le ha obsequiado a Barranquilla una nueva biblioteca: La noche de la inauguración las bellas instalaciones estuvieron repletas de invitados que compartieron alegrías y gozos espirituales. Porque el feliz acontecimiento satisfizo gustos y expectativas: Fue sencillamente, una fiesta inolvidable.

El buen decir, la palabra hilvanada con hilos relucientes, "manzana de oro en canastilla de plata", como la tildaba el rey Salomón; el verso iluminado que acaricia oídos; el obsequio plácido de las notas musicales armoniosas, todo eso, en fin, en pródigo banquete que se supo disfrutar, y aún prevalece en el recuerdo azucarado.

El hecho de asistir al inicio de actividades de una nueva biblioteca para la comunidad, constituye motivo

suficiente de bienestar. Y si el saludable suceso involucra obsequios artísticos, el regocijo se multiplica.

Gracias, pues, a los doctores Leonello Marthe Zapata e Iván Herrera Michel, por sus magníficos discursos; a los poetas Jorge Valencia Jaramillo y Luis Bernardo Flórez Suárez, y a los jóvenes integrantes de la Orquesta Filarmónica del Caribe.

Tan repleto del tierno sentir y de aprecio a la belleza estaba el doctor Leonello, que al escuchar a un contertulio ponderar los privilegios de la moderna existencia, que ofrece el prodigio de la luz eléctrica iluminadora de salones y calles, prisionero del recuerdo grato de la infancia en las calles de su barrio Abajo, de inmediato supo responderle: Bueno, pero antes podíamos contemplar los cielos estrellados y los bólidos que permitían deseos, mientras ahora apenas pueden verse los vehículos presurosos que saturan el aire con el humo de sus "mofles".

Y algo significativo digno de mencionarse: Como si los centenares de asistentes que repletaban la sala principal de la Biblioteca Julio Hoenigsberg, hubiesen regresado a tiempos distintos a los de hoy, de predominio del afán dinerario y el pensar materialista, a los poetas y a los músicos se les pedía más declamaciones

e interpretaciones. Con la música tanto se había com-
penetrado el ingeniero Manuel Marthe, que le comentó
en voz alta a una señora deseosa de saber los nombres
de las obras interpretadas por la orquesta: los nombres
poco importan cuando se saborea la bendición divina
del ritmo.

Ahora tengo en mis manos los libros *Memorias de la Muerte y el Amor* y *Corazón Derrotado*, de Jorge Valencia Jaramillo, y *Elegía, Poemario Campesino, Divagaciones*, de Luis Bernardo Flórez Suárez.

Las creaciones de Jorge Valencia Jaramillo son la gracia derramada en el verso. Los aplausos casi interminables de sus admiradores en la noche pasada atestiguan el regocijo que ofrecen sus máximas deducciones irónicas. Juguetea con el amor, la mujer y la razón de vivir. Cuando hay amor, escribe, hay dolor; cuando no hay amor, más dolor.

A veces el poeta Valencia Jaramillo responde a los cánones de los trovadores del amor. Entonces piensa que para muchos de los amores la vida es demasiado larga. En cambio para el suyo parece demasiado corta. Por eso se queja de no tener poder sobrenatural para prolongar el tiempo, hacerlo infinito, y amar a la compañera infinitamente. Pero también la meditación filosófica

encuentra campo fértil en el númen del bardo. En esos momentos medita: "El olvido y la muerte son la misma cosa: y son horribles los dos".

Por su parte Luis Bernardo Flórez Suárez se apega al paisaje y al ancestro. Y le canta al campesino en voz alta, con rebeldía y con el corazón en llamas. Y le rinde homenaje al padre, "en cuyos ojos se copiaron muchos surcos calcinados bajo los soles rebeldes de su tierra".

Luis Bernardo retorna al ayer para compartir vivencias con sus hermanos, los hombres del campo y de la brega sin pausa. Y acariciando orgullos levanta la frente para dejar constancia de su sentir sencillo, porque sale de las entrañas de los surcos que abren las manos callosas de los campesinos. El niño y la madre campesina también surgen de la figura poética. Para el poeta el dolor campesino es niño en desamparo. Y a la madre ausente le recuerda que es mejor estar juntos para amasar el pan.

Bueno, la lectura del mensaje de estos dos poetas abre saludables paréntesis en la incertidumbre que oscurece senderos.

Gracias, Barranquilla

Escucho a los doctores Gustavo Raad Mulford, Leonello Marthe Zapata y Pedro Obregón, y comparto sus opiniones. Tres días después, el Ilustre rector Tomás Wilches y su simpática señora, doña Miriam, me hacían saber, plenos de complacencia, que teníamos razón.

Mis amigos no entienden cómo algunos barranquilleros desprecian la fiesta del Carnaval y se ausentan a Miami, o a cualquier otro sitio que les evite escuchar los sonidos de las flautas de millo y del tambor, y mirar el colorido de los disfraces y de los vestidos de los jóvenes cumbiamberos.

Bolívar, cuando pregonaba sus idearios de unidad latinoamericana, decía el poeta y arquitecto Raad Mulford, argumentaba que ella era posible porque contábamos con una misma lengua, una misma religión y unas mismas costumbres. Y el Carnaval es una de esas costumbres, que lo mismo se disfruta en el Caribe como en la andina Bolivia.

También, agregaba, a lo mejor esas personas en Semana Santa prefieren algunas playas ajenas al recogimiento espiritual y no gozan la simplicidad de los mote de ñame y ahuyama y de las ensaladas de papaya, sin carnes de res o cerdo, pero sí con las sabrosuras de los salpicones de las riquezas de nuestros mares y la sazón que prodigan las manos veteranas de las abuelas.

Doña Anita y yo estuvimos desde bien temprano en compañía de Jorge Greco, quien vino desde Buenos Aires nuevamente a parrandear los Carnavales, y los miembros de la familia bolivariana.

Tanto la Batalla de Flores como la Gran Parada estuvieron sencillamente deslumbrantes. Decenas de miles de danzarines repletos de alegría contagiosa. Decenas de orquestas y conjuntos que esparcían, con la complicidad de las brisas frescas, las notas de nuestra música auténtica y autóctona. El influjo era tal que hasta el gerente general de la Editorial Grijalbo y genuino boyacense, doctor Jorge Ignacio Pérez, seguía el compás en las graderías de los palcos meneando cintura y agitando los brazos.

Del desfile supe apreciar su pasado y porvenir. Miles de miembros de la tercera edad bailando como en sus mejores tiempos de juventud sin asomo de cansancio. Y los niños, de meses hasta la pubertad, presagiando la

vivencia de la sana diversión y del esparcimiento familiar y comunitario.

La tarde y noche del martes fue de deleite máximo. En el desfile de la calle ochenta y cuatro la familia se ubicó en frente de la Iglesia de la Torcoroma. El doctor Wilches y su señora, como santandereanos de pura cepa, querían estar cerca del templo de la santa patrona para después asistir a la misa de las ocho. Y allí había cordura y silencio. Por eso, sentados en el borde de la calle, escuchamos en su plenitud embriagadora, la dulce cadencia de las flautas, el estruendo rítmico de las trompetas de las bandas papayeras y los cantos de los danzarines.

Ahora, al recordar la presencia multitudinaria de nuestra gente, con rostros sonreídos y ánimos saturados de embeleso, me apresuro a darle las gracias a Barranquilla, quiero decir, a sus habitantes y turistas, por la muestra de hermandad festiva. Esa conducta de esparcimiento sano y compartido es tanto más digno de aprecio cuanto el país desespera bajo el rigor de la intolerancia y la violencia.

Que siga Barranquilla así, como quieren verla siempre mis amigos los escritores Raad, Marthe y Obregón, para participar con ellos en el jolgorio de los Carnavales.

Carnaval y cultura

El presente Carnaval se siente estimulado por varios hechos y razones. En sus preámbulos se inició la presentación de la película *El Último Carnaval*, de Ernesto McCausland Sojo; este año de 1999 termina el siglo; las conversaciones de la paz siguen adelante y necesitan de máximas expresiones de alegría y confraternidad, virtudes propias del pueblo costeño y, particularmente, de Barranquilla; se conmemora el cincuenta aniversario de la lectura del Bando.

La valoración del folclor, la gracia popular, la imagen de una comunidad creadora, la entrega espontánea a la alegría, todo eso se resume en el esfuerzo intelectual del narrador y periodista Ernesto McCausland Sojo y sus compañeros de insurgencia artística.

El cine ha sido el gran vehículo complementario del libro y la prensa en la sagrada misión de la labor y la divulgación cultural.

El Último Carnaval fue fruto de la espontaneidad de sus gestores, tal como son las danzas y comparsas de las fiestas febrerillas. Y es, sencillamente, un homenaje al espléndido acontecer auténtico. Allí está Barranquilla reflejada con toda su riqueza de originalidad. Estercita Forero y el Barrio Abajo, cuna del folclor y costumbres, con sus calles solariegas que vieron crecer a nuestro amigo y compañero de actividades universitarias doctor Leonello Marthe Zapata, el escritor y médico que cura a sus pacientes otoñales con charlas estimulantes sobre la sabrosura de la vida y la importancia de mantenerse con espíritu juvenil en los predios de la primavera.

El Carnaval, como expresión máxima del jolgorio de un pueblo y muestra divertida de manifestaciones ancestrales y culturales, encuentra en el escritor y guardián del legado histórico de Barranquilla, Alfredo de la Espriella, su más fiel compromisario.

Desde 1949 Alfredo de la Espriella cumple la agradable misión de escribir el Bando, o mandato solemnemente divertido, que las reinas de turno decretan a sus súbditos, en el simpático propósito de obtener una respuesta favorable al disfrute colectivo.

Desde las tempranas horas de ese miércoles sabrochongo del veinte de enero, doña Anita leyó *El Heraldito*

y me anunció nuestra presencia en el Museo Romántico. Y allí estábamos a las cuatro de la tarde en disposición y ánimo de compartir, con el sentimiento repleto de complacencia al lado del gran Alfredo, el homenaje que se le tributaba con motivo de la lectura del Bando.

Al Museo Romántico llegaron todas las soberanas de hoy y del ayer en una caravana esplendorosa de automóviles de modelos antiguos y música de porro y cumbia. Y abro un paréntesis, como suele decirse, para contar una anécdota. Segundos antes de iniciarse el programa, y cuando conversaba con Rafael Campo Miranda, el maestro y compositor de Playa, Brisa y Mar, y tantas otras joyas de nuestra música carnavalesca y auténtica, Marco T. Barros, el columnista del suceso añejo digno de recordarse, Roberto León, Presidente de la Sociedad de Mejoras Públicas, y Alberto Martínez, se acercó Alfredo de la Espriella, y me preguntó dónde estaba y qué hacía yo ese día inolvidable de la lectura del primer Bando. Y entonces le respondí: Nada más y nada menos que en el exilio, en Venezuela. Claro, comentó Alfredo, si tú eras líder universitario gaitanista, director del Periódico *Frente Nacional* y agitador de tracamandaca.

Alfredo de la Espriella nos obliga a recordar a Montaigne: "La prueba más clara de sabiduría es una alegría continua". Sobre todo cuando ella es compartida.

Por toda su entrega a la tradición y a la diversión carnaválica, varias organizaciones guardianas del patrimonio cultural y festivo de Barranquilla, lo colmaron de reconocimientos. Y, como necesario y oportuno, también su ejemplar labor al frente del Museo Romántico y su misión de escritor de la historia de Barranquilla, motiva la gratitud de sus conciudadanos. Por eso la Universidad Simón Bolívar le hizo entrega de su más alta condecoración la noche del jueves, cuando en el Hotel El Prado se reunieron sus amigos para recibir su nuevo libro *Barranquilla de Cabo a Rabo* y ofrecerle respaldo al proyecto de reconstrucción de la capilla del Museo.

El patrimonio arquitectónico

En la columna pasada escribí sobre la muy estimulante conducta de las organizaciones cívicas encargadas de valorar y reconocer los méritos y labores adelantadas por personas a favor del desarrollo económico y cultural de Barranquilla.

Esta vez rebosamos de complacencia al ser testigos de los propósitos que animan a eminentes profesionales empeñados en restaurar el barrio, llamado centro, origen de la ciudad y cuna de la actividad comercial de La Arenosa.

Con motivo del festejo del Día del Patrimonio Histórico, en todos los municipios colombianos se llevaron a cabo concurridos encuentros de vecinos, en disposición y ánimo de contribuir, con respaldo solidario, al cuidado del legado digno de preservar.

En Barranquilla su calle Real volvió a vestirse con traje nuevo y a mostrar los encantos del ayer. Allí estaban los descendientes de los criollos y extranjeros que supieron responder a las oportunidades que les ofreció el destino.

En todo el siglo diecinueve y en la primera mitad del siglo veinte, Barranquilla jugó un papel importante en la actividad económica del país. En ella se instalaron fábricas y empresas importadoras y exportadoras de mercancías.

Al lado de los nacionales, muchos fueron los extranjeros que la escogieron para radicarse. Norteamericanos, españoles, franceses, árabes, italianos, venezolanos, chinos, llegaron a su predio, algunos a negociar y otros a refugiarse de las guerras y dictaduras que padecían sus patrias. Pero todos, después, respondieron, al generoso albergue con laboriosidad y gratitud.

En la mañana del domingo los Muvdi, Cortissoz, de la Espriella, Dugand, Volpe, y tantos otros, estaban allí para dialogar sobre las travesuras de la niñez, ajena a los peligros de vehículos apresurados y de parlantes ruidosos.

Y como lo demuestra el arquitecto Ignacio Consuegra

Bolívar en su libro *Barranquilla: Umbral de la Arquitectura en Colombia*, acá se inició lo que podríamos llamar la construcción republicana, con bulevares, avenidas y calles anchas.

En ocasiones anteriores he escrito sobre el barrio El Prado, con sus mansiones al estilo de palacetes de las ciudades europeas y asiáticas. Recuerdo que en mis viajes a la Unión Soviética cada dos años para dictar conferencias, de regreso en las visitas a Italia, España, Francia, Líbano, Siria, etc., muchas veces doña Anita, al pasear por las calles de sus capitales, solía decirme: Mira la casa de los Muvdi, de los Mancini (donde están ahora las oficinas de *El Herald*), de los De Mares, etc. La Perla, actual sede de la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar, es copia de la homónima de la Costa Azul, en Francia, residencia veraniega de Charles Chaplin.

El Hotel El Prado, joya de casi ochenta años, era único en la expresión tropical y en el tamaño. Aún permanece en su grandeza y comodidades con sus características originales.

Por cierto, como dato interesante, todas esas viviendas monumentales fueron el fruto acertado de maestros de obra y artesanos vernáculos. Precisamente, parte de mi niñez y juventud la viví en la calle Obando, en

todo el frente de la residencia de don Luis Gutiérrez de la Hoz, el constructor de buena parte de El Prado. También el doctor Rafael Bolaño Movilla, Secretario General de la Simoncho, como cariñosamente llaman los estudiantes a su Casa de Estudios Superiores, nació y se crió en ese lugar.

Y como El Prado, el viejo centro muestra sus espléndidos edificios, ahora abandonados y apenas con las plantas bajas utilizadas, que bien podrían servir para que centenares de familias desposeídas las ocuparan.

La mayoría de las ciudades que aumentaron su población y expandieron el perímetro, protegieron los barrios antiguos. Yo tuve la feliz oportunidad de residir con mi familia en muchos de ellos en mis épocas de estudiante y catedrático: En 1945, al llegar a Bogotá, residí en la Pensión Magdalena, en el sector colonial, casa que fue habitada por el ex presidente Laureano Gómez, y en ella nacieron sus hijos; en Cartagena, en algunos de sus hoteles de la zona amurallada; en Popayán, en el Hotel Limber, enfrente de la Universidad del Cauca; en Maracaibo, en su restaurado espacio antiguo.

Bueno, que el sueño de los buenos barranquilleros se cumpla en los días por venir, para tener el grato placer de regresar a caminar las hermosas calles que disfrutamos en el pasado.

El mensaje de la gratitud

Antes se decía que Barranquilla era una ciudad sin memoria. Eso para referirse a su conducta limitada en la valoración o el recuerdo de personas y acontecimientos.

Pero ahora las cosas han cambiado. Y, por el contrario, es de admirar la misión cumplida por organizaciones cívicas que periódicamente hacen del encuentro reconecedor un acontecimiento festivo que se comparte con amistoso regocijo.

La gratitud y la admiración por las realizaciones ajenas es virtud digna de alabarse. Ya decía Cicerón que la gratitud no solo es la más grande de las virtudes, sino, también, la que engendra todas las demás. Y Cervantes recordaba que se puede considerar como gente bien nacida la que sabe agradecer los beneficios recibidos.

La semana pasada la Secretaría Distrital de Educación

de Barranquilla rindió homenaje a los educadores. Fue un espléndido suceso de complacencia y alegría. El teatro de la Universidad del Norte se revistió de gala para obsequiar simpatías. El ilustre Rector, doctor Jesús Ferro Bayona, fue elocuente en su oportuno y aplaudido discurso a que pronunció en nombre de los agasajados.

El hermoso ceremonial se adelantó bajo la dirección de las doctoras Rosmar Carrillo Rojano, Secretaria de Educación, y Ana Lucía Martelo C. Y la parte artística estuvo a cargo de la Corporación Batuta Atlántico de Uninorte.

Los servidores de la educación recibieron distintos galardones: Las medallas María Alcalá de Cera y Ciudad de Barranquilla, fueron para los educadores que han contribuido al desarrollo y han propiciado adelantos a través de actividades y proyectos pedagógicos; las placas enmarcadas se entregaron a los autores de libros de enseñanza y ensayos; y los Pergaminos y Diplomas, a Rectores y responsables de labores administrativas en escuelas, colegios y universidades.

Entre los orientadores, maestros y profesores sobresalientes recibieron esa tarde memorable el aplauso de la nutrida concurrencia el señor Arzobispo monseñor Rubén Salazar Gómez; el señor Alcalde, padre Bernardo Hoyos Montoya; el señor Rector de la Universidad del

Atlántico, doctor Ubaldo Meza Ricardo; el señor Rector de la Universidad del Norte, doctor Jesús Ferro Bayona; el doctor Marco Tulio Calderón, Presidente de ACOPRIS; el sacerdote Donaldó Ortiz, Presidente de CONOCED, los intelectuales y escritores Alfredo de la Espriella, Tomás Urueta de la Hoz, Luis Felipe Palencia Caratt, Nohora Carbonell, María Isabel Hoyos de Mosquera, Norma Carmona y otras veinte personalidades.

Unas noches antes el programa radial Cívicos en Acción que dirige el doctor Álvaro García Quiñones y su señora, la doctora Lilia de García, reunió en el salón de actos del Hotel Barranquilla Plaza unos mil fomentadores de la cultura que se regocijaron con el homenaje ofrecido a un grupo de intelectuales y empresarios que sobresalen en Barranquilla por su constancia en la labor creadora.

Recibieron las condecoraciones de Cívicos Excelentes y de Oro Cívico, entre otros, los doctores y periodistas Rafael Bermúdez, Concepción Guerrero, Luz Mery Guerrero, Lizette de Espinosa, Eduardo Arango Piñeres, Delfina de Beltrán, Zoraida Noriega, Rafael Sarmiento, Eduardo Esper, Marco T. Barros, Claudia Conde, Gustavo Barros, Roberto Llanos, Tino Choperena, Marina Hurtado, Ignacio Consuegra Bolívar, Jorge Pizano, Piroaska Adam, Conchita Salcedo, Pedro Cadena, Antonio Vallejo, Rafael Salcedo, Víctor González, Vivian

Llinás de Moreno, Lianette Certain, Nayibe García, Carlos Peña.

En el disfrute social, los esposos García Quiñones se sobraron, como suelen decir los barranquilleros, en atenciones: Un bufé rico en variadas sabrosuras y abundancia de vinos criollos y chilenos que estimularon la charla amistosa entre los contertulios.

Y como estoy en los predios del sentimiento que obliga a estimar el beneficio recibido, agradezco el máximo obsequio que halaga mis deseos: Muchas gracias le digo al arquitecto Alberto Mendoza Morales, Presidente de la Sociedad Geográfica de Colombia, por el envío de su libro *Colombia: Estado Regional, Ordenamiento Territorial*. Como el autor lo expresa en la presentación, "el ordenamiento territorial del país abre un horizonte histórico que llega al corazón de la nacionalidad. La tarea de fondo es política y económica. Está en organizar a Colombia como Estado Regional, alternativo entre el Estado Federal y el Estado Centralista".

Francisco González Patiño, el catedrático bogotano radicado en La Arenosa desde hace treinta años, me entrega personalmente su reciente estudio titulado *Amor Infinito, Ausencia sin Temores*, pulcramente impreso por la Editorial Antillas bajo la dirección del escritor Abel Ávila Guzmán.

Volver a Cartagena

Cada vez que se visita a Cartagena el obsequio de su belleza mantiene los brazos abiertos para estimular complacencias. No importa cuánto tiempo haya transcurrido –meses o años– siempre la sorpresa grata aflora.

Porque allí está la conjunción sublime: murallas, casas, balconajes, callejuelas torcidas, muestrarios elocuentes de un esplendor histórico; rascacielos de estos tiempos modernos y rodeándola, como para adornar el embarque, el verdeazul del mar Caribe, por un lado, y la serena majestad de la bahía, por el otro.

Llego en misión académica en compañía del doctor Eugenio Bolívar y de la ex magistrada Carmen Alicia de Bolívar, y del doctor Tomás Wilches, Rector de la Universidad Simón Bolívar, subsede de Cúcuta, y su señora esposa doña Miriam de Wilches.

Esa tarde del sábado reciben diplomas de contadores

públicos y administradores de empresas un centenar de jóvenes egresados de la subse de la Universidad Simón Bolívar, en convenio con la Corporación de Educación Superior, IAFIC.

El acto de graduación es sencillo pero solemne. En los discursos los doctores Fernando Tinoco, Katty Tinoco de Char, Florentino Rico, Alfredo Bello Castro y Julio Avilés Vergara, se refieren al sagrado compromiso de la labor educacionista, y al regocijo que prodiga la misión cumplida.

De inmediato, una vez concluida la ceremonia, salimos a recorrer las calles de la ciudad añeja. El doctor Eugenio Bolívar, con su acostumbrada prudencia, va al frente del timón. La escasa velocidad facilita el goce. Nunca antes había contemplado tanto alborozo. Centenares de automóviles copan todas las aceras como estacionamientos necesarios. Y en las plazuelas las orquestas, bandas, conjuntos folclóricos y vallenatos, retumban acolitando festejos.

Después del paseo motorizado, al Fuerte del Pastelillo. En los predios del Club de Pesca el portero pregunta si tenemos reservación. Y de inmediato le respondo que desde hace cuarenta años. Porque era entonces cuando, en compañía de Jorge Child, Raúl Alameda, Bianor

García, Carlos Calderón Mosquera, Cecilia Porras, doña Anita y otros catedráticos, con frecuencia degustábamos sabrosuras marinas. En esos días la ciudad apenas despertaba de su placidez señorial. Solo el Hotel Caribe, de cinco estrellas, albergaba los limitados turistas de diciembre. Y la Universidad de Cartagena recibía en su seno a intelectuales de todo el país encargados de la investigación y la cátedra en las nuevas facultades, entre ellas la de Ciencias Económicas.

Esta noche el cielo está libre de nubes y la Luna domina el espacio sidéreo. Todos seguimos el ejemplo del doctor Florentino Rico: Dejar de pensar en comida para contemplar el jugueteo de los reflejos de las luces lejanas en las quietas aguas de la bahía. Y el éxtasis que regala el paisaje lo endulza el sonar de la guitarra de Pablo Miro, con melodías apropiadas para el recuerdo y la vivencia familiar.

El domingo es del Corralito de Piedra. Aprovecho el descanso de los enfiestados nocturnos para andar por las calles libre de perturbaciones.

Ya doña Miriam, muy prevenida, se había librado de tacones altos y cartera voluminosa. Y todos a caminar guiados por el profesor Rico. Por cierto que él exclamaba orgulloso de su urbe: Como no acostumbro a desafiar

la penuria de los indigentes con exhibicionismos de oro (cadenas, relojes, anillos, esclavas, y demás perendengues) a nada temo. Por el contrario, los desplazados y desposeídos cuentan con mi solidaridad.

Buena parte de los balcones cartageneros ofrecen el colorido de las flores. Tal vez muy pronto todos ellos se engalanan con rosas y trinitarias. Y ojalá también los comerciantes solo se valgan de portones de maderas, como en el ayer, y dejen a un lado las desentonantes esteras metálicas.

De regreso cierro los ojos para pensar en un pronto retorno a la Cartagena luminosa y de noches inspiradoras de poetas y compositores sometidos a sus encantos.

Volver a Santa Marta

En el puente se inicia el regocijo de la visita a Santa Marta. Desde mi estudio contemplo todos los días el río de la Patria que circunda a Barranquilla. Y ahora lo tengo a mis pies en los dos minutos de la travesía. Y digo dos minutos, porque los vehículos que lo transitan lo hacen apenas en segundos. El doctor Crispín Maestre, que nos lleva en su automóvil, complace a doña Anita y a la doctora Elvirita en el ruego por una velocidad moderada.

El paisaje en la carretera facilita el olvido de recuerdos fastidiosos. Agua por todos lados, y blancas garzas en placentera convivencia. Más adelante nos espera Ciénaga, con sus alegres vendedores de sabrosuras que pregonan la oferta de mazorcas calientes y gajos de guineos.

El hospedaje es en El Rodadero. Ahí están los altos

dificios con los apartamentos de propiedad de los veraneantes. Y los muchos hoteles a la espera de turistas. Las calles, como las de Santa Marta, se mantienen limpias. Y el azul del mar invita a la zambullida refrescante.

Nuestro destino es San Pedro Alejandrino. Estamos a 24 de julio, fecha histórica. La Sociedad Bolivariana del Magdalena festeja el nacimiento del Libertador Simón Bolívar, y ha citado a varios ciudadanos para rendirles homenaje.

Los momentos compartidos en la Quinta son inolvidables. Soldados vestidos a la usanza del ayer independentista. Bandas de música con resonares armoniosos, y asistentes entonando el himno nacional, en un panorama sombreado por árboles legendarios.

Son muchos los oradores, pero todos responden al compromiso con acertadas disertaciones. Santiago Cervantes, Ramón Antonio Palacio Better, Gerardo González Henríquez, Oliverio del Villar, Zarita Abello de Bonilla y Luis Eduardo Pinto, fueron muy aplaudidos.

El doctor Iván Duque Escobar presentó su libro *Bolívar, una Visión Dispersa*, y leyó algunas de sus páginas. Es ésta la más reciente obra que llega a enriquecer el

Museo Bibliográfico Bolivariano de la Casa de la Cultura de la Universidad Simón Bolívar. Se trata de un estudio novedoso, donde el autor permite apreciar su experiencia de investigador. Minuciosamente el reconocido escritor le sigue los pasos al genial guerrero, ideólogo, político y latinoamericanista, para describir a manera de retrato expresivo, su carácter y costumbres.

Esa tarde de cielo azul y Sol brillante, fueron recibidos como miembros honorarios Gustavo Cuello Iriarte, Juan Francisco Lascarro, Tomás Rodríguez Rojas, Iván Duque, Alfredo de la Espriella, Jorge Dávila, Hernán de Jesús Bonilla, Juan Carlos Caicedo, Gabriel Eduardo Contreras, Fernando Arrieta Charris y José Consuegra Higgins. Además, tomaron posesión como Miembros de Número y Correspondientes, los doctores Alfonso López Carrascal, Joaquín Aarón, Ulilo Acevedo, Ricardo Bolaño, Gloria Ortega, María Elena Dau, Cecilia Serna, Carmen Cotes, Ruth Escobar.

El día siguiente se le dedicó a Santa Marta. Aunque, en verdad, el tiempo fue escaso. Porque Santa Marta está tan bella que exige semanas para el disfrute pleno. De noche la buena iluminación de la zona de la bahía y la presencia de vecinos y visitantes que conversan y pasean con sonrisas en los labios, obliga al descanso provechoso.

Y desde muy temprano recorreremos las calles del centro. La pulcritud de las paredes blancas del Museo Arqueológico Tayrona, bajo el cuidado del intelectual bolivariano Pedro Ovalle, obliga a recorrer las salas que exhiben el legado cultural de los pueblos que habitaron la región.

El magnífico Museo lo patrocina el Banco de la República. Precisamente, cuando apreciaba el esplendor de su mantenimiento, no comprendía las limitaciones de ese máximo organismo rector de la actividad bancaria y emisor de la moneda nacional, con el teatro Amira de la Rosa, de Barranquilla. Acá, también, como lo hace en Bogotá y muchas ciudades del país, el Banco de la República debe asumir el total sostenimiento del Amira de la Rosa, y evitar la penosa situación de su descuido y cierre por falta de pago del servicio de energía eléctrica.

Bueno, volver a Santa Marta y a San Pedro Alejandrino fue una experiencia saludable y placentera que permite alentar el ánimo en este acontecer sombrío de Colombia.

Volver a Cali y Medellín

Fuimos a Cali a la graduación de profesionales bolivarianos. Allá tiene nuestra Universidad Simón Bolívar una sede. Al frente de ella están los doctores Augusto Narváez y Edilia Díaz de Narváez.

Hace rato no visitábamos a Cali. La ciudad ha cambiado mucho. Antes, recuerda doña Anita, buena parte de sus calles estaban sin pavimentar, apenas mostrando un bello barro colorado al natural. Ahora ofrece espléndidas avenidas hasta de ocho carriles (cuatro para ir y cuatro para venir), algunas de ellas al lado de las hermosas arboledas que circundan el histórico río.

Todos esos bulevares se mantienen repletos de automóviles que transitan a grandes velocidades. Contemplando ese espectáculo de absoluto dominio del mundo vehicular, el doctor Leonello Marthe comentaba: Es lamentable que no haya también una acera para los que quieran o tengan que caminar.

Como fieles súbditos de los libros, después de los compromisos académicos nos dedicamos a visitar librerías, en busca de obras escritas sobre Simón Bolívar, para el Museo Bibliográfico Bolivariano, ahora ampliado y de próxima reinauguración. En esa agradable labor el problema, al decir del doctor Marthe, lo causaba el jurista Rafael Bolaño Movilla, pues aprovechaba la oportunidad para rastrear códigos y tratados de derecho constitucional, y había que tomarlo del brazo para separarlo de los estantes.

Una de las noches en Cali fuimos a visitar al intelectual, amigo y catedrático, doctor Carlos Calderón Mosquera. Allí, en el barrio Breteña, lo encontramos pleno de felicidad, compartiendo gozos con la profesora Graciela de Calderón. Cali lo recibió hace diez años y allá quiere quedarse con gratitud y regocijo. Orgulloso muestra su biblioteca, y nos dice que hace poco le escribió a su amigo, el ex presidente Alfonso López Michelsen, para contarle que ya decidió obsequiar, en partes iguales, sus quince mil volúmenes en las tres universidades que le reportaron satisfacciones: la del Chocó, la de Cartagena y la Simón Bolívar.

Desde el balcón de la habitación del hotel, un edificio de más de cuarenta pisos, se contempla la pujanza de esta Cali progresista, rodeada de cañaverales y

cultivos. Sus personalidades también, como en las demás regiones del país, se empeñan en denunciar el avasallamiento centralista. El doctor Augusto Narváez mantiene en alto esa bandera. La noche de los grados hizo denuncias sobre la materia, y sus palabras, como las de otros oradores, fueron recibidas con aceptación y aplausos por la concurrencia.

Para llegar a Medellín hay que atravesar la cordillera. El viaje dura una hora desde el aeropuerto, vale decir, más tiempo en el transporte terrestre que en el aéreo, ya sea desde Barranquilla, Cali o Bogotá. Pero el paisaje es encantador. Bellas residencias rodeadas de jardines y sembrados de flores, árboles exóticos de hojas blancas, tierras quebradas con toda clase de cultivos y riachuelos de aguas cristalinas.

La entrada a la ciudad es por barriadas de mansiones que señalan el poderío económico de sus moradores. Después la sabrosura del paseo en el metro, pulcramente cuidado.

En Medellín nos hospedamos, como lo hacíamos en los años sesenta y setenta, en el Hotel Nutibara, en la plaza de ese nombre y el parque Berrío, zona comercial de centenares de almacenes repletos de clientes.

Todos los medellinenses aman su ciudad, y se esfuer-

zan en mantenerla limpia. Tal vez por eso ninguno de los miembros de la delegación podía comprender por qué se mataban sus habitantes hasta convertir la urbe en la más violenta de Colombia y del mundo. Sí, todo lo contrario, nosotros pensábamos que Medellín invita al visitante a abrir bien los ojos para apreciar su belleza, y querer contar con más tiempo para el disfrute de su clima y la cortesía y atención de sus habitantes y de las dependientes de las tiendas y almacenes.

El doctor Marthe, tanto en el avión, el metro y el aeropuerto, le pedía a doña Josefina de Marthe que suspendiera la lectura de sus libros, para que disfrutara la oferta estimulante del panorama y del quehacer paisa. Porque como explicaba con gracioso comentario, solo los gringos son capaces de no mirar el azul del mar y el blanco de las espumas en las playas, para leer novelas tirados en la arena.

Bueno, la estada en Cali y Medellín nos dejó gratos recuerdos. Ojalá en días no muy lejanos la paz y la justicia social arriben a nuestros campos y ciudades para sacarle el máximo provecho al patrimonio que la naturaleza le obsequió a Colombia.

Simón Bolívar y los Libertadores

Ideas políticas de Bolívar

Como feliz complemento de todo un realizador bolivariano, en esta mañana invernal, de horizontes limpios por las lluvias de la noche, Ramiro de la Espriella me hace llegar las pruebas de una nueva edición de su libro *Las Ideas Políticas de Bolívar*.

Varios amigos me visitan. Cada uno de ellos con sus inquietudes y problemas, limitados a sus mundos. Entonces los obligo a mirar el paisaje, y la sorpresa se descubre en las miradas. Allí está el moreno Magdalena recibiendo el abrazo azul del Caribe. Es un encuentro de ternura con el obsequio de los buques cargueros que entran y salen gracias al idilio. Mis amigos reconocen que nunca antes habían tenido la oportunidad de contemplar la conjunción lejana del río y del mar. Y les respondo que eso es lo común en la ciudad. Porque el barranquillero ha vivido siempre a espaldas de su río y de su mar. Por eso ha permitido que al Magdalena

lo cerquen con las altas paredes de las fábricas que impiden contemplarlo, y a la bella bahía de Puerto Colombia, y su extenso muelle, hace setenta años le dieron las espaldas.

Pero yo sí saco todo el provecho del cielo despejado y comienzo a saborear la prosa cristalina de Ramiro de la Espriella. Pocas veces el deleite es tanto. Esta introducción que titula el autor, *Su paso por la Historia*, sabe a refresco de níspero: dulce como el viento suave que mitiga sofocos; exuberante, con la plenitud contagiosa de la fuerza tropical.

Ramiro de la Espriella vive infinita la intensidad del pensar y el quehacer bolivariano. En cada frase escrita la admiración brota a torrentes. Y nada de hipérboles. Lo que allí se dice es el simple mensaje de la gratitud. Eso sí, bajo el ropaje embellecido de la palabra que se ajusta a los moldes azucarados de la literatura.

Porque el juicioso analista, el ideólogo, el historiador, que es con máxima autoridad Ramiro de la Espriella, agrega la gracia de la redacción atractiva que mantiene al lector embebido, libre de otras exigencias.

Con la lectura de estas páginas hermosas de Ramiro de la Espriella mi vocación bolivariana se refuerza. He pasado buena parte de mi existencia rindiendo culto de

gratitud al genio

mo de la Costa, que se exhibe en la Casa de la Cultura, hay un ejemplar de *Tribuna Estudiantil*, un pequeño periódico que dirigió hace casi sesenta años, cuando apenas cursaba los primeros años del bachillerato.

Bueno, en esa edición allá conservada, la primera página recoge la efigie de Simón Bolívar con los nombres de sus batallas, y laureles que transcriben frases de sus proclamas. Puede decirse, pues, que mi simpatía por la causa bolivariana se extiende en el tiempo. Sin embargo, ahora debo declarar con regocijo, que la lectura de esta obra de Ramiro de la Espriella echa nuevos troncos de leña que avivan el fuego.

Para Ramiro de la Espriella, Bolívar es único. Es el fruto esplendoroso que la América triétnica ofrece a la humanidad. En todas las aristas de su polifacética existencia algo sobresale: pierde muchas batallas pero gana las decisivas; manda capitanes indómitos y sabe conducirlos con la simple mirada...

Sobre el pensamiento político de Bolívar basta con escucharlo, observa Ramiro de la Espriella, para entender a Martí cuando afirmaba que ahí está él, en lo que no se hizo a tiempo, esperando su realización. A Bolívar no hay más que oírlo "para entender cómo era de clara su mente y de lúcida su ambición. Hablaba en

profundidad, y nada de cuanto dijo fue momentáneo. Está aquí, hoy todavía lo podemos percibir con nuestras manos. Es más, hace falta hoy”.

Distintos a otros guerreros famosos que pocas veces repetían batallas, Bolívar las reitera después de las derrotas hasta alcanzar victorias. De él puede decirse, conceptúa Ramiro de la Espriella, siempre empuja a la historia y no se deja vencer por ella. Aún en los instantes más difíciles sabe responder con máximo optimismo presagiando futuros luminosos. Los Manifiestos de Cartagena y la Carta de Jamaica constituyen preciados testimonios de ese acontecer.

En el clímax del asombro Ramiro de la Espriella se detiene para ojear la realidad presente. Entonces recuerda que algún día habrá que regresar a Bolívar. Digamos por caso, en el campo de la unidad defensiva en busca de un destino distinto, el mañana obligará a valerse de las banderas bolivarianas, de la riqueza de sus doctrinas.

En las exposiciones que ante la juventud estudiosa hizo en su visita a la Universidad Simón Bolívar el doctor Virgilio Roel, mencionaba la genialidad de Bolívar al modificar las tácticas de las castas limeñas que pretendían confundir la sagrada guerra de la independencia con un conflicto civil. La lucha es contra el

español colonialista, aunque a su lado las castas dominantes se equivoquen en la alineación. Ya Cartagena, precisamente, había demostrado esa realidad el 11 de noviembre. En esa fecha gloriosa estuvieron los de arriba y los de abajo, todos unidos, exigiendo al español su retiro inmediato de estos territorios.

Ramiro de la Espriella escudriña con lupa iluminada los Manifiestos de Cartagena, las Cartas de Jamaica y el discurso de Angostura. Párrafo por párrafo, frase por frase. Es un examen cuidadoso que le permite encontrar en cada expresión una idea, un mensaje histórico.

Ya la tarde cae y el cenit se tiñe de rica policromía. Parece que Ignacio se citó con sus amigos para dar rienda suelta al festín de la paleta. Pienso en los libros que le ilustran al poeta y colega arquitecto Gustavo Raad. Allá los imagino, a Roberto Angulo, Manuel de los Ríos, Giancarlo Macci, Álvaro Rodríguez, y a todos los otros que combinan la profesión con el arte, en la juerga del pincel. Porque todos los colores del iris están presentes, en el más espléndido de los arrebos.

Me entrego a la contemplación de la naturaleza. Mañana será otro día. Y desde muy temprano volveré, con el mismo entusiasmo y provecho, a las páginas de este gran libro, *Las Ideas Políticas de Bolívar*, de Ramiro de la Espriella.

San Martín y Bolívar

A las cinco de la tarde del martes 25 de mayo, fiesta nacional de la Argentina, la colonia del hermano país se congregó en el bulevar principal de la urbanización El Country, al pie del monumento de José de San Martín.

El encuentro fue presidido por el señor Rector de la Universidad Autónoma del Caribe, doctor Mario Ceballos Araújo, y por su dignísima señora, doña Silvia Gette de Ceballos.

Después de colocar unos niños una corona de flores en el pedestal, el historiador Alfredo de la Espriella hizo uso de la palabra para referirse a la trascendencia del festejo. Con la elocuencia acostumbrada y el sentir manifiesto, el acucioso guardián del patrimonio cultural barranquillero, hizo mención de la grandiosa insurgen-
cia de mayo, semejante a la del 11 de noviembre, de Cartagena, y la del 20 de julio, de Bogotá.

Aquí estamos para rendir homenaje de gratitud a los decididos patriotas que obligaron al virrey Cisneros a renunciar, y constituyeron la junta independentista presidida por Cornelio Saavedra, Mariano Moreno, Juan José Paso, Manuel Belgrano, Juan José Castelli, Miguel de Azcuénaga y Manuel Alberti.

Y esos patriotas, de inmediato extienden sus decisiones libertarias a territorios lejanos. Un mes después, el 13 de junio, una expedición libertadora parte para el Alto Perú. En 1812 se encarga a Belgrano de la campaña en Paraguay. Y el 27 de febrero el héroe enarbola, por primera vez, la bandera azul y blanco, que estrenó gloriosamente en las batallas de Tucumán y Salta.

En marzo de 1812, concluyó emocionado Alfredo de la Espriella, llega a Buenos Aires el gran José de San Martín, a quien le toca superar reveses para luego conducir victoriosamente el ejército del pueblo hasta el Perú.

Después de la intervención del doctor de la Espriella, me dirigí a la selecta concurrencia en representación del Instituto Sanmartiniano de Colombia, que preside el consagrado historiador Antonio Cacia Prada.

A San Martín lo veneramos en la Universidad Simón